

JULIO VERNE

UN BILLETE DE LOTERÍA

EL NÚMERO 9672

UN
BILLETE DE LOTERÍA
EL NÚMERO 9672

POR

JULIO VERNE

SEGUIDA DE

FRRITT-FLACC

EDICIÓN ILUSTRADA CON CUARENTA Y DOS DIBUJOS DE GEORGE ROUX, Y UN MAPA

TRADUCCIÓN DE

D. A. DE A.

PRIMERA PARTE



MADRID
AGUSTÍN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
10. CALLE DE CAMPOMANES, 10
1886

Es propiedad del Editor.

UN BILLETE DE LOTERÍA

EL NÚMERO 9672



I.

—¿Qué hora es?—preguntó la señora Hansen, después de haber sacudido la ceniza de su pipa y arrojado al aire las últimas bocanadas de humo, que se perdieron entre los pintados maderos del techo.

—Las ocho han dado ya, madre mía,—respondió Hulda.

—No es probable que nos lleguen viajeros du-

rante la noche, hija mía; el tiempo está bastante malo.

—Creo lo mismo. De todos modos, las habitaciones están dispuestas, y yo oiré si llaman desde fuera.

—¿No ha vuelto tu hermano?

—Todavía no.

—¿No dijo que estaría hoy de vuelta?

—No, madre mía. Joël ha ido á conducir á un viajero hasta el lago Tinn, y como ha partido muy tarde, no creo que pueda volver á Dal antes de mañana.

—¿Entonces dormirá en Møel?

—Sin duda, á menos que haya ido á Bamble á hacer una visita al granjero Helmoë....

—Y á su hija Siegrid.

—¡Sí, Siegrid, mi mejor amiga, á quien amo como á una hermana!— respondió sonriendo la joven.

—Pues bien: cierra la puerta, Hulda, y vamos á dormir.

—¿Os sentís mal, madre mía?

—No; pero cuento con levantarme mañana muy temprano. Tengo precisión de ir á Møel.

—¿Y para qué?....

—¿Acaso no hay necesidad de renovar nuestras provisiones para la próxima estación?

—¡Qué! ¿Ha llegado ya á Møel el cosario de Christiania con su carro de vinos y de comestibles?

—Sí, Hulda (respondió la señora Hansen). Lenggling, el contra maestre de la serrería, le ha encontrado esta tarde, y me ha avisado al pasar. No nos queda gran cosa de nuestras conservas de jamón y de salmón ahumado, y no quiero que me cojan desprevenida. De un momento á otro, sobre todo si mejora el tiempo, los turistas pueden empezar sus excursiones al Telemark. Es necesario que nuestra posada esté en disposición de recibirlos y encuentren en ella de todo cuanto puedan tener necesidad durante su estancia. ¿Sabes, Hulda, que estamos ya á 15 de Abril?

—¡Á 15 de Abril!—murmuró la joven.

—Mañana me ocuparé de todo eso (añadió la señora Hansen). En dos horas habré hecho nuestras compras, que el ordinario traerá aquí, y yo volveré con Joël en su kariöl (1).

—Si encontráis al correo, madre mía, no olvidéis preguntarle si tiene alguna carta para nosotros....

—¡Y sobre todo para ti! Es muy posible, porque la última carta de Ole tiene ya un mes de fecha, y algo más.

—¡Sí, un mes...., un mes largo!

—¡No tengas cuidado, Hulda! Ese retraso no debe alarmarte. Además, si el correo de Møel no ha traído nada, lo que no ha llegado por Christiania, ¿no puede venir por Bergen?

—Sin duda, madre mía (respondió Hulda); pero ¿qué queréis? ¡Si estoy con cuidado es por la gran distancia que hay de aquí á las pesque-

rias de New-Found-Land! ¡Todo un mar que atravesar, y cuando la estación es mala todavía! Hace ya cerca de un año que mi pobre Ole ha partido, y ¿quién podrá decir cuándo volverá á vernos en Dal?....

—¡Y si estaremos á su vuelta!—murmuró la señora Hansen; pero tan bajo, que su hija no pudo oirla.

Hulda fué á cerrar la puerta de la posada, que se abría sobre el camino de Vestfjorddal. Ni aun se tomó el cuidado de volver la llave en la cerradura.

En este hospitalario país de la Noruega, semejantes precauciones no son necesarias. Conviene también que todo viajero pueda entrar, tanto de día como de noche, en la casa de los gaards y de las sœeters, sin que haya necesidad de abrirle, no siendo de temer ninguna visita de vagabundos ó de malhechores, ni en los pueblos ni en las aldeas más retiradas de la provincia. Ninguna tentativa criminal contra los bienes ó las personas ha turbado jamás la seguridad de sus habitantes.

La madre y la hija ocupaban dos habitaciones del primer piso en la parte anterior de la posada, dos piezas frescas y limpias, modestamente amuebladas, es verdad, pero cuya conservación indicaba los cuidados de una solícita ama de casa. En la parte superior, bajo la cubierta, volando como el techo de un chalet, se hallaba la habitación de Joël, alumbrada por una ventana, recuadrada con un marco de pino labrado con gusto. Desde allí, la mirada, después de recorrer un grandioso horizonte de montañas, podía descender hasta el fondo del estrecho valle en que mugía el Maan, mitad torrente, mitad río. Una escalera de madera con ménsulas robustas y escalones relucientes subía desde el salón de la planta baja á los pisos superiores. Nada más seductor que el aspecto de aquella casa, en que el viajero encontraba un confort muy raro en las posadas de Noruega.

Como hemos dicho, Hulda y su madre habitaban el primer piso. Allí se retiraban temprano cuando estaban solas. La señora Hansen, alumbrándose con un candelero de cristal de multitud de colores, había subido ya los primeros escalones, cuando se detuvo.

Acababan de llamar á la puerta, y una voz gritaba:

—¡Eh, señora Hansen! ¡Señora Hansen!

Ésta volvió á bajar.

—¿Quién puede venir tan tarde?—dijo.

—¿Habrá ocurrido á Joël algún accidente?—añadió con viveza Hulda.

É inmediatamente se dirigió hacia la puerta. Allí estaba un muchacho, uno de esos pilletes que hacen voluntariamente el oficio de skydskarl, que

(1) Especie de calesa sin capota, muy usada en Noruega.

consiste en agarrarse á la trasera de los kariols, y reconducir los caballos al relevo cuando ha terminado la jornada. Éste había venido andando, y estaba de pie sobre el umbral de la puerta.

—¿Qué quieres, muchacho, á estas horas?—dijo Hulda.

—En primer lugar, daros las buenas noches,—respondió el muchacho.

—¿Es eso todo?

—No, no es todo; pero hay que comenzar por ser político.

—¿Tienes razón! En fin, ¿quién te envía?

—Vengo de parte de vuestro hermano Joël.

—¿Joël?... ¿y para qué?—replicó la señora Hansen.

Y avanzó hacia la puerta con ese paso lento y mesurado que caracteriza la marcha de los habitantes de la Noruega. Que haya azogue en las venas de su suelo, ¡seal!; pero en las venas de su cuerpo, muy poco ó nada.

Sin embargo, la respuesta del muchacho había, evidentemente, causado alguna emoción á la madre, porque se apresuró á añadir:

—¿Ha ocurrido algo á mi hijo?

—Ha recibido una carta que el correo de Christiania ha traído de Drammen....

—¿Una carta que viene de Drammen?—dijo vivamente la señora Hansen, bajando la voz. ¿Qué traerá esa carta!

—Lo único que sé (respondió el muchacho), es que Joël no puede volver hasta mañana, y que me ha enviado aquí para traeros esa carta.

—¿Luego es urgente?

—Así parece.

—Dame,—dijo la señora Hansen, con un tono que denotaba la más viva inquietud.

—Hela aquí, bien limpia y sin arrugar. Sólo que la carta no es para vos.

La señora Hansen pareció respirar con más facilidad.

—¿Para quién es?—preguntó.

—Para vuestra hija.

—¿Para mí! (dijo Hulda). ¡Es una carta de Ole, estoy segura; una carta que habrá venido por Christiania! ¡Mi hermano no ha querido hacerme esperar!

Hulda había tomado la carta, y después de haberse alumbrado con el candelero que había colocado sobre la mesa, se puso á mirar detenidamente las señas.

—¿Sí!.... Es de él...., de él.... ¡Quiera Dios me anuncie la próxima vuelta del *Viken*!

Entretanto, la señora Hansen decía cariñosamente al muchacho:

—¿No entras?

—¡Sólo un minuto! Tengo que volver esta no-

che á la casa, porque estoy comprometido mañana temprano para una kariol.

—Pues bien: dile á Joël que pienso ir á reunirme con él; que me espere.

—¿Mañana por la noche?

—No, por la mañana. Que no salga de Møel hasta que me vea. Nos volveremos juntos á Dal.

—Está bien, señora Hansen.

—Vamos, ¿un traguito de brandevin?

—Con mucho gusto.

El mozueto se acercó á la mesa, y la señora Hansen le presentó un poco de ese reconfortante aguardiente, todopoderoso contra las brumas de la noche, del que no dejó una gota en el fondo de la taza. Después:

—*God aften*,—dijo.

—*God aften*, muchacho!

Estas son las buenas noches de Noruega, y fueron cambiadas sin acompañarlas de la más ligera inclinación de cabeza. El muchacho partió inmediatamente, sin inquietarse por el largo trote que tenía que hacer. Sus pasos se perdieron bien pronto bajo los árboles del sendero que costea el impetuoso río.

Entretanto, Hulda continuaba mirando la carta de Ole, sin apresurarse á abrirla. Aquella delicada cubierta de papel había tenido que atravesar todo el Océano para llegar hasta ella; todo aquel inmenso mar adonde van á perderse los ríos de la Noruega occidental. Examinaba los diversos timbres. Echada al correo el 13 de Marzo, aquella carta no llegaba á Dal hasta el 15 de Abril. Como hacia ya un mes que Ole la había escrito, ¿qué de acontecimientos no habrían podido producirse durante aquel mes en las aguas del New-Found-Land, nombre que los ingleses dan á la isla de Terranova! ¿No estaban aún en el período del invierno, la época peligrosa de los equinoccios? Aquellos sitios de pesca, ¿no son los peores del mundo, con las formidables rachas que el polo envía á través de las llanuras del Norte de América? ¡Penosa profesión; peligroso oficio el de Ole, el de pescador! Y si le ejercía, ¿no era para que ella reportase los beneficios? ¡Ella, su prometida, que debía desposarse con él á su vuelta! ¡Pobre Ole! ¿Qué decía en aquella carta? ¡Sin duda, que amaba siempre á Hulda, como Hulda le amaría siempre; que sus pensamientos se confundían, á pesar de la distancia, y que querría hallarse en el día de su llegada á Dal!

¡Sí! Todo eso debía decir; Hulda estaba segura; ¡Tal vez añadiría que su regreso estaba próximo. que aquella campaña de pesca, que arrastra á los marinos de Bergen tan lejos de su país natal, tocaba á su fin! ¡Tal vez Ole la comunicaría que el



El joven no dejó una gota en el fondo de la taza.

Viken acababa de estivar su cargamento; que se preparaba á aparejar; que no transcurrirían los últimos días de Abril sin verse reunidos en la bienaventurada casa del Vestfjorddal! ¿No la aseguraba, en fin, que podía fijarse ya el día en que el pastor debía venir de Moel para unirlos en la modesta capilla de madera, cuyo elevado campanario dominaba los espesos macizos de árboles, á algunos centenares de pasos de la posada de la señora de Hansen?

Para saberlo, bastaba sencillamente romper el sello del sobre; sacar la carta de Ole; leerla, aun á través de las lágrimas de dolor ó de alegría que su contenido había de atraer á los ojos de Hulda. ¡Y, sin duda, más de una impaciente hija del Mediodía, una joven de la Dalecarlia, de Dinamarca

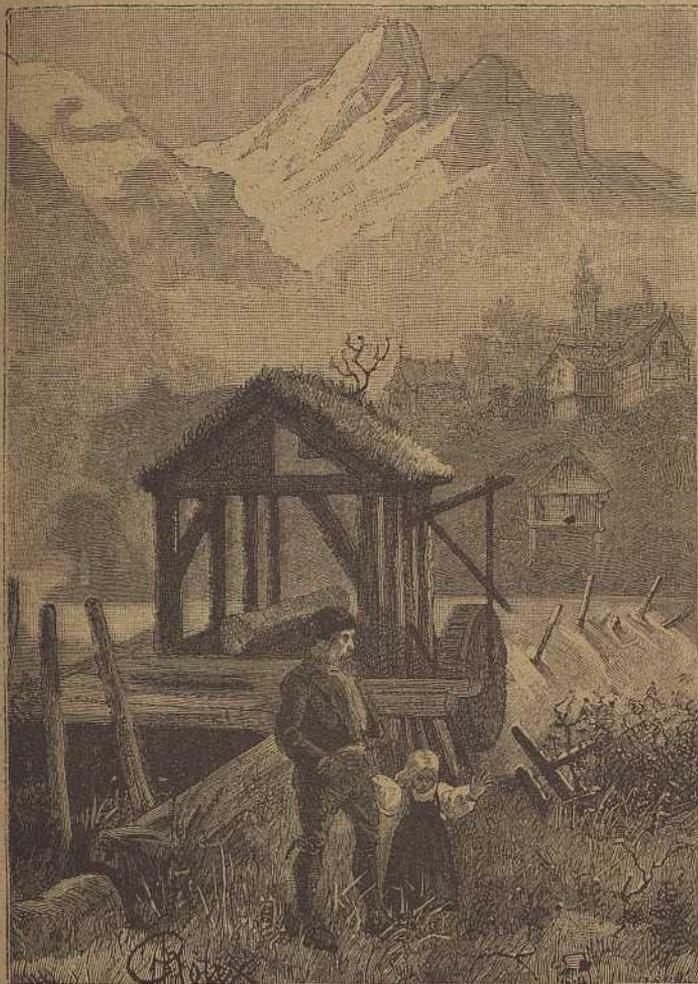
ó de Holanda, habría sabido ya lo que la joven de Noruega no sabía todavía! Pero Hulda soñaba, y los sueños no se terminan sino cuando Dios quiere que terminen. ¡Y cuántas, cuántas veces se echan de menos, en vista de la desconsoladora realidad!

—Hija mía (dijo entonces la señora Hansen); esa carta que te ha enviado tu hermano, ¿es realmente de Ole?

—¡Sí! ¡He reconocido su letra!

—¡Y bien!.... ¿Quieres dejar para mañana su lectura?

Hulda miró una vez más el sobre, y después de haberle abierto, sin darse demasiada prisa, sacó la carta, cuidadosamente caligrafiada, y leyó lo siguiente:



Una serrería en Dal

«SAN PEDRO MIQUELON 17 de Marzo de 1862.

«Querida Hulda :

«Sabras con placer que nuestras operaciones de pesca han prosperado, y quedarán terminadas dentro de pocos días. ¡Sí! Tocamos al final de la campaña. Después de un año de ausencia, ¡cuán feliz voy a ser al volver á Dal, y encontrar la única familia que me resta, que es la tuya!

«Mi parte de beneficios es buena, y servirá para nuestro establecimiento. Los señores Helps hermanos, hijos del Mayor, nuestros armadores de Bergen, han sido avisados de que el *Viken* estará probablemente de vuelta del 15 al 20 de Mayo. De

modo, que en esa época, es decir, dentro de algunas semanas á lo sumo, puedes esperar que nos volveremos á ver.

«Cuento, querida Hulda, con encontrarte aún más bonita que lo eras cuando partí, y, como á tu madre, en buena salud, lo mismo que al atrevido y bravo camarada, mi primo Joël, tu hermano, que no desea otra cosa que serlo mío.

«Al recibo de la presente, da todos mis afectos á la señora Hansen, que me figuro verla desde aquí, sentada en su gran sillón de madera, cerca de la estufa del salón. Repítela que la amo doblemente: primero, porque es tu madre; y después, por ser mi tía.

«Sobre todo, no os molestéis en venir á buscarme á Bergen; pues sería posible que el *Viken* fuese

señalado antes de lo que indico. Sea como quiera, veinticuatro horas después de desembarcar, puedes contar, mi querida Hulda, con que estaré en Dal. Pero no te sorprendas si llego antes de lo que presumo.

»Hemos sido rudamente zarandea los por el mal tiempo durante este invierno, el peor que nuestros marinos han pasado jamás. Por fortuna, el bacalao del gran banco se ha dado con abundancia. El *Viken* conduce cerca de cinco mil quintales, con destino á Bergen, vendidos ya por la eficacia de los señores Helps hermanos. En fin, lo que debe interesar á la familia, es que hemos salido bien de nuestra empresa, y el provecho será bueno para mí, que ahora estoy á parte entera en este buen negocio.

»Además, si no es una fortuna lo que os llevo, tengo una idea, ó, más bien, tengo como un presentimiento de que debe esperarme á mi vuelta. ¡Sí! La fortuna..., ¡sin contar la felicidad! ¿Cómo? ¡Ese es mi secreto, querida Hulda, y perdóname que tenga un secreto para tí! ¡Es el único! Pero ya te le diré... ¿Cuándo?... ¡Cuando llegue el momento; antes de nuestro casamiento, si por cualquier causa imprevista se retrasase; después, si llego en la época fijada, y si, en la semana que siga á mi vuelta á Dal, eres ya mi mujer, como tanto lo deseo!

»Recibe un abrazo, querida Hulda; da otro de mi parte á la señora Hansen y á mi primo Joël. Un beso además para tu frente, sobre la cual la radiante corona de las desposadas del Telemark se convertirá en la diadema de una santa. ¡Adiós, por última vez, querida Hulda, adiós!

»Tu prometido,

»OLE KAMP.»

II.

Dal se compone de algunas casas solamente; las unas á lo largo del camino, que, á decir verdad, no es más que un sendero; las otras esparcidas sobre las cimas colindantes, dando frente al estrecho valle del Vestfjorddal, y la espalda al grupo de las colinas del Norte, al pie de las cuales corre el Maan. El conjunto de estas construcciones formaría uno de los gaards muy comunes en el país, si estuviese bajo la dirección de un solo propietario de cultivos ó le llevase en arrendamiento algún granjero. Pero tiene derecho, si no al nombre de villa, por lo menos al de aldea. Una capillita, edificada en 1855, cuyo testero está perforado por dos estrechas ventanas, levanta á través de los

ramilletes de árboles su campanario de cuatro caras, todo de madera. Aquí y allá, por encima de los arroyos que corren hacia el río, se ven tendidos algunos puentecillos armados en rombo, cuyo emparrillado está relleno de piedras cubiertas de musgo. Más lejos se dejan oír los rechiamientos de una ó dos serrerías rudimentarias, movidas por los torrentes con una rueda para maniobrar la sierra, y otra para mover la viga ó el tablón. Á corta distancia, capilla, serrerías, casas, cabañas, todo aparece bañado por un sutil vapor de verdura, sombrío bajo los pinos, blanquecino ó azulado bajo los abedules, que dibuja los árboles, aislados ó por grupos, desde las orillas sinuosas del Maan, hasta la cresta de las altas montañas del Telemark.

Tal es la aldea de Dal, fresca y riente, con sus habitaciones pintorescas, pintadas exteriormente, éstas de colores bajos, verde ó rosa claro, aquéllas iluminadas con colores violentos, amarillo brillante ó sangre de buey.

Sus techos de corteza de álamo blanco, guarnecidos con un gazon verdoso que siegan por el otoño, están adornados con sus flores naturales. Todo aquello es delicioso y pertenece al más hermoso país del mundo. Para decirlo de una vez, Dal está en el Telemark, el Telemark está en Noruega, y la Noruega es la Suiza con millares de fiords (1), que permiten al mar venir á mugir al pie de sus montañas.

El Telemark está comprendido en la porción levantada de la enorme retorta que dibuja la Noruega entre Bergen y Christiania. Esta bailia, dependencia de la prefectura de Batsberg, tiene montañas y ventisqueros como la Suiza, pero no es la Suiza. Tiene cascadas grandiosas como la América del Norte, pero no es la América. Tiene paisajes con pintadas casas y procesiones de habitantes, vestidos con trajes de otra edad, como ciertas villas de la Holanda, pero no es la Holanda. El Telemark es más que todo eso: es el Telemark, país tal vez único en el mundo por las bellezas naturales que encierra. El autor ha tenido el placer de visitarle; le ha recorrido en kariol con caballos tomados en las paradas de posta, cuando los encontraba, y ha conservado en su imaginación una impresión de encanto y poesía tan viva en su recuerdo, que quisiera impregnar de ella esta sencilla narración.

En la época en que pasa esta historia, en 1862, la Noruega no estaba aún surcada por el camino de hierro que permite actualmente ir desde Stockolmo á Dronheim por Christiania. Ahora una inmensa red de carriles está tendida á través de

(1) Golfos estrechos.

aquellos dos países escandinavos, poco dispuestos a vivir de una vida común.

Pero encerrado en los vagones de aquel camino de hierro, si bien el viajero va más de prisa que en kariof, no ve nada de la originalidad de los caminos de otro tiempo. Pierde la travesía de la Suecia meridional por el curioso canal de Gotha, cuyos steam-boats, elevándose de esclusa en esclusa, tropan hasta trescientos pies de altura. En fin: no se detiene ni en las cascadas de Trolletann, ni en Drammen, ni en Kongsberg, ni ante las maravillas del Telemark.

En aquella época el ferrocarril no existía más que en proyecto. Unos veinte años debían transcurrir aún antes que se pudiese atravesar el reino escandinavo del uno al otro litoral, en cuarenta horas, ó ir hasta el cabo Norte con billetes de ida y vuelta para el Spitzberg.

Dal era entonces, ¡y ojalá lo sea por mucho tiempo!, el punto central que atraía á los turistas extranjeros ó indígenas; estos últimos, en su mayor parte, estudiantes de Christiania. Desde allí pueden dispersarse por toda la región del Telemark y del Hardanger, remontar el valle de Vestfjorddal entre el lago Mjös y el lago Tinn, y dirigirse á las maravillosas cataratas del Rjukan. Cierta es que no hay más que una sola posada en aquella aldea; pero es todo lo atractiva, todo lo confortable que se puede desear, y también todo lo importante, pues puede poner cuatro habitaciones á la disposición de los viajeros. En una palabra: es la posada de la señora Hansen.

Algunos bancos rodean la base de sus sonrosadas paredes, aisladas del suelo por sólidos cimientos de granito. Los pies derechos y las tablas de pino de sus muros han adquirido una dureza capaz de embotar el filo de un hacha. Entre los maderos apenas escuadrados, colocados horizontalmente los unos sobre los otros, un relleno de musgos macizados con arcilla, forma un acolchado impermeable, que impide penetrar hasta las más violentas lluvias del invierno. Por encima de las habitaciones el techo artesonado está pintado de tonos rojos y negros, contrastando con los colores más dulces y más alegres de los casetones. En un rincón del salón, la estufa circular envía su tubo á perderse en la chimenea del horno de la cocina.

Aquí la caja del reloj pasea sobre un ancho cuadrante esmaltado sus labradas agujas, y pica, de segundo en segundo, su sonoro tie-tac. Allí se asienta el viejo secreter de molduras sombrías, cerca de un macizo tripode de hierro pintado. Sobre una mesilla se eleva el candelero de tierra cocida que, al volverle, se convierte en candelabro de tres brazos. Los más hermosos muebles de la

casa adornan esta habitación; la mesa de raiz de abedul, de pies robustos; el baul-arca de historiadadas cerraduras, donde están colocadas las más bellas galas de los domingos y días de fiesta; el gran sillón duro como las sillas de coro de una iglesia, y los taburetes de madera pintada; el rústico torno adornado con tonos verdes que destacan vivamente sobre la roja falda de las hilanderas. Después, por acá y por allá, la vasija para conservar la manteca, el rodillo que sirve para comprimirla, la caja de tabaco y de rapé de hueso esculpido. En fin: sobre la puerta abierta en la cocina, un ancho aparador ostenta sus filas de utensilios de cobre y de estaño; fuentes y platos de vivo esmalte, de porcelana y de madera; la muela de afilar medio sumergida en su caracol barnizado; la antigua y solemne huavera que podría servir de cáliz. Y aquellas alegres paredes cubiertas de tapicería de lienzo, representando motivos de la Biblia, iluminadas con todos los colores de la estampería de Epinal.

En cuanto á las habitaciones de los viajeros, no por ser más sencillas eran menos confortables con los necesarios muebles, de una limpieza seductora; sus cortinas de fresca verdura, pendientes de la cresta del tejado de gazon, su ancho lecho con blancas ropas de fresco tejido de «akloede», y sus recuadros, que ostentan los versículos del Antiguo Testamento, escritos con amarillo sobre fondo rojo.

No hay que olvidar que los suelos, tanto del salón como los de las piezas de la planta baja y del primer piso, están sembrados de ramitas de abedul, de abeto y de enebro, cuyas hojas aromatizan la casa con su vivificante olor.

¿Podría imaginarse una posada más encantadora en Italia, ó una fonda más seductora en España? No; y la multitud de turistas ingleses no habían aún hecho elevarse los precios como en Suiza, á lo menos en aquella época. En Dal la bolsa del viajero no se vacía por libras esterlinas ó monedas de oro, sino por el species de plata, que vale un poco más de cinco francos, y sus subdivisiones, el marco, que vale un franco, y el skilling de cobre, que es preciso no confundir con el shilling británico, porque no equivale más que á un sueldo de Francia. No es tampoco el pretencioso bank-note, del que el turista viene á hacer uso y aun abuso en el Telemark, sino del billete de un species que es blanco, el de cinco que es azul, el de diez que es amarillo, el de cincuenta que es verde y el de ciento que es rojo. Dos colores más, y se tendría completo el arco-iris.

Además (lo que no es de despreciar en aquella hospitalaria casa), la alimentación es buena, cosa muy rara en la mayor parte de las posadas del país.

En efecto: el Telemark justifica demasiado su



La señora Hansen contaba entonces cincuenta años.

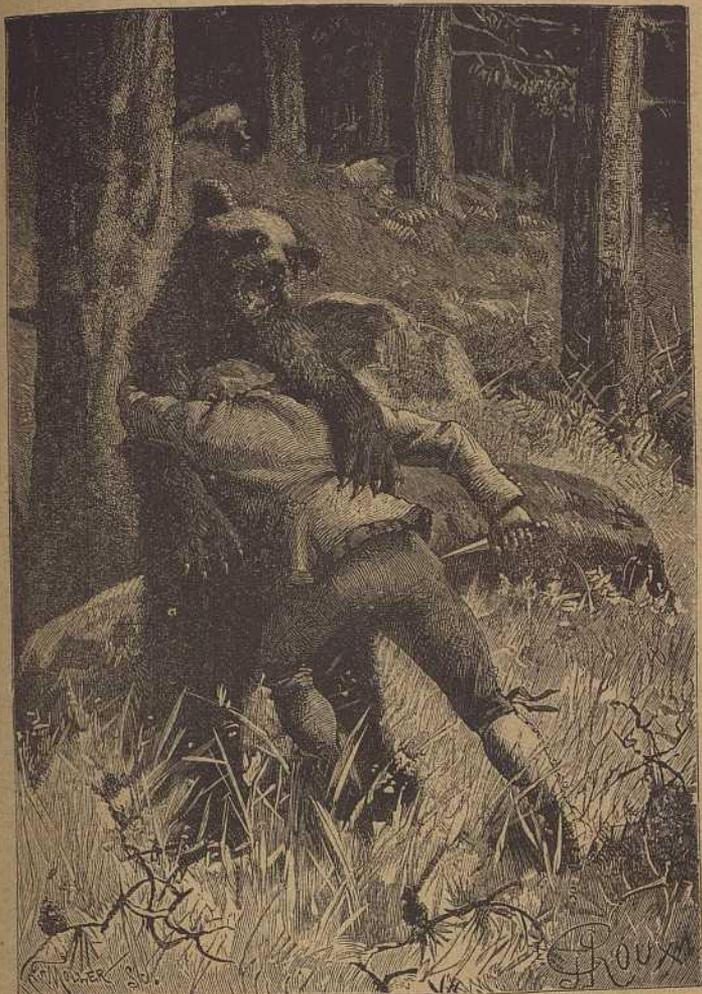
sobrenombre de «Pais de la leche cuajada». En el fondo de aquellos agujeros de Tiness, de Listhüs, de Tinoset y otros muchos, jamás se encuentra pan, ó tan malo, que vale más prescindir de él. Á lo sumo, una galleta de avena, el «flatbröd», seca, negruzca, dura como el cartón, ó simplemente un pastel grosero, hecho con la substancia intermedia de la corteza de abedul, mezclada con liquenes ó pedacitos de paja. Rara vez huevos, á menos que las gallinas hayan puesto ocho días antes. Pero con profusión cerveza de clase inferior, leche cuajada, dulce ó agria, y algunas veces un poco de café, tan espeso, que más bien se parece á sebo destilado que á los productos de Moka, Borbón ó Rio-Núñez.

En casa de la señora Hansen, por el contrario,

la bodega y la despensa están convenientemente provistas. ¿Qué más pueden pedir los turistas más exigentes? Salmón cocido, salado ó ahumado, «hores», salmones de los lagos que nunca han conocido las aguas amargas, pescados de las corrientes de agua del Telemark, aves ni muy duras, ni muy delgadas, huevos preparados de mil maneras, finas galletas de centeno y de cebada, frutas, y más particularmente fresas, pan bazo, pero de excelente calidad, cerveza, y viejas botellas de ese vino de Saint-Julien, que propaga hasta en aquellas lejanas comarcas la reputación de las bodegas de Francia.

De este modo es cómo ha hecho su reputación la posada de Dal en todos los países del Norte de Europa.

Esto puede verse, además, hojeando el libro de



Joel debió sólo la vida á la fuerza prodigiosa que tenta.

amarillentas páginas, en las cuales los viajeros estampan voluntariamente, bajo su firma, algún cumplimento dirigido á la señora Hansen. La mayor parte son suecos ó noruegos, procedentes de todos los puntos de la Escandinavia.

Sin embargo, los ingleses se cuentan en gran número; y uno de ellos, por haber esperado una hora á que la cúspide del Gousta se limpiase de sus vapores matinales, ha escrito británicamente sobre una de las páginas:

Patientia omnia vincit.

Hay, igualmente, algunos franceses, uno de los cuales, que más vale no nombrar, se ha permitido escribir:

«Sólo tenemos por qué felicitarnos de la recepción que nos ha sido «hecho» en esta posada.»

Poco importa la falta de concordancia, después de todo. Si la frase es más reconocida que gramatical, no por eso deja de rendir el debido homenaje á la señora Hansen y á su hija la encantadora Hulda de Vestfjorddal.

III.

Sin ser demasiado versado en la ciencia etnográfica, puede creerse, con algunos sabios, que exista un cierto parentesco entre las altas familias

de la aristocracia inglesa y las antiguas del reino escandinavo. Se encuentran de esto numerosas pruebas en los nombres de sus antecesores, que son idénticos entre los dos países. Y sin embargo, en Noruega no existe aristocracia. Pero si la democracia domina, esto no la impide ser aristocrática en el más alto grado. Todos son iguales arriba, en lugar de serlo abajo. Hasta en las más humildes cabañas se levanta aún el árbol genealógico, que no ha degenerado por haber tomado raíces en tierra plebeya. En él se acuartelan los blasones de las familias nobles de las épocas feudales, de las que descienden aquellos sencillos paisanos. Esto sucedía con los Hansen, de Dal, parientes, en grado muy lejano sin duda, de aquellos pares de Inglaterra, creados á consecuencia de la invasión de Rollon de Normandía. Y, si bien no poseían ya la posición y la riqueza, habían, por lo menos, conservado la original fiereza, ó, más bien, la dignidad, que está en su lugar en todas las condiciones sociales.

Poco importaba, por otra parte, que tuviese antecesores de alto nacimiento; no por eso Harald Hansen era menos posadero en Dal. La casa procedía de su padre y de su abuelo, cuya posición en el país recordaba sin considerarse rebajado. Después de él, su mujer había continuado ejerciendo aquella profesión de una manera á propósito para merecer la estimación pública.

¿Había hecho Harald fortuna en su oficio? No se sabe; pero había podido educar á su hijo Joël y á su hija Hulda, sin que el *debut* de la vida hubiese sido duro para los dos niños, y aun para un hijo de la hermana de su mujer. Ole Kamp, recogido por él desde la infancia, había sido educado como sus propios vástagos.

Sin su tío, Harald, aquel huérfano, hubiera sido, sin duda, uno de esos pobres seres que vienen al mundo para abandonarle en seguida. Ole Kamp mostró para sus padres adoptivos un reconocimiento verdaderamente filial. Nada debía romper nunca el lazo que le unía á la familia Hansen. Su casamiento con Hulda iba á estrecharle todavía y anudarle para toda la vida.

Harald había muerto hacía unos diez y ocho meses.

Sin contar la posada de Dal, dejaba á su viuda un pequeño *sæter*, situado en la montaña. El *sæter* no es más que una pequeña granja aislada, de un producto generalmente exiguo, cuando no nulo; y las últimas estaciones habían sido malas. Todos los cultivos, hasta los pastos, habían sufrido mucho. Había habido de esas «noches de hierro», como las llama el campesino noruego, noches de cierzo y de hielo, que secan todo germen, hasta en lo más profundo del *humus*. De aquí, pues, la rui-

na para los campesinos del Telemark y del Hardanger.

Sin embargo, aunque la señora Hansen sabía á qué atenerse respecto á su posición, jamás había dicho á nadie una palabra, ni aun á sus hijos. De un carácter frío y taciturno, era poco comunicativa, con lo que Hulda y Joël sufrían visiblemente. Pero con el respeto para el jefe de la familia, inculcado en los países del Norte, se habían mantenido en una reserva que no dejaba de serles penosa. Por otra parte, la señora Hansen no pedía jamás ayuda ó consejo, estando absolutamente convencida de la seguridad de su juicio, y siendo muy noruega bajo este punto de vista.

La señora Hansen contaba entonces cincuenta años. La edad no había encorvado su elevada estatura, aunque si blanqueado sus cabellos; ni amortiguado la vivacidad de su mirada, de un azul intenso, cuyo color se retrataba, en toda su pureza, en los ojos de su hija. Solamente su tez había tomado el tinte amarillento de un viejo pergamino, y algunas arrugas comenzaban á surcar su frente.

La «señora», como se dice en el país escandinavo, vestía invariablemente una falda negra, con anchos pliegues, en señal del duelo, que no se quitó desde la muerte de Harald. De las sisas ó escotaduras de su corpiño obscuro, salían las mangas de una camisa de algodón crudo. Un fichú de color sombrío se cruzaba sobre su pecho, que recubría el peto de su delantal, recogido por detrás con anchos broches. Llevaba siempre en la cabeza espeso bonete de seda, especie de capillo, que tiende á desaparecer de las modas del día.

Sentada, derecha, en su sillón de madera, la grave posadera de Dal no abandonaba su torno sino para fumar una pequeña pipa de corteza de abedul, cuyos vapores la rodeaban de una ligera nube.

¡Verdaderamente, la casa hubiera aparecido bien triste sin la presencia de sus dos hijos, que tanto la animaban!

¡Joël Hansen era un buen muchacho! Veinticinco años, bien formado, de elevada estatura, como los montañeses noruegos, aire activo sin fanfarronería, marcha atrevida sin temeridad. Era un rubio casi castaño, con ojos azules casi negros. Su traje favorecía á su persona, modelando sus poderosas espaldas, que no se doblaban fácilmente; su ancho pecho, en el cual funcionaban cómodamente los pulmones del guía de las montañas; sus brazos vigorosos; sus piernas acostumbradas á las más penosas ascensiones de los altos picos del Telemark. En su traje habitual, hubiérase dicho un caballero. Su chaqueta azulada, con hombreras, ceñida por el talle, se cruzaba sobre el pecho por dos largas tiras verticales, y estaba adornada por la espalda con dibujos de colores,

semejante á ciertas vestas célticas de la Bretaña. El cuello de su camisa se ensanchaba en forma de embudo. Su calzón, amarillo, se ajustaba por debajo de la rodilla con una liga de broche. Sobre su cabeza se inclinaba un sombrero obscuro, de anchas alas, con presilla negra y vivos rojos. Calzaban sus piernas polainas de cuero, ó botas de fuertes suelas y talón ancho, cuyo empeine podría compararse al del héroe noruego, Rollon el Andarín, célebre en las leyendas del país. De cuando en cuando, acompañaba á los cazadores ingleses que venían á tirar al *riper*, ptarmigano más grande que el de las Hébridas, y el *jerper*, perdiz más delicada que la de Escocia.

Llegado el invierno, le reclamaba la caza del lobo, cuando estos carniceros, obligados por el hambre, se aventuran durante la mala estación en la superficie de los lagos helados. Después, en el verano, la caza del oso, cuando este animal, seguido de sus crías, viene á buscar su alimento de hierba fresca, y hay que perseguirle á través de platillos de una altura de mil á mil doscientos pies. Más de una vez Joël debió sólo su vida á la fuerza prodigiosa que tenía, capaz de resistir los arrazos de aquellas formidables bestias, y á su imperturbable sangre fría, que le permitía desprenderse de sus brazos.

En fin, cuando no había ni turistas que guiar en el valle del Vestfjorddal, ni cazadores que conducir á los fields (1), Joël se ocupaba del pequeño *søter*, situado á algunas millas, en la montaña.

Allí un pastorcillo, pagado por la señora Hansen, cuidaba de una media docena de vacas y una veintena de carneros, pues el *søter* solo tenía pastos, sin ningún otro género de cultivo.

Joël era por naturaleza atento y servicial, siendo amado de todos en tanto le conocían en los gaards del Telemark. Su primo Ole y su hermana Hulda eran los dos seres por quienes experimentaba una afeción sin límites. •

Cuando Ole Kamp abandonó á Dal para embarcarse por última vez, ¡cuánto sintió Joël no poder dotar á Hulda para conservarla su prometido! Pero era necesario algún dinero para el debut del nuevo matrimonio, y como la señora Hansen no se había brindado á nada, Joël comprendió que no era posible distraer lo más mínimo de los bienes de la familia. Ole tuvo, pues, que irse lejos, al otro lado del Atlántico. Joël le acompañó hasta los últimos límites de su valle, hasta el camino de Bergen. Allí, después de estrecharle largo tiempo entre sus brazos, le deseó un buen viaje y feliz vuelta. Luego volvió á consolar á su hermana, á quien amaba con un cariño á la vez fraternal y paternal.

Hulda, en aquella época, tenía diez y ocho años. No era la «piga», nombre que se da á las mozas en las posadas de Noruega, sino la «fröken», la miss de los ingleses, «la señorita», como su madre era «la señora» de la casa. ¡Qué rostro tan encantador, encuadrado por rubios cabellos, algo dorados, bajo un ligero bonete de tela, echado hacia atrás para dejar caer sus largas trenzas! ¡Qué bonito talle bajo el corpiño rojo con vivos verdes, bien ajustado al busto entreabierto sobre el peto, adornado con bordados de colores, dejando ver la blanca camiseta, cuyas mangas se cerraban en los puños por una pulsera de cinta! ¡Qué graciosa apostura bajo el cinturón rojo con broches de plata filigranada que retenía la verdosa falda, recubierta por el delantal de rimbos multicolores, y bajo la cual aparecían las blancas medias ajustadas por el fino calzado del Telemark, de afilada punta!

¡Sí! La prometida de Ole era encantadora, con la fisonomía un poco melancólica de las hijas del Norte, pero también sonriente. Su presencia evocaba el recuerdo de Hulda la Rubia, cuyo nombre llevaba, y que la mitología scandinava hace errar, como la buena hada, alrededor del hogar doméstico.

Su reserva de joven modesta y honrada no perjudicaba en nada á la gracia con que acogía á los huéspedes de un día que se detenían en la posada de Dal. Los turistas lo sabían. ¿No era ya un atractivo el poder cambiar con Hulda el «shake-hand», el cordial apretón de manos que se da á todos y á todas?

Y después de haberla dicho:

—Gracias por esta comida. *Tack for mad.*

¿Qué cosa más agradable que oírla responder con su voz fresca y sonora:

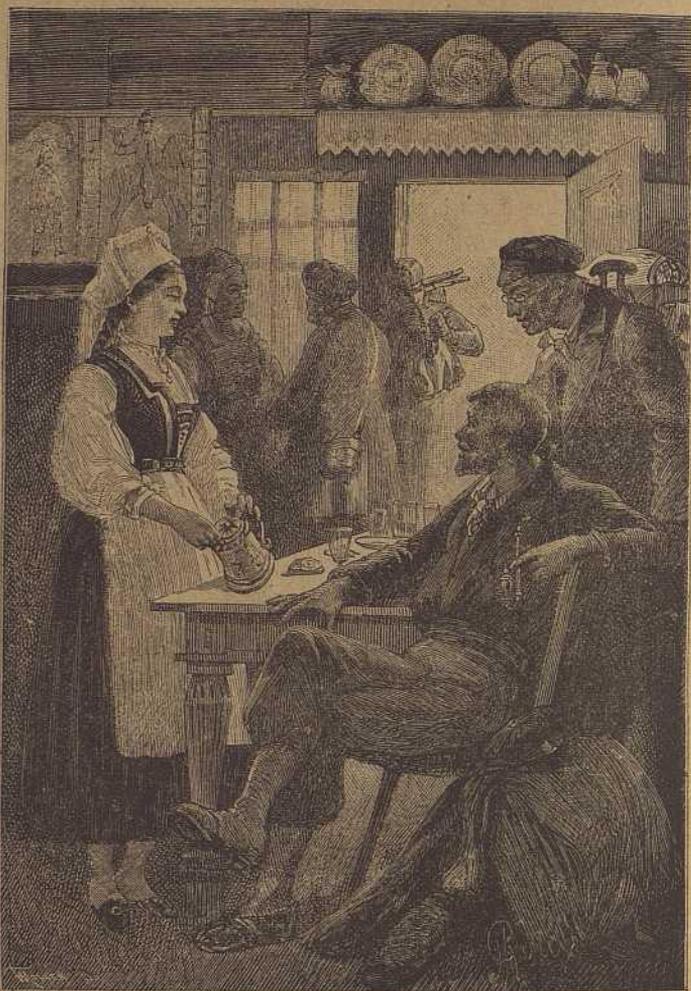
—Que os siente bien. *Wed bekomme?*

IV.

Ole Kamp había partido hacia ya un año. En su carta había dicho: «¡Ruda campaña la de aquel invierno en las aguas de New-Found-Land! Se gana bien el dinero, cuando se gana. Hay allí rachas del equinoccio que sorprenden los barcos al largo de las islas, y destruyen en algunas horas toda una flotilla de pesca. Pero el pescado pulula sobre aquel alto fondo de Terranova, y cuando las tripulaciones son favorecidas, encuentran una amplia recompensa, tanto á las fatigas como á los peligros de aquel agujero de tempestades.

Además, los noruegos son buenos marinos. No vuelven la cara al peligro. En medio de los fiords del litoral, desde Christiania hasta el Cabo Norte,

(1) Montañas.



Hulda tenía diez y ocho años.

entre los arrecifes del Finmark, á través de los pasos de las Loffoden, no les faltan repetidas ocasiones de familiarizarse con los grandes furores del Océano.

Cuando atraviesan el Atlántico del Norte para ir de conserva á las lejanas pesquerías de Terranova, han hecho ya sus pruebas de valor. Los coletazos del huracán que durante su infancia han recibido en las costas europeas, les ponen en disposición de afrontar las cabezadas de estas mismas tempestades en el New-Found-Land. Atrapan la borrasca en su origen: he aquí toda la diferencia.

Por otra parte, los noruegos tienen á qué atenerse. Sus antepasados eran intrépidos hombres de mar en la época en que habian acaparado el comercio de la Europa septentrional. Acaso fueron

algo piratas en los antiguos tiempos; pero la piratería era entonces la manera de proceder. Sin duda el comercio se ha moralizado mucho después, por más que haya motivos para pensar que aun queda algo por hacer.

Sea como quiera, los noruegos eran audaces navegantes: lo son aún hoy, lo serán siempre. Ole Kamp no era hombre capaz de desmentir las promesas de su origen. Á su padre, patrón de cabotaje en Bergen, debía su aprendizaje, su iniciación en aquellos duros trabajos. Toda su infancia se habia pasado en aquel puerto, uno de los más frecuentados del reino escandinavo. Antes de tomar la alta mar, habia sido un audaz pillete de playa, un desnichador de pájaros acuáticos, un pescador de los innumerables peces que sirven para fabri-



Siegfrid Helmboë.

car el *stock-fish*. A la edad de ser grumete, comenzó por navegar en el Báltico, al largo del mar del Norte, como también en las aguas del Océano polar.

Su padre murió. Su madre no existía. El joven huérfano fué entonces recogido por Harald Hanson; pero, de acuerdo con su tío, no quiso abandonar la profesión de marino.

En el intervalo de sus campañas, no dejaba nunca de venir á Dal á ver á la familia que tanto amaba, la sola que le quedaba en el mundo. Hizo también viajes á bordo de grandes barcos de pesca, y obtuvo el grado de maestre cuando llegó á tener más de veintiún años. Ahora había cumplido veintitres.

Cuando se encontraba en Dal, ¡qué digno com-

pañero para Joël! Le seguía en sus excursiones á través de las montañas, hasta los más altos platillos del Telemark. Los campos de hielo, después de los *fiords*; esto seducía á aquel joven marino, que nunca se quedaba atrás, como no fuese para hacer compañía á su prima Hulda.

Poco á poco se estableció una estrecha amistad entre Ole y Joël; y, como precisa consecuencia, este sentimiento tomó otra forma con relación á la joven. ¿Y cómo no había de animarle Joël? ¿Dónde había de encontrar su hermana en toda la provincia un mejor mozo, una naturaleza más simpática, un carácter más leal, un corazón más ardiente?

Teniendo á Ole por marido, la felicidad de Hulda estaba asegurada. Así es que, con el consenti-

miento de su madre y de su hermano, la joven se dejó ir por la pendiente natural de sus sentimientos. Porque las gentes del Norte sean poco demostrativas, no hay que tacharlas de insensibilidad. ¡No! ¡Es su manera de ser, y acaso valga tanto como cualquiera otra!

Un día se hallaban los cuatro en el salón, y Ole, sin más preámbulos, dijo:

— ¡Se me ocurre una idea, Hulda!

— ¿Cuál? — preguntó la joven.

— ¡Me parece que debíamos casarnos!

— Creo lo mismo.

— Sería conveniente, — añadió la señora Hanseu, como si hubiera sido un asunto discutido hacia ya largo tiempo.

— En efecto (replicó Joël); de esta manera Ole sería, naturalmente, mi cuñado.

— Sí (dijo Ole); pero es probable, querido Joël, que no por eso te querría más.

— ¿Es eso posible?

— ¡Ya lo verás!

— ¡Á fe mía que no deseo otra cosa! — respondió Joël, que corrió alegre á estrechar la mano de Ole.

— ¿Es cosa convenida, Hulda? — preguntó la señora Hansen.

— Si, madre mía, — respondió la joven.

— Hace mucho tiempo que te amaba sin decirlo, — añadió Ole.

— ¡Yo á ti también!

— Cómo ha sido esto, no lo sé.

— Ni yo.

— Sin duda ha debido ser viéndote cada día más hermosa y más buena.

— ¡Vas un poco más lejos de lo debido, mi querido Ole!

— No lo creas. ¡Puedo muy bien decirte todo esto sin que te sonrojes, puesto que es verdad! ¿No os habíais apercibido, señora Hansen, de que amaba á Hulda?

— Un poco.

— ¿Y tú, Joël?

— ¿Yo?... ¡Mucho!

— Francamente (respondió Ole sonriendo); ¡hubierais debido prevenirme!

— Pero (preguntó la señora Hansen), una vez casado, ¿no te parecerán mucho más penosos tus viajes?

— ¡Tan penosos (respondió Ole), que pienso renunciar á ellos en cuanto me case!

— ¿No viajarás más?

— No, Hulda: ¿acaso me sería posible abandonar-te por algunos meses?

— ¿De modo que vas ahora al mar por última vez?

— Si; pero con un poco de suerte, este viaje me

permitirá traer algunas economías; pues los señores Helps hermanos me han prometido darme parte entera.

— Son unas gentes honradas, — dijo Joël.

— De lo mejor que hay (respondió Ole); y bien conocidos y apreciados de todos los marinos de Bergen.

— Y cuando no navegues, mi querido Ole, ¿qué harás? — preguntó Hulda.

— Entonces seré el compañero de Joël; tengo buenas piernas, y, si no bastasen, me fabricaré otras á fuerza de ejercicio. Además, he pensado en un negocio, que no creo habia de dar mal resultado. ¿Por qué no habíamos de establecer un servicio de mensajerías entre Drammen, Kongsberg y los gaards del Telemark? Las comunicaciones no son ni fáciles ni regulares, y tal vez podría ganarse algún dinero. En fin..., tengo mi idea, sin contar....

— ¿Con qué?

— ¡Nada! Eso lo veremos á mi vuelta. Pero os prevengo que estoy decidido á intentarlo todo para que Hulda sea la mujer más envidiada del país. ¡Sí! Muy decidido.

— ¡Si supieras, Ole, cuán fácil será eso! (respondió Hulda, tendiéndole la mano.) Para ello esta ya andado la mitad del camino; ¿existe, acaso, en Dal una casa tan dichosa como la nuestra?

La señora Hansen habia vuelto por un instante la cabeza.

— ¿De modo que (replicó Ole, insistiendo con alegre tono) es asunto convenido?

— Si, — respondió Joël.

— ¿Nada tendremos ya que hablar?

— Jamás.

— ¿No tendrás pena, Hulda?

— Ninguna, mi querido Ole.

— En cuanto á fijar la fecha del casamiento, pienso que vale más esperar á tu regreso, — añadió Joël.

— ¡Sea! ¡Pero mucha desgracia será la mía, si antes de un año no estoy de vuelta para conducir á Hulda á la iglesia de Moel, donde nuestro amigo, el pastor Andresen, no rehusará recitar para nosotros sus más hermosas oraciones!

Y he aquí cómo se habia concertado el enlace de Hulda Hansen y Ole Kamp.

Ocho días después, el joven marino debia volver á bordo.

Pero antes de separarse, los dos futuros habian sido desposados, según la tierna costumbre de los países escandinavos.

En la sencilla y honrada Noruega, la costumbre general es desposarse antes de casarse. Á veces, el matrimonio no suele verificarse hasta dos ó tres años después de los desposorios. ¿No recuerda

esto lo que pasaba entre los cristianos en los primeros días de la Iglesia?

Pero no vaya á creerse que los desposorios se reducen á un cambio de palabras, cuyo valor reposa únicamente en la buena fe de los contratantes. No. El compromiso es más serio; y si este acto no está reconocido por la ley, lo está, á lo menos, por el uso, que es la ley natural.

Tratabase, pues, en el caso de Hulda y de Ole Kamp de organizar una ceremonia que presidiría el pastor Andresen. No hay ministro del culto en Dal, ni en la mayor parte de los gaards adyacentes. En Noruega, además, se encuentran ciertas localidades llamadas «villas de domingo», donde se eleva el presbiterio, el «proestegjell». Allí se reúnen para el oficio las principales familias de la parroquia, algunas de las cuales tienen una especie de apeadero, en el que vienen á establecerse, durante veinticuatro horas, el tiempo de cumplir con sus deberes religiosos, y de donde vuelven como de una peregrinación.

Verdad es que Dal posee una capilla; pero el pastor no la asiste sino cuando es llamado para ceremonias que no tienen carácter público, sino privado.

Después de todo, Møel no está lejos; tan sólo una media milla, ó sean unos diez kilómetros de Francia, desde Dal hasta la extremidad del lago Tina. En cuanto al pastor Andresen, es un hombre servicial y un buen caminante.

Rogóse, pues, al pastor Andresen que acudiese á celebrar los desposorios, en su doble cualidad de ministro y de amigo de la familia. Eran conocidos de larga fecha. Había visto crecer á Hulda y á Joël, y les amaba como al joven «lobo marino» de Ole Kamp. Nada podía causarle más placer que aquel casamiento. Había con él bastante para alegrar á todo el valle de Vestfjorddal.

En su consecuencia, el pastor Andresen tomó, pues, su esclavina, su alzacuello de crespón, su breviario, y partió una mañana, bastante lluviosa por cierto.

Llegó en compañía de Joël, que había salido á recibirle á la mitad del camino. No hay que decir si sería bien recibido en la posada de la señora Hansen, y si se le destinaria la habitación más hermosa de la planta baja, tapizada con frescas ramas de enebro, que la perfumaban como una capilla.

Á la mañana siguiente, á primera hora, se abrió la pequeña iglesia de Dal. Allí, ante el pastor y sobre el libro de oraciones, en presencia de algunos amigos y de los vecinos de la posada, Ole juró casarse con Hulda, y Hulda juró casarse con Ole, á la vuelta del último viaje que el joven marino iba á emprender. Un año de espera es largo, pero al

fin pasa, sobre todo cuando se está seguro el uno del otro.

Ole no podría ya, sin un motivo grave, repudiar á aquella de quien había hecho su desposada; Hulda no podría hacer traición á la fe que había jurado á Ole. Y si Ole Kamp no hubiese partido algunos días después del desposorio, hubiera podido aprovecharse de los derechos que indisputablemente le daba: visitar á la joven cuando le conviniese; escribirla cuando quisiera hacerlo; acompañarla á paseo dándole el brazo, aun en ausencia de la familia, y obtener la preferencia sobre todos los demás para bailar con ella en cualquiera fiesta ó ceremonia.

Pero Ole Kamp había tenido precisión de volver á Bergen. Ocho días después, el *Viken* partió para las pesquerías de Terranova. Hulda no tenía más que esperar las cartas que su prometido había jurado dirigirla por todos los correos de Europa.

Estas cartas, tan impacientemente aguardadas siempre, no faltaron. Ellas suministraban un poco de felicidad á la casa, entristecida después de la partida. El viaje se efectuaba en condiciones favorables. La pesca era fructuosa, y los provechos serían grandes. Además, al fin de cada carta, Ole hablaba siempre de cierto secreto y de la fortuna que debía asegurarle. ¡Cuánto deseaba Hulda conocer aquel secreto, y también la señora Hansen, por razones que hubiera sido difícil de sospechar!

Ésta se mostraba cada día más inquieta, más sombría, más reservada, y una circunstancia, de la que no habló á sus hijos, vino todavía á aumentar sus zozobras.

Tres días después de la llegada de la última carta de Ole, el 19 de Abril, la señora Hansen volvía sola de la serrería, adonde había ido para encargar un saco de virutas al contra maestre Lengling, y se dirigía hacia su casa, cuando, un poco antes de llegar á la puerta, se vió abordada por un hombre que no era del país.

—¿Sois vos la señora Hansen?—preguntó este hombre.

—Sí (respondió ésta); pero no os conozco. No recuerdo haberos visto.

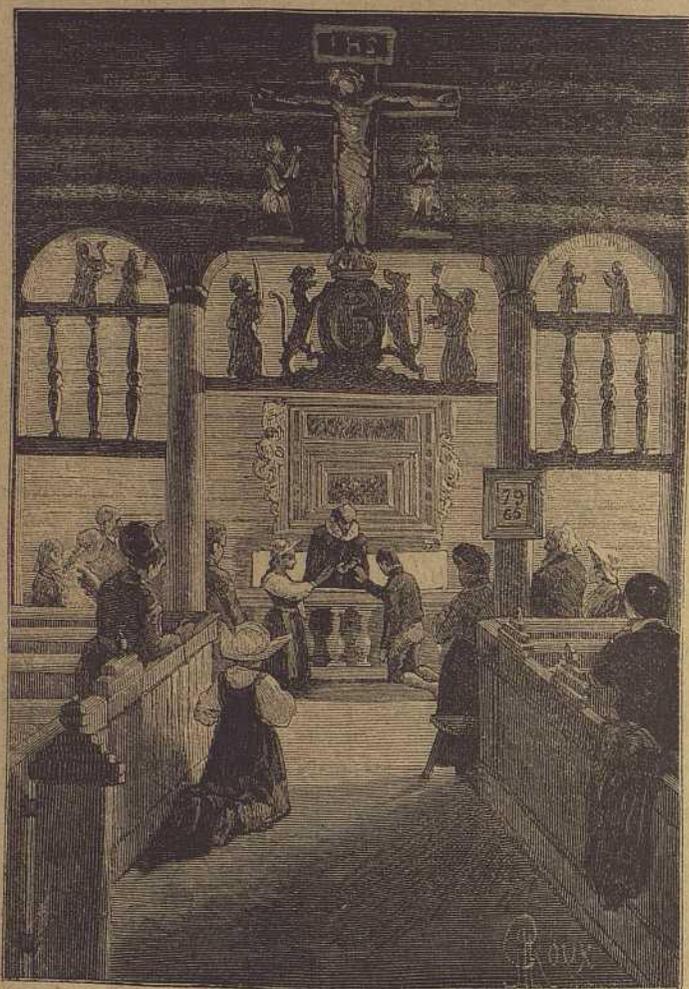
—¡Oh, poco importa! (replicó el desconocido.) Acabo de llegar de Drammen, y tengo que volverme en seguida.

—¿De Drammen?—dijo vivamente la señora Hansen.

—¿No conocéis á un cierto señor Sandgoist, que vive?...

—¡El señor Sandgoist! (repitió la señora Hansen, cuyo rostro palideció á este nombre.) Si..., le conozco.

—Pues bien: el señor Sandgoist ha sabido que



Ole juró casarse con Hulda.

venía á Dal, y me ha rogado que os salude en su nombre.

— ¿Y... nada más?...

— ¡Tan sólo que os diga que probablemente vendrá á veros el mes que viene. Con que, buena salud, y buenos días, señora Hansen.

V.

Hulda estaba muy preocupada por la insistencia de Ole en hablarla en todas sus cartas de aquella fortuna que esperaba encontrar á su vuelta. ¿En qué fundaba el honrado mozo su esperanza? ¿Qué sería?

Hulda no podía adivinarlo, y el tiempo se la hacía largo para saberlo. ¡Era tan natural esta impaciencia! ¿Podía tacharse de vana curiosidad? No. Aquel secreto tenía alguna relación con ella; por eso estaba impaciente, no porque la honrada y sencilla joven fuese ambiciosa, ni sus miras para el porvenir se hubiesen elevado hasta lo que se llama la riqueza. El cariño de Ole la bastaba, debía bastarla siempre. Si la fortuna venía, se la acogería sin extremado agasajo; si no llegaba, prescindirían de ella sin gran disgusto.

Esto precisamente se decían Hulda y Joël á la mañana siguiente del día en que la última carta de Ole había llegado á Dal. Sobre esto, como sobre todas las demás cosas, pensaban de la misma manera.



¿Es esta la posada de la señora Hansen?

Joël añadió entonces:

—¡No! ¡No es posible, querida Hulda! ¡Preciso es que me ocultes alguna cosa!

—¿Ocultarte yo?...

—¡Sí! ¡No es creíble que Ole haya partido sin decirte algo de su secreto!

—¿Te ha dicho á ti una palabra, Joël?—respondió la joven.

—No, hermana mía. Pero yo no soy tú.

—Sí, tú eres yo, Joël.

—Yo no soy la prometida de Ole.

—Casi (dijo la joven): y, si le sucediese alguna desgracia, si no volviese de este viaje, tú serías tan desgraciado como yo, y tus lágrimas correrían al par de las mías.

—¡Ah, hermana mía! (respondió Joël.) ¡Te pro-

hibo tener esas ideas! ¡No volver Ole del último viaje que hace á las grandes pescas! ¿Hablas seriamente, Hulda?

—Cierto que no, Joël. ¡Y, sin embargo..., no sé..., no puedo verme libre de ciertos presentimientos..., de angustiosos sueños....

—¡Los sueños, hermana mía, no son más que sueños!

—Sin duda; pero ¿de dónde vienen?

—De nosotros mismos, y no de arriba. Tú temes, y tus temores son los que visitan tu sueño. Además, casi siempre sucede lo mismo cuando se acerca el momento de ver realizados nuestros deseos respecto á una cosa que hemos deseado vivamente.

—Lo sé, Joël.

— ¡En verdad, que te creía más fuerte, hermana mía! ¡ Si! Más enérgica. ¡ Cómo! ¿Acabas de recibir una carta, en la que Ole te dice que el *Viken* estará de vuelta antes de un mes, y das cabida á tales inquietudes en tu cabeza?

— ¡No, en el corazón, querido Joël!

— El caso es (añadió éste), que estamos ya á 19 de Abril. Ole debe llegar del 15 al 20 de Mayo, y pienso que es tiempo ya de comenzar los preparativos para el casamiento.

— ¿Lo crees así, Joël?

— ¡Que si lo creo, Hulda! ¡Creo hasta que hemos tardado demasiado! Un casamiento que va á llenar de alegría, no sólo á Dal, sino á todos los *gaards* vecinos! ¡Quiero que sea una cosa que llame la atención, y voy á ocuparme en arreglar todos los detalles!

Una ceremonia de este género en las campiñas de la Noruega en general, y del Telemark en particular, no es un asunto de poca monta, y no se lleva á cabo sin algún ruido.

En su consecuencia, Joël tuvo con este motivo una larga entrevista con su madre.

Ésta tuvo lugar pocos instantes después que la señora Hansen había sido tan vivamente impresionada por el encuentro del hombre que acababa de anunciarle la próxima visita del señor Sandgoist, de Drammen. Había ido á sentarse en el sillón de la sala grande, y allí, absorta en sus ideas, hacía girar maquinalmente, sin darse cuenta de ello, la rueda de su torno.

Joël comprendió perfectamente que su madre estaba aún más atormentada que de costumbre; pero como invariablemente respondía «que no tenía nada» cuando la preguntaban, su hijo sólo quiso hablarla del casamiento de Hulda.

— Madre mía (dijo); ya sabéis que, según su última carta, Ole estará verosimilmente de vuelta dentro de algunas semanas.

— ¡Es de desear (respondió la señora Hansen); y quiera Dios que no experimente ningún retraso!

— ¿Encontráis algún inconveniente en que fijemos la fecha del casamiento para el día 25 de Mayo?

— Ninguno, si Hulda consiente.

— Su consentimiento está ya dado. Y ahora os preguntaré, madre mía, si tenéis intención de hacer bien las cosas en esta ocasión.

— ¿Y qué entiendes tú por «hacer bien las cosas»? — preguntó la señora Hansen, sin levantar los ojos de su torno.

— Entiendo, con vuestro permiso, madre mía, que la ceremonia se haga con arreglo á nuestra posición en la bailía. Debemos convidar á nuestros conocimientos, y si la casa no basta para alojar á nuestros huéspedes, no habrá un solo vecino que no se apresure á albergarlos.

— ¿Y quiénes serán esos huéspedes, Joël? — preguntó su madre.

— Pienso que habrá que invitar á todos nuestros amigos de Moel, de Tiness, de Bamble, de los cuales yo me encargo. También imagino que la presencia de los señores Help hermanos, los armadores de Bergen, no podrá menos de hacer honor á la fiesta, y con vuestro permiso, repito, les ofreceré que vengan á pasar un día en Dal. Son unas honradas gentes que aman mucho á Ole, y estoy seguro que aceptarán.

— ¿Tan necesario es en tu concepto (preguntó la señora Hansen), dar á este casamiento tanta importancia?

— Así lo creo, madre mía, aun cuando sólo sea en interés de la posada de Dal, que me figuro no ha desmerecido después de la muerte de nuestro padre.

— ¡No..., Joël...; no!

— ¿No es obligación nuestra mantenerla en el mismo estado en que él la dejó? Luego me parece útil dar algún brillo al casamiento de mi buena hermana.

— Sea, Joël.

— Por otra parte, ¿no es tiempo ya de que Hulda comience sus preparativos, á fin de que por su parte no haya retraso alguno? ¿Qué contestáis á mi proposición?

— ¡Que Hulda y tú hagáis lo que juzguéis necesario! — respondió la señora Hansen.

Tal vez se crea que Joël se apresuraba un poco, que hubiera sido más razonable aguardar la vuelta de Ole para fijar la fecha del casamiento, y, sobre todo, para comenzar los preparativos. Pero, como él decía, lo que estuviese hecho no habria ya que hacerlo; y después, esto distraería á Hulda al ocuparse en los mil detalles que lleva consigo una ceremonia de este género. Importaba no dejar á sus presentimientos, que por otra parte nada justificaba, el tiempo de dominarla.

Desde luego era necesario pensar en la doncella de honor.

¡Pero no habia que inquietarse; la elección estaba hecha!

Era una amable señorita de Bamble, la íntima amiga de Hulda. Su padre, el granjero Hembloë, dirigía uno de los *gaards* más importantes de la provincia, y no carecía de cierta fortuna. De mucho tiempo atrás habia apreciado el carácter generoso de Joël, y, preciso es decirlo, su hija Siegfrid no le apreciaba menos, á su modo. Era, pues, probable que en un tiempo no lejano, después que Siegfrid hubiera servido de doncella de honor á Hulda, Hulda la serviría á su vez. Así se hace en Noruega. Generalmente esas agradables funciones están reservadas á las mujeres casadas. De modo

que algo por derogación en provecho de Joël, Siegfried Hembloë debía asistir en este concepto á Hulda Hansen.

La elección del traje que habian de lucir el día de la ceremonia era una cuestión de grande importancia, tanto para la novia como para su doncella de honor.

Siegfried, bonita rubia de diez y ocho años, tenia la firme intención de presentarse con sus mejores galas.

Prevenida por una esquelita de Hulda, que Joël se habia comprometido á entregar en sus propias manos, se dedicó, sin perder un instante, á este trabajo, que no deja de proporcionar algún cuidado.

Tratabase, en efecto, de cierto corpiño, cuyo bordado, de dibujos regulares, debía estar combinado de manera que encerrase el talle de Siegfried como en un cuadrante dividido.

Hablábase también de una falda que habia de cubrir una serie de enaguas, cuyo número debía estar en relación con la fortuna de Siegfried, pero sin hacerle perder ninguna de las gracias de su persona. En cuanto á las joyas, ¡qué embarazo para la elección de la placa central del collar de filigrana de plata y perlas, los broches del corpiño de plata sobredorada ó de cobre, las arracadas en forma de corazón con discos movibles, los dobles botones ó gemelos que sirven para abrochar el cuello de la camisa, el cinturón de seda ó de lana roja, de donde parten cuatro hileras de cadenas, las sortijas con colgantes pequeños que se entrecocan armoniosamente, los pendientes y los brazaletes de plata calada, en fin, toda aquella joyería del campesino, en la cual, á decir verdad, el oro no existe sino en delgadas hojas, la plata en estañadura, la orfebrería en estampa, cuyas perlas son de vidrio y los diamantes de cristal. Pero como convenia que la vista quedase satisfecha del conjunto, Siegfried no vacilaria en caso necesario en visitar los ricos almacenes de M. Bennett para completar su atavío. Su padre no se opondría: ¡lejos de eso! El excelente hombre dejaba obrar á su hija con completa libertad. Siegfried, por otra parte, era lo bastante razonable para no comprometer la bolsa paternal. En fin, lo que importaba, sobre todo, era que, en aquel día, Joël la encontrase encantadora.

En cuanto á Hulda, no era menos grave la cuestión. Pero las modas son implacables, y proporcionan á las novias bastantes sinsabores en la elección de su primer traje de boda.

Hulda iba por fin á abandonar sus largas trenzas adornadas con cintas de colores que se escapaban de su bonete de doncella, y el alto cinturón con broche que retenia su delantal sobre su falda es-carlata.

Ya no volveria á usar las pañoletas de desposada

que Ole la habia regalado al partir, ni el cordón de que pendian los saquitos de cuero bordado que contienen la cuchara de plata de mango cortó, el cuchillo, el tenedor, el estuche de costura, y otros tantos objetos de que debe hacer un uso constante una mujer de su casa.

¡No! En el cercano día de su boda, la cabellera de Hulda flotaria libremente sobre sus hombros, y era tan abundante, que no tendria necesidad de mezclar á ella los postizos de lino de que tanto abusan las jóvenes de Noruega menos favorecidas por la naturaleza.

En resumen: tanto para el traje como para las joyas, Hulda no tendria más que acudir al cofre de su madre. En efecto: los elementos de aquel tocado se transmiten ordinariamente de matrimonio en matrimonio á todas las generaciones de una misma familia.

Así se ven reaparecer el justillo bordado de oro, el cinturón de terciopelo, la falda de seda lisa ó de diversos colores, las medias de wadmél, la cadena de oro para el cuello, y la corona, la famosa corona escandinava, conservada en el sitio de respeto de los baules, magnífico pedazo de cartón dorado que se eleva como una joroba, sembrada de estrellas ó adornada con guirnaldas; en fin, el equivalente de la corona de azahar en otros países de Europa. Lo cierto es que aquella aureola radiante, con sus delicadas filigranas, sus colgantes sonoros y sus cuentas de cristal de variados colores, debía recuadrar de un modo encantador el bonito semblante de Hulda.

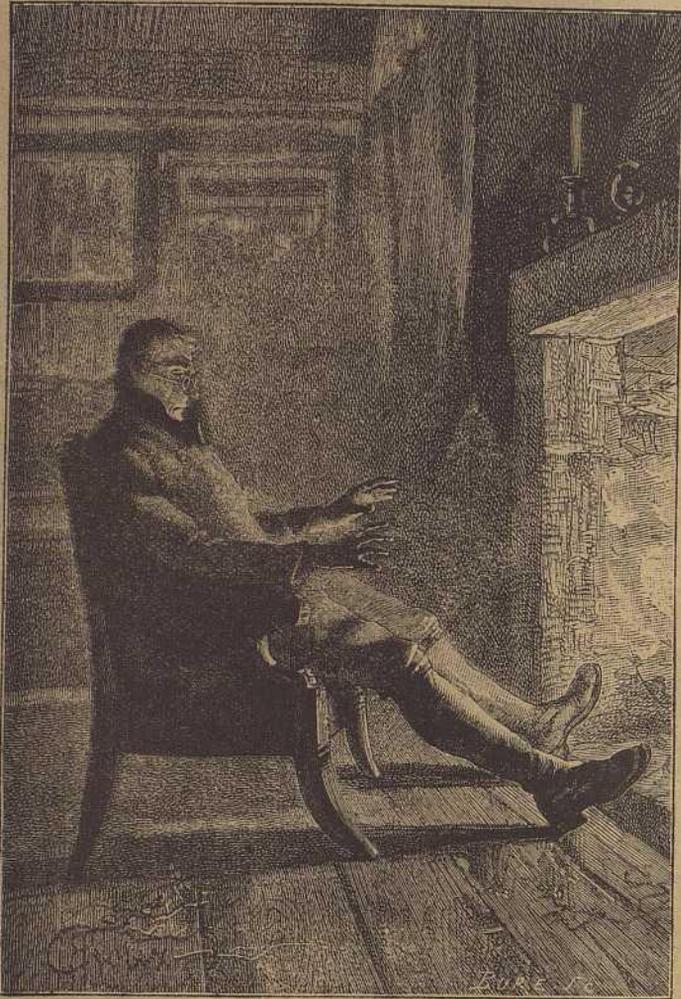
La novia coronada, como dicen allí, haria honor á su esposo.

Éste seria digno de ella con su flamante vestido de boda: chaqueta corta con botones de plata muy unidos, camisa almidonada de cuello recto, chaleco con bordados de seda, calzón estrecho ceñido á la rodilla, con madroños de velluda lana, sombrero blanco, botas amarillas, y, en la cintura, en su vaina de cuero, el cuchillo escandinavo, el «dølkni» de que siempre va armado el verdadero noruego.

No estarian de más algunas semanas, si se queria que todo estuviese dispuesto para antes de la llegada de Ole Kamp. Además, si éste llegaba un poco antes de la fecha indicada, y si Hulda estaba dispuesta, ésta no se quejaria del adelanto, ni Ole tampoco.

En estas diversas y agradables ocupaciones se pasaron las últimas semanas de Abril y las primeras de Mayo.

Aprovechando los ratos de descanso que le dejaba su profesión de guia, Joël habia ido personalmente á hacer sus invitaciones. Sus frecuentes visitas á Bamble hicieron sospechar que tenia allí numerosos amigos. Si no habia ido á Bergen á in-



El viajero se calentaba delante de un buen fuego.

uitar á los señores Help hermanos, por lo menos les había escrito; y, como ya se lo figuraba, aquellos honrados armadores habían aceptado, no sin afán, la invitación de asistir al casamiento de Ole Kamp, el joven maestro del *Viken*.

Entretanto había llegado el 15 de Mayo. Podía, pues, esperarse, de un momento á otro, ver á Ole bajar de su kariol, abrir la puerta, y gritar con voz alegre:

— ¡Yo soy!.... ¡Heme aquí!....

Sólo hacía falta un poco de paciencia. Por lo demás, todo estaba dispuesto. Siegfrid, por su parte, sólo aguardaba una señal para presentarse con todos sus adornos.

El 16 y 17, nada todavía, ni una nueva carta traída por los correos de Terranova.

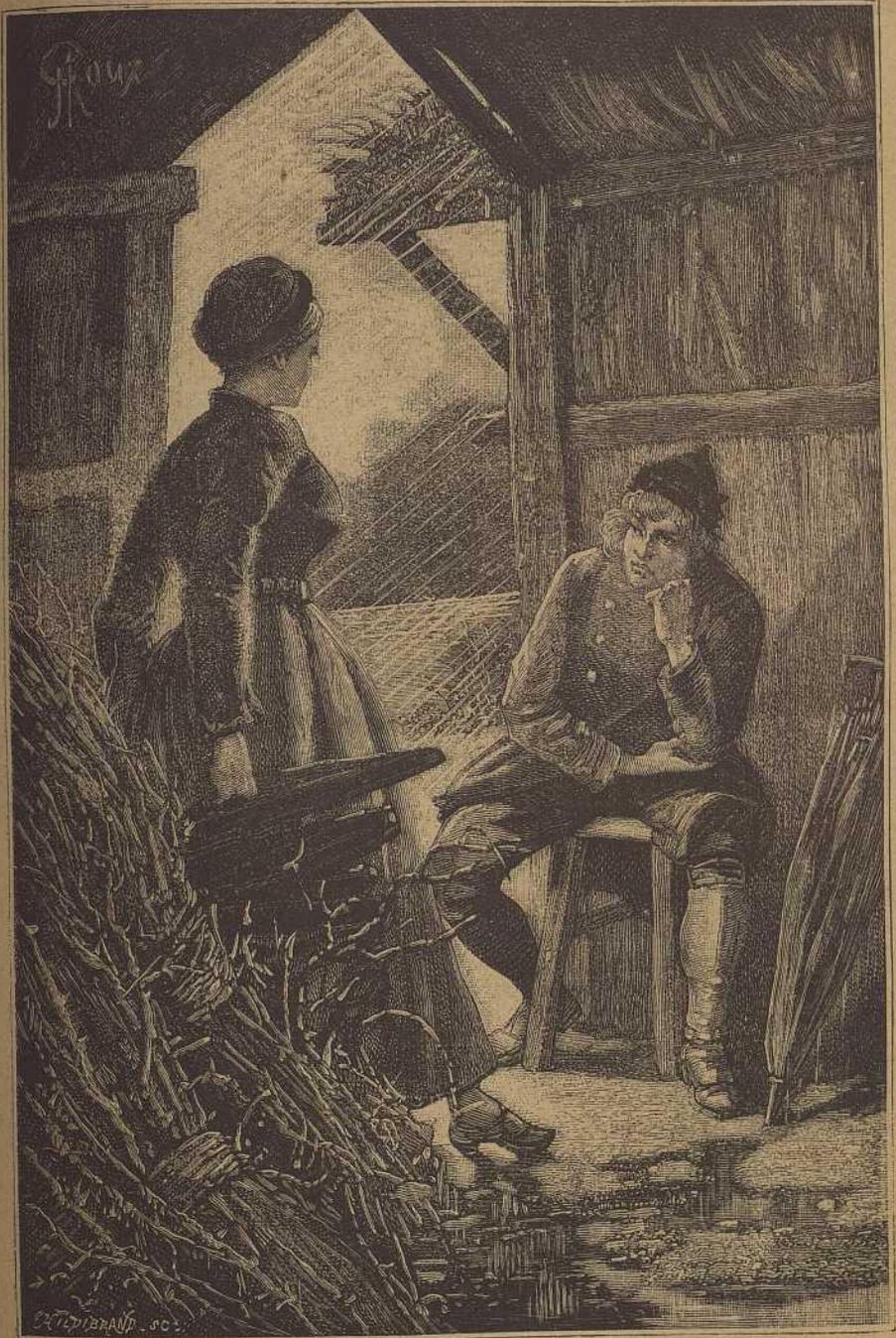
— No hay que admirarse, hermana mía (repetía Joël á menudo). Un buque de vela puede experimentar retrasos. La travesía es larga desde San Pedro Miquelón á Bergen. ¡Ah! ¡que no fuera el *Viken* un buque de vapor y yo su máquina! ¡Cómo le empujaría contra viento y marea, aun cuando debiese estallar al llegar al puerto!

Decía todo esto, porque veía aumentar la inquietud de Hulda de día en día.

Precisamente reinaba entonces muy mal tiempo en el Telemark. Rudos vientos barrián los altos campos de hielo, y aquellos vientos, que soplaban del Oeste, venían de América.

— Sin embargo, ¡debían favorecer la marcha del *Viken*! — repetía la joven con frecuencia.

— Sin duda, hermana mía (respondía Joël).



Era menester esperar que calmase el tiempo.

Pero si son demasiado fuertes, pueden también molestarle y obligarle á hacer frente al huracán. En el mar no es fácil hacer siempre lo que se quiere!

—¿De modo que no estás inquieto, Joël?—le preguntó su hermana.

—¡No, Hulda, no! Nada más natural que estos retrasos, por más que sean enfadosos. No estoy inquieto, porque realmente no hay motivo para estarlo.

El 19 llegó á la posada un viajero que tuvo necesidad de un guía. Se trataba de conducirlo hasta los límites del Hardanger, pasando por las montañas.

Aunque muy contrariado por dejar á Hulda entregada á sí misma, su hermano no podía rehusar sus servicios. Sería á lo sumo una ausencia de cuarenta y ocho horas, y Joël contaba con encontrar á Ole á su vuelta. La verdad es que el pobre muchacho empezaba á estar muy atormentado. Partió, pues, á la mañana siguiente, fuerza es decirlo, con el corazón oprimido.

Aquel mismo día, á cosa de la una de la tarde, llamaron á la puerta de la posada.

Hulda fué á abrir, gritando:

—¡Si será Ole!

Junto al umbral se hallaba un hombre inmóvil sobre el asiento de su kariol, y cuyo rostro le era desconocido.

VI.

—¿Es esta la posada de la señora Hansen?

—Sí, señor,—respondió Hulda.

—¿Está en casa?

—No; pero no tardará en volver.

—¿Pronto?

—Al instante; y si tenéis que hablarla...

—No tal. Nada tengo que decirle.

—¿Queréis una habitación?

—Sí; la mejor de la casa.

—¿Hay que prepararos comida?

—Lo antes posible; y cuidad de que se me sirva lo mejor que haya.

Tales fueron las frases cambiadas entre Hulda y el viajero, aun antes que éste bajase de la kariol de que se había servido para venir hasta el corazón del Telemark, á través de los bosques, los lagos y los valles de la Noruega central.

Ya conocemos la kariol, esa máquina de locomoción, tan querida de los habitantes de la Escandinavia.

Dos largas varas, entre las cuales se mueve un caballo de cuello cuadrado, de manto amarillento,

dirigido por un simple freno de cuerda, pasado, no por su boca, sino por su nariz; dos grandes ruedas delgadas, cuyo eje, sin muelles, sostiene una caja pequeña, pintada, y apenas bastante ancha para contener una persona, sin capota, guardabarros ni estribo; detrás de la caja una tablilla, en la que se encarama el skydskarl.

El conjunto representa una enorme araña, cuya doble tela estuviese formada por las dos ruedas del aparato.

Con esta máquina rudimentaria pueden hacerse marchas de quince á veinte kilómetros, sin demasiada fatiga.

Á una señal del viajero, el muchacho vino á sujetar al caballo. Entonces aquel personaje se levantó, se sacudió y echó pie á tierra, no sin algunos esfuerzos, que se tradujeron por gruñidos de mal humor.

—¿Podrá llevarse mi kariol á la cochera?—preguntó con tono rudo, deteniéndose sobre el umbral de la puerta.

—Sí, señor,—respondió Hulda.

—¿Y dar de comer á mi caballo?

—Voy á ordenar que le lleven á la cuadra.

—Que tengan cuidado de él.

—Descuidad. ¿Puedo preguntaros si contáis permanecer algunos días en Dal?

—No lo sé.

La kariol y el caballo fueron conducidos á un cobertizo pequeño, construido en el mismo cercado, bajo el abrigo de los primeros árboles, al pie de la montaña. Era la única cuadra-cochera que había en la posada; pero bastaba para el servicio de sus huéspedes.

Un instante después, el viajero estaba instalado en la mejor habitación, según había pedido. Después de haberse desembarazado de su hopalanda, se calentaba ante un buen fuego de leña seca que había hecho encender.

Entretanto, á fin de satisfacer su humor poco acomodaticio, Hulda recomendaba á la piga preparase la mejor comida posible; aquella piga que, durante la estación de verano, ayudaba á la cocina y demás trabajos de la posada, era una fuerte muchacha de los alrededores.

El recién llegado era un hombre sólido todavía, por más que hubiese ya pasado de los sesenta años.

Delgado, un poco encorvado, de mediana estatura, huesosa cabeza, rostro imberbe, nariz puntiaguda, ojos pequeños de mirada penetrante detrás de sus gruesos anteojos, frente arrugada, labios demasiado delgados para que nunca pudiesen escaparse de ellos buenas palabras, manos largas y engarabitadas, era el tipo del prestamista sobre prendas, ó del usurero.

Hulda tuvo el presentimiento de que aquel viajero no podía llevar nada bueno á la casa de la señora Hansen.

No cabía duda de que era noruego; pero presentaba tan sólo el lado vulgar del tipo escandinavo. Su traje de camino se componía de un sombrero bajo de anchas alas, un vestido de paño blanquecino, chaqueta cruzada sobre el pecho, calzón ceñido á la rodilla por la hebilla de una correa de cuero, y, sobre todo, una especie de capote obscuro, forrado interiormente con pieles de carnero, abrigo necesario á causa de las tardes y noches muy frías, aun en la superficie de los platillos y en los valles del Telemark.

En cuanto al nombre de aquel personaje, Hulda no lo había preguntado; pero no podía tardar en saberlo, puesto que era preciso le inscribiese en el libro de la posada.

En aquel momento entró la señora Hansen. Su hija la anunció la llegada de un viajero, que había pedido la mejor comida y la mejor habitación. En cuanto á saber si prolongaría su estancia en Dal, lo ignoraba; pues nada había dicho sobre este punto.

—¿Ha dado su nombre?—preguntó la señora Hansen.

—No, madre mía.

—¿Ni ha dicho de dónde viene?

—Tampoco.

—Sin duda es algún turista. Es lástima que Joël no esté de vuelta para ponerse á su disposición. ¿Cómo nos compondremos si llega á pedir un guía?

—No creo que sea un turista (respondió Hulda). Es un hombre ya de edad....

—Si no es un turista, ¿qué viene á hacer á Dal?

—dijo la señora Hansen, tal vez más á sí misma que á su hija, y con un tono que denotaba cierta inquietud.

Hulda no podía contestar á esta pregunta, puesto que el viajero no había dejado conocer nada de sus proyectos.

Una hora después de su llegada, aquel hombre entró en el salón, que estaba contiguo á su cuarto. Á la vista de la señora Hansen se detuvo un instante en el umbral de la puerta.

Indudablemente era tan desconocido á la posadera como ésta lo era para él. Así es que avanzó hacia ella, y después de haberla mirado por encima de sus anteojos:

—¿La señora Hansen? —dijo, sin tocar siquiera con su mano al sombrero que tenia sobre la cabeza.

—Sí, señor, —respondió la señora Hansen.

Y en presencia de aquel hombre experimentó, como su hija, una turbación de que él debió percibirse.

—¿De modo que sois la señora Hansen de Dal?

—Sin duda, caballero. ¿Tenéis algo que decirme?

—Nada. Únicamente deseaba conoceros. ¿No soy vuestro huésped? Y ahora procurad que me sirvan la comida lo antes posible.

—Ya está dispuesta (respondió Hulda); y si queréis pasar al comedor....

—Vamos.

Dicho esto, el viajero se dirigió hacia la puerta que le mostraba la joven. Un momento después estaba sentado junto á la ventana, ante una mesita cuidadosamente servida.

La comida era seguramente buena. Ningún turista, ni aun de los más delicados, hubiese encontrado nada que reprochar. Sin embargo, aquel personaje, poco contentadizo, no escaseó los signos y palabras de descontento, sobre todo los signos, pues no parecía ser demasiado locuaz.

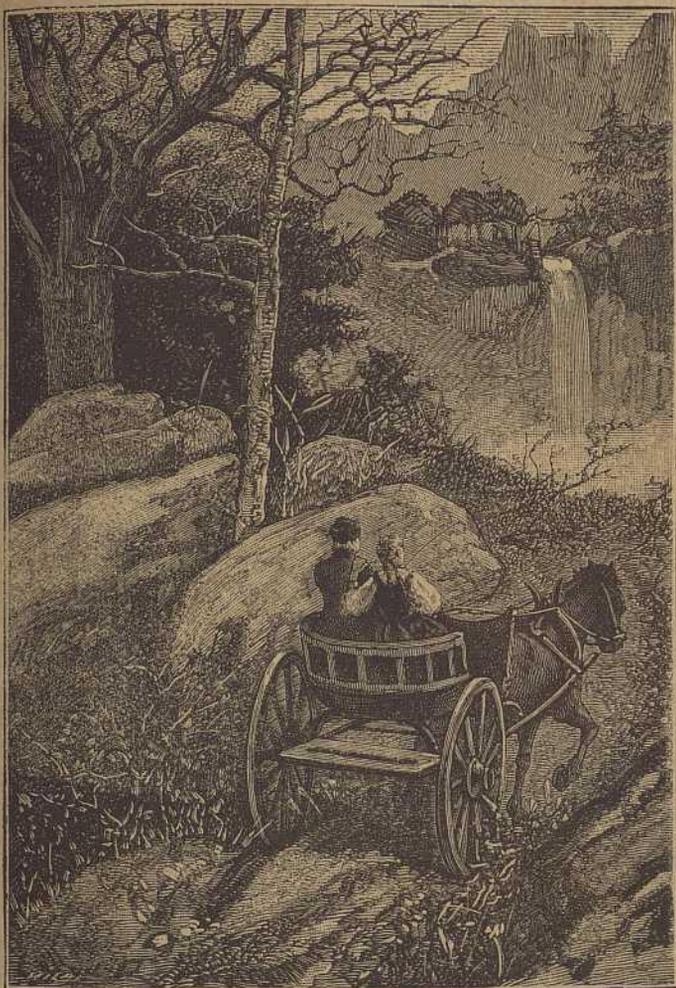
Verdaderamente podría preguntarse si era á su mal estómago ó á su mal carácter á lo que se debía que se mostrase tan exigente.

El potaje de cerezas y grosellas no le convenía más que á medias, por más que fuese excelente. Sólo tocó con sus labios el salmón y el arenque marinados. El jamón crudo, medio pollo muy apetitoso, algunas legumbres muy bien aderezadas, tampoco parecieron agrádarle. Hasta se mostró descontento de su botella de Saint-Julien y su media de Champagne, por más que procediesen auténticamente de las más acreditadas bodegas de Francia.

De esto resultó que, terminada su comida, el viajero no tuvo ni un solo *tack for mad* para su huésped.

Después de comer, aquel malhumorado señor encendió su pipa, salió de la sala, y fué á pasearse por las márgenes del Maan.

Una vez llegado á la orilla, se volvió. Sus miradas no se separaban de la posada. Parecía que la estudiaba bajo todas sus formas, planta, corte, elevación, como si hubiese querido estimarla en su verdadero valor. Contó las puertas y las ventanas. Se acercó á los maderos horizontalmente dispuestos en la base de la casa, hizo dos ó tres cortaduras con la punta de su *dolknif*, como si hubiera querido reconocer la calidad de la madera y su estado de conservación. ¿Querría acaso darse cuenta de lo que valía la posada de la señora Hansen? ¿Pretendería adquirirla, por más que no estuviese en venta? Este proceder era, por lo menos, extraño. Después de la casa, empezó á ocuparse del pequeño cercado, contando los árboles y los arbustos. En fin, midió dos de sus lados con paso geométrico, y el movimiento de su lápiz sobre una



Encontraron una serrería.

página de su cartera indicó que los multiplicaba el uno por el otro.

Y á cada momento movía la cabeza, fruncía las cejas, y lanzaba exclamaciones bien poco aprobadoras.

Durante estas idas y venidas, la señora Hansen y su hija le observaban á través de las ventanas de la sala. ¿Con qué extraño personaje tenían que entenderse? ¿Cuál era el objeto del viaje de aquel monomaniaco? Verdaderamente era de sentir que todo esto pasase en la ausencia de Joël, puesto que aquel viajero iba á permanecer toda la noche en la posada.

—¿Si fuese un loco?—dijo Hulda.

—¿Un loco?... ¡No! (respondió la señora Hansen.) Pero si, por lo menos, un hombre bien singular.

—¡Siempre es enfadoso no saber á quién se recibe en su casa!—dijo la joven.

—Hulda (contestó la señora Hansen): antes que vuelva ese viajero, ten cuidado de llevar á su habitación el libro de la posada.

—Sí, madre mía.

—¡Tal vez se decida á poner su nombre! Ya lo veremos.

La noche era ya sombría á cosa de las ocho, hora en que empezó á caer una lluvia fina, que llenaba el valle de una espesa bruma, y que mojaba la montaña hasta la mitad de su altura.

El tiempo era poco á propósito para pasear. Así es que el nuevo huésped de la señora Hansen, después de haber remontado el sendero hasta la serrería, volvió á la posada, donde pidió un vasi-

to de brandevin. Después, sin añadir una palabra más, sin dar á nadie las buenas noches, tomó el candelero de madera, cuya bujía estaba encendida, entró en su habitación, echó el cerrojo á la puerta, y ya no se le volvió á oír en toda la noche.

- El skydskarl se refugió en el cobertizo, y entre las varas de la kariol se quedó dormido en compañía del caballo amarillo, sin inquietarse lo más mínimo de la borrasca.

Á la siguiente mañana, la señora Hansen y su hija se levantaron al amanecer. Ningún ruido se oía en la habitación del extranjero, que reposaba todavía. Un poco después de las nueve, entró en el salón con el aire más huraño que la vispera, quejándose del lecho, que era duro, del estrépito de la casa, que le había despertado, y sin saludar á nadie. Después abrió la puerta, y se puso á contemplar el cielo, que presentaba un mediano aspecto.

Un viento vivo barria las cimas del Gousta, perdidas entre los vapores, y se precipitaba á través del valle, soplando en violentas ráfagas.

El viajero no se aventuró á salir; pero no perdió su tiempo. Fumando su pipa, se paseaba por la posada, procurando reconocer su disposición interior; visitó las diferentes habitaciones; examinó el mobiliario; abrió las alacenas y los armarios, sin más aprensión que si hubiera estado en su propia casa. Hubiérasele tomado por un tasador, procediendo en algún acto judicial.

Decididamente, si el hombre era singular, sus procedimientos eran más que sospechosos.

Hecho esto, vino á tomar asiento en el gran sillón de la sala. Después, con una voz breve y dura, dirigió varias preguntas á la señora Hansen. ¿Hacia mucho tiempo que se había construido la posada? ¿La había edificado su marido Harald, ó procedía de alguna herencia? ¿Había necesitado ya de algunas reparaciones? ¿Cuál era la cabida del cercado y del *sæter* que de él dependía? ¿Producía buenos rendimientos? ¿Cuántos turistas venían, por término medio, en la buena estación? ¿Pasaban en ella uno ó varios días? Y otras por el estilo.

Evidentemente, el viajero no se había enterado del libro que habían llevado á su habitación; pues éste le hubiera informado, por lo menos, de esta última cuestión.

En efecto: el libro se hallaba todavía en el lugar en que Hulda le había colocado la vispera, sin que el viajero hubiese estampado en él su nombre.

—Señor (dijo entonces la señora Hansen): no comprendo cómo y por qué pueden interesaros todas estas cosas. Pero si deseáis saber la marcha

de nuestros negocios, nada más fácil; no tendré más que consultar el libro de la posada, en el cual os ruego inscribáis vuestro nombre, según la costumbre....

—¿Mi nombre?... Ciertamente que pondré mi nombre, señora Hansen.... ¡Le pondré en el momento de despedirme de vos!

—¿Habrá que guardaros la habitación?

—Es inútil (respondió el viajero levantándose). Voy á partir hoy mismo después del desayuno, á fin de estar de vuelta en Drammen mañana por la noche.

—¿En Drammen?...—dijo vivamente la señora Hansen.

—¡Sí! Conque haced que me sirvan al momento.

—¿Habitais en Drammen?

—¡Sí! ¿Qué encontraréis en ello de particular?—replicó.

Así, pues, después de haber pasado apenas un día en Dal, ó más bien en la posada, aquel viajero se volvía sin haber visto nada del país.

No se cuidaba de ninguna manera del Gousta, del Rjukanfos, ni de las maravillas del valle de Vestjorddal.

No había salido de Drammen, donde habitaba, por placer, sino por negocio, y hasta parecía que no había tenido otro motivo que visitar en detalle la casa de la señora Hansen.

Hulda observó que su madre estaba profundamente conmovida. La señora Hansen había ido á sentarse á su gran sillón. Después, rechazando su torno, se quedó inmóvil, sin pronunciar una palabra.

Entretanto, el viajero acababa de pasar al comedor, y se había sentado a la mesa.

No pareció quedar más satisfecho del almuerzo, tan escogido como la comida de la vispera. Y, sin embargo, comió bien y bebió lo mismo; pero sin apresurarse. Su atención parecía dirigirse más especialmente hacia el valor del servicio de plata, —lujo al que son muy aficionados los campesinos de Noruega, —algunas cucharas y tenedores que se transmiten de padres á hijos, y que se guardan precisamente con las alhajas de familia.

Durante este tiempo, el skydskarl hacía en la cochera sus preparativos de partida. Á las once, caballo y kariol aguardaban á la puerta de la posada.

El viento continuaba siendo poco seductor, el cielo gris y ventoso. Á veces la lluvia azotaba los cristales de la ventana como si fuera metralla. Pero el viajero, bajo su grueso capote forrado de pieles, no era hombre, por lo visto, de inquietarse por las ráfagas.

Terminado el desayuno, bebió el último vaso de

brandevin, encendió pausadamente su pipa y se puso su hopalanda; entró en el salón, y pidió su cuenta.

—Voy á prepararla,—respondió Hulda, yendo á sentarse ante una mesita de despacho.

—¡Daos prisa! (dijo el viajero.) Entretanto (añadió), dadme el libro para que inscriba mi nombre.

La señora Hansen se levantó, fué á buscar el libro, y vino á colocarle sobre la mesa grande, al alcance del viajero.

Este tomó una pluma, miró otra vez por encima de sus anteojos á la señora Hansen, y con gruesas letras escribió su nombre en el libro, que cerró inmediatamente.

En aquel momento volvió Hulda con la cuenta pagada.

El viajero la tomó, la examinó por artículos gruñendo, y sin duda comprobó la suma.

—¡Hum! (dijo.) ¡Es bastante caro! Siete marcos y medio por una noche y dos comidas.

—Está incluido el gasto del skyðskarl y del caballo,—observó Hulda.

—¡No importa! ¡Encuentro esto caro! ¡En verdad, que ya no me admira que se haga tanto negocio en la casa!

—¡No debéis nada, caballero!—dijo entonces la señora Hansen, con voz tan trémula, que apenas podía oírse.

Acababa de abrir el libro, había visto el nombre inscrito por el viajero, y repitió, haciendo pedozos la cuenta:

—¡No debéis nada!

—Tal es mi opinión,—respondió el viajero.

Y sin dar las buenas tardes al marcharse, como no había dado los buenos días al llegar, montó en su kariol, mientras el muchacho saltaba á la trasera. Algunos momentos después había desaparecido en la vuelta del camino.

Cuando Hulda entreabrió el libro, sólo encontró en él este nombre:

«Sandgoist, de Drammen.»

VII.

En la tarde del siguiente día, Joël debía volver á Dal, después de haber dejado en el camino que conduce á Hardanger al turista á quien servía de guía.

Sabiendo Hulda que su hermano tenía que pasar, siguiendo los platillos del Gousta, por la orilla derecha del Maan, había salido á esperarle á su paso por el impetuoso río, sentándose cerca del pequeño malecón que sirve de embarcadero para

la barca. Allí permaneció sumida en sus tristes reflexiones.

Á las vivas inquietudes que la causaba el retraso del *Viken*, se juntaba ahora una gran ansiedad. Esta ansiedad reconocía por causa la visita de aquel señor Sandgoist, y la actitud de la señora Hansen ante él. ¿Por qué, desde que había sabido su nombre, desgarró la cuenta, y rehusó percibir lo que se la debía? Allí había algún secreto grave sin duda.

Hulda fué, en fin, arrancada á sus reflexiones por la llegada de Joël, al que distinguió descendiendo los primeros escalones de la montaña. Tan pronto aparecía en medio de estrechos claros entre los árboles derribados ó abrasados por el rayo, como desaparecía bajo el espeso ramaje de los pinos, abedules, álamos y hayas de que están aquellas crestas erizadas. Por fin tocó la opuesta orilla, y se arrojó en la pequeña barca. Con algunos golpes de remo franqueó los violentos remolinos de la corriente, y saltando sobre la playa, se encontró al lado de su hermana.

—¿Ha vuelto Ole?—preguntó.

En Ole fué en quien pensó primero; pero su pregunta quedó sin contestación.

—¿Ni carta suya?

—¡Ni una!

Y Hulda se abandonó á sus lágrimas.

—No (exclamó Joël). ¡No llores, hermana mía; no llores!.... ¡Tus lágrimas me hacen padecer!.... ¡No puedo verte llorar!.... ¡Veámos! ¡Dices que no ha habido carta!.... ¡Evidentemente esto empieza á ser alarmante! ¡Pero aún no hay motivo para desesperar! Mira, si quieres, voy á ir á Bergen. Me informaré, veré á los señores Help hermanos. ¡Tal vez ellos tengan noticias de Terranova! ¿Por qué el *Viken* no ha de haber arribado á algún puerto por causa de averías, ó por la necesidad de huir ante el mal tiempo? Lo cierto es que el viento es borrascoso desde hace más de una semana. Varias veces se ha visto que los buques del New-Found-Land han tenido que refugiarse en Islandia ó en las Feroë. Esto mismo ha ocurrido ya á Ole, hace dos años, cuando estaba á bordo del *Strenna*; y además, que no todos los días hay correos para poder escribir. ¡Te lo digo como lo pienso, hermana mía! ¡Cálmate!.... Si me haces llorar á mí también, ¿qué va á ser de nosotros?

—¡No puedo dominar mi dolor, hermano mío!—contestó Hulda.

—¡Hulda!.... ¡Hulda!.... ¡No pierdas el valor!.... ¡Yo te aseguro que aún no desespere! ¡No lo dudes!

—¿Debo creerte, Joël?

—¡Sí, créeme! Para tranquilizarte, ¿quieres que marche á Bergen mañana temprano...., esta misma noche?....

—¡No quiero que me abandones!... ¡No!... ¡No lo quiero!—respondió Hulda, asiéndose á su hermano, como si no tuviese más que á él en el mundo.

Los dos tomaron entonces el camino de la posada. Joël abrigaba á su hermana de la lluvia de la mejor manera posible; pero, en aquel momento, la ráfaga se hizo tan violenta, que tuvieron que refugiarse en la choza del barquero, á algunos centenares de pasos de las orillas del Maan. Era preciso aguardar que se hiciese algo de calma. Entonces Joël experimentó la necesidad de hablar, de hablar de cualquier cosa; el silencio le parecía más desesperante que lo que pudiera decir, aun cuando no fuesen palabras de esperanza.

—¿Y nuestra madre?—dijo.

—Cada vez más triste,—respondió Hulda.

—¿Ha venido alguien durante mi ausencia?

—Sí; un viajero, que se ha marchado ya.

—¿De modo que en este momento no hay ningún turista en la posada?

—No, Joël.

—Tanto mejor, porque prefiero no separarme de ti. Por otra parte, si continúa el mal tiempo, temo mucho que este año los turistas renuncien á recorrer el Telemark.

—Aun no estamos más que en Abril, Joël,—respondió Hulda.

—Sin duda; pero tengo el presentimiento de que la estación no será buena para nosotros. En fin, allá veremos; pero, dime: el viajero de que has hablado, ¿abandonó ayer á Dal?

—Sí, por la mañana.

—¿Y quién era?

—Un hombre de edad, que venia de Drammen, donde habita, según parece, y que se llama Sandgoist.

—¿Sandgoist?...

—¿Le conoces?

—No,—respondió Joël.

Hulda se había preguntado si debería contar á su hermano todo lo que, en su ausencia, había ocurrido en la posada. ¿Qué pensaría Joël cuando supiese el desembarazo con que aquel hombre se había conducido, cómo había parecido calcular el valor de la casa y del mobiliario, y la actitud que la señora Hansen había tomado respecto á él? ¿No pensaría que su madre debía tener razones muy poderosas para obrar como lo había hecho? ¿Y cuáles eran esas razones? ¿Qué podía haber de común entre ella y aquel señor Sandgoist? Allí existía, por fuerza, un secreto amenazador para la familia! Joël querría conocerle; interrogaría á su madre, la acosaría á preguntas... La señora Hansen, tan poco comunicativa, tan refractaria á toda efusión, ¿querría guardar silencio como había

hecho hasta entonces? La situación entre ella y sus hijos, tan aflictiva ya, se haría más penosa todavía.

¿Pero podía la joven ocultar nada á Joël? ¿Guardar secreto con él! ¿No hubiera sido esto como una mancha en la amistad de hierro que los unía? ¡No! ¡Era necesario que aquella amistad no pudiese romperse jamás! Hulda resolvió contárselo todo.

—¿No has oído hablar nunca de ese Sandgoist cuando ibas á Drammen?—replicó.

—Nunca.

—Pues sabe, Joël, que nuestra madre le conocía ya, por lo menos de nombre.

—¿Conocía á Sandgoist?

—Sí, hermano mio.

—¡Pero yo nunca la he oído pronunciar ese nombre!

—Sin embargo, le conocía, por más que no creo le haya visto hasta la visita que nos hizo anteayer.

Y Hulda contó todos los incidentes que habían marcado la estancia de Sandgoist en la posada, sin omitir el acto singular de la señora Hansen en el momento de su partida. Después se apresuró á añadir:

—Yo pienso, Joël, que vale más no preguntar nada á nuestra madre. ¡Tú la conoces! ¡Sería hacerla más desgraciada todavía! El porvenir nos descubrirá, sin duda, lo que se oculta en su pasado. ¡Quiera el cielo que Ole nos sea devuelto, y si alguna aflicción amenaza á la familia, á lo menos seremos tres para compartirla!

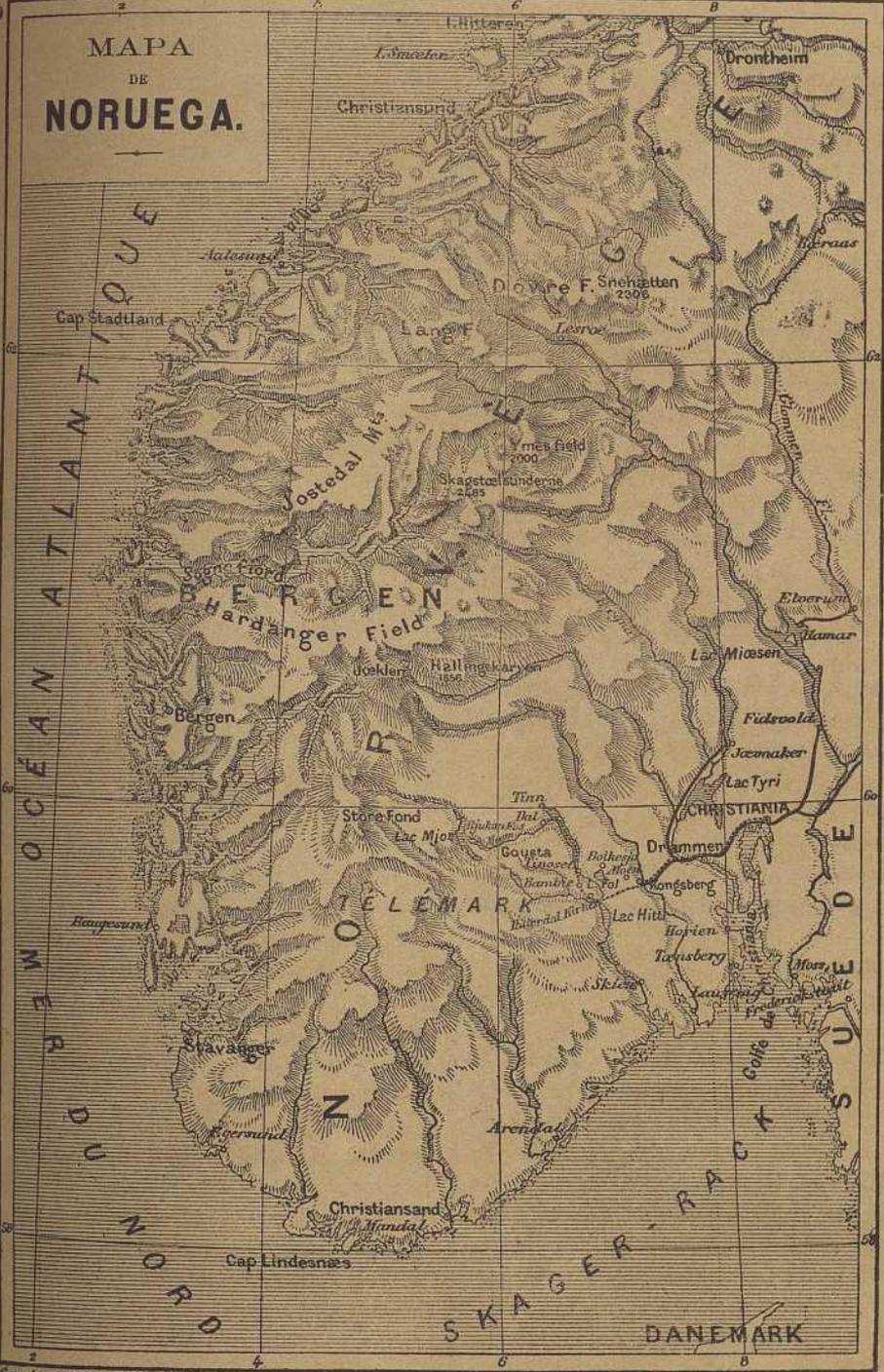
Joël había escuchado á su hermana con profunda atención. ¡Sí! ¡Entre la señora Hansen y Sandgoist existían graves razones, que colocaban á la una á merced del otro! ¿Podía dudarse que aquel hombre hubiese venido para inventariar la posada de Dal? ¡Evidentemente no! Y aquella cuenta desgarrada en el momento en que iba á partir, cosa que á él le había parecido muy natural, ¿qué podía significar?

—Tienes razón, Hulda (dijo Joël): no hablaré de nada de esto á nuestra madre. Tal vez sienta ya el no haberse confiado á nosotros. ¡Con tal que no sea demasiado tarde! ¡Debe sufrir mucho la pobre! ¡Ella no comprende que el corazón de sus hijos está hecho para que vierta en él sus penas! ¡No lo comprende!

—¡Algún día lo comprenderá, Joël!

—¡Sí; esperemos, hermana mia! Pero, de aquí á entonces, no creo me estará prohibido investigar quién es ese individuo. Tal vez el señor Helmbøe le conozca. Se lo preguntaré el primer día que vaya á Bamble, y aun, si es preciso, llegaré hasta Drammen. Me parece que allí no debe ser difícil

MAPA
DE
NORUEGA.



Gravé par E. Moricau & F. Neveu Paris

enterarse, cuando menos, de lo que hace ese hombre, á qué clase de negocios se dedica, lo que de él se piensa....

—Nada bueno, estoy segura (respondió Hulda). Su rostro es antipático ; su mirada, mala. Mucho me sorprendería que se encerrase un alma generosa bajo tan grosera envoltura!

—Vamos, querida Hulda (añadió Joël); no juzguemos tampoco á las gentes por las apariencias. Apuesto cualquier cosa á que le encontrarías de figura agradable si le contemplases colgado del brazo de Ole....

—¡Pobre Ole!—murmuró la joven.

—Ya volverá ; ¡de fijo está en camino! (exclamó Joël.) ¡Ten confianza, Hulda! Ole no está ya lejos, y le hemos de calentar las orejas por haberse hecho esperar tanto.

La lluvia había cesado. Ambos salieron de la choza, y subieron el sendero para dirigirse á la posada.

—Á propósito, Hulda (dijo entonces Joël); vuelvo á partir mañana.

—¿Otra vez?....

—Sí, temprano.

—¿Ya, hermano mío?

—Es preciso, Hulda. Al salir de Hardanger, uno de mis camaradas me ha prevenido que un viajero que venia del Norte por las altas mesetas del Bjukanfos, adonde debe llegar mañana, necesitaba de mis servicios.

—¿Y quién es ese viajero?

—Á fe mía que no sé ni aun su nombre. Pero es forzoso que me encuentre allí para traerle á Dal.

—Parte, puesto que no puedes dispensarte de ello,—respondió Hulda dando un profundo suspiro.

—Mañana, al amanecer, me pondré en camino. ¿Eso te aflige, Hulda?

—¡Sí, hermano mío! Estoy mucho más inquieta cuando me dejas, aun cuando sólo sea por algunas horas.

—¡Pues sabe que esta vez no partiré solo!

—¿Y quién te acompaña?

—¡Tú, hermanita mía, tú! Es preciso distraerte, y te llevo conmigo.

—¡Ah! ¡Gracias, Joël mío!

VIII.

Á la mañana siguiente, ambos abandonaron la posada al rayar el alba. Los quince kilómetros que hay desde Dal á las célebres cascadas, y otro tanto para volver, no hubieran sido para Joël más que un simple paseo ; pero era preciso economizar las

fuerzas de Hulda. Joël, pues, se aprovechó de la kariol del contraamaestre Lengling, que, como todas las demás, no tenia más que un asiento. Pero su dueño era de tal corpulencia, que había sido preciso construir una caja excepcional, siendo suficiente para que Hulda y Joël pudiesen colocarse el uno junto al otro. Luego, si el viajero anunciado se encontraba en el Bjukanfos, ocuparía el lugar de Joël, y éste volvería á pie, ó subiría á la trasera del vehiculo.

Camino encantador, aunque pródigo en tumbos, el de Dal á los famosos saltos de agua. Incontestablemente era más bien un sendero que un camino. Vigas apenas escuadradas, arrojadas sobre los ríos tributarios del Maan, le atraviesan, formando puentecillos, á algunos centenares de pasos los unos de los otros. Pero el caballo noruego está habituado á franquearlos con pie seguro ; y, si bien la kariol no tiene muelles, sus largas varas, un poco elásticas, atenúan en cierto modo los choques del terreno.

El tiempo era hermoso. Joël y Hulda seguían á buen paso á lo largo de las verdes praderas, bañadas en su límite izquierdo por las claras aguas del Maan.

Algunos millares de álamos blancos sombreaban, aquí y allí, el camino alegremente, alumbrado por el sol.

Los vapores de la noche se condensaban, formando gotitas á la punta de las altas hierbas. Á la derecha del torrente, á dos mil metros de altura, las nevadas cimas del Gousta arrojaban al espacio una intensa radiación de luz.

Durante una hora, la kariol marchó con bastante rapidez. La subida era insensible todavía ; pero bien pronto el valle empezó á estrecharse poco á poco.

De una y otra parte, los arroyos se cambiaron en fogosos torrentes. Á pesar de la sinuosidad del camino y del gran desarrollo que se había dado á su trazado, no podían evitarse los bruscos desniveles del suelo. De aquí que se encontraran pasos verdaderamente duros, de los que Joël salía con gran destreza.

Hulda, por su parte, nada temía hallándose á su lado. Cuando la sacudida era demasiado acentuada, se agarraba á su brazo. La frescura de la mañana coloreaba su lindo rostro, bien pálido hacia algún tiempo.

Fué preciso alcanzar una altitud mucho más elevada.

El valle no permitia el paso á la corriente del Maan sino apretándola entre dos murallas cortadas á pico.

Sobre los campos vecinos aparecían una veintena de casas aisladas, ruinas abandonadas de



Sobre una roca enfrente de la caída.

sæters ó de *gaards*, cabañas de pastores perdidas entre los abedules y las hayas.

Bien pronto no fué ya posible ver el río, pero se le oía mugir en el sonoro encajonamiento de las rocas. El país había tomado un aspecto salvaje y grandioso á la vez, ensanchando su cuadro hasta la cresta de las montañas.

Después de dos horas de marcha, se descubrió una serrería al borde de un salto de mil quinientos pies, utilizado para el mecanismo de su doble rueda.

No son raras en el Vestfjorddal las cascadas que miden esta altura, pero el volumen de sus aguas es poco considerable. En esto las lleva una gran ventaja la del Rjukanfos.

Joël y Hulda, llegados á la serrería, echaron pie á tierra.

— ¿Te fatigará demasiado una media hora de marcha, hermana mia? — dijo Joël.

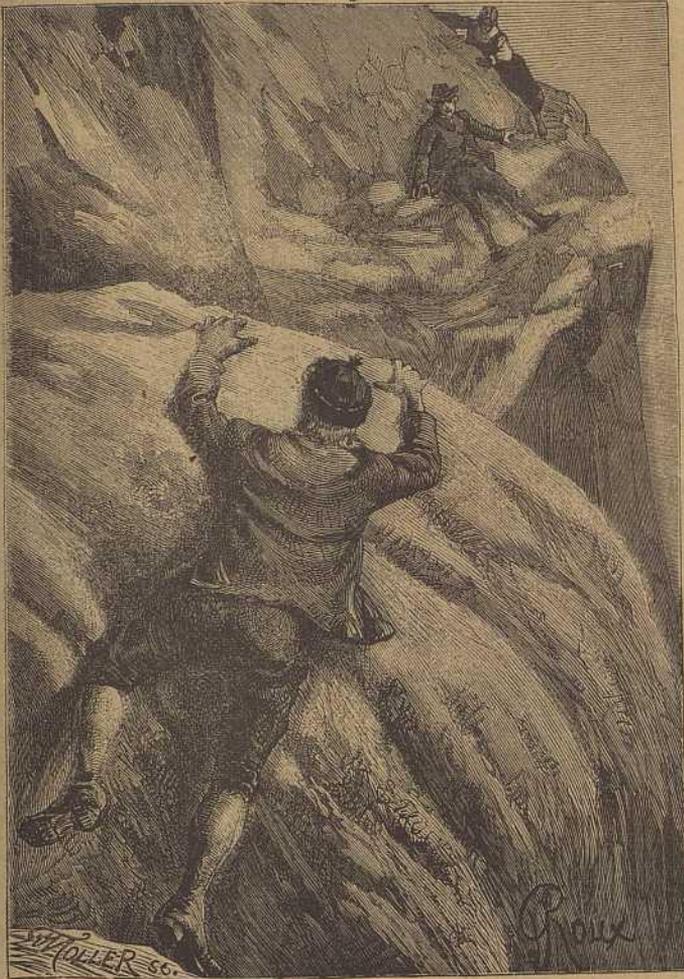
— No, hermano; no estoy cansada, y hasta creo que me convendrá andar un poco.

— ¡Un poco!.... Di más bien mucho, y siempre subiendo.

— Me apoyaré en tu brazo, Joël.

Fué, en efecto, preciso abandonar allí la *kariol*.

No hubiera podido franquear los ásperos senderos, los estrechos pasos, los taludes sembrados de movedizas rocas, cuyos caprichosos contornos,



Joël se arrastró por debajo...

sombreados de árboles ó desnudos de toda vegetación, anunciaban la gran cascada.

Pero ya se elevaba una especie de vapor espeso en medio de un lejos azulado. Eran las aguas pulverizadas del Rjukan, cuyas volutas se desarrollaban á una gran altura.

Hulda y Joël tomaron un sendero muy conocido de los guías, que baja hacia la garganta del valle. Fué preciso deslizarse entre los árboles y los arbustos.

Algunos instantes después, ambos estaban sentados sobre una roca tapizada de musgos amarillentos, casi enfrente del salto de agua. Era imposible acercarse más por aquel lado.

Allí, el hermano y la hermana hubieran tenido gran trabajo para oírse si se hubiesen hablado; pero entonces sus pensamientos eran de los que pueden comunicarse sin que los formulen los labios, por el corazón.

El volumen de la cascada del Rjukan es enorme, su altura considerable, su rugido grandioso, imponente.

El suelo falta súbitamente al lecho del Maan, que se precipita desde una elevación de novecientos pies, casi á la mitad del camino entre el lago Mjö hacia arriba y el lago Tinn hacia abajo. Novecientos pies, es decir, seis veces la altura del Niágara, cuya anchura, es muy cierto, mide tres

millas desde la orilla americana á la orilla canadiense.

Aquí, el Rjukanfos tiene aspectos extraños, difíciles de reproducir por la descripción. Hasta la pintura no podría representarlos sino de una manera insuficiente. Hay ciertas maravillas naturales que es preciso ver para comprender toda su belleza, entre otras aquella cascada, la más célebre de todo el continente europeo.

En esto precisamente se ocupaba entonces un turista, sentado sobre la escarpada orilla de la izquierda del Maan. En aquel lugar podía observar perfectamente el Rjukanfos desde más cerca y desde más alto.

Ni Joël ni su hermana le habían apercibido todavía, por más que estuviese bien visible. No era la distancia, sino un efecto de óptica peculiar á estos sitios montañosos, lo que le hacía aparecer más pequeño, y por consiguiente más lejano de lo que estaba realmente.

En aquel momento el viajero acababa de levantarse, y se aventuraba, muy imprudentemente, sobre la cresta de la roca, que se redondeaba como una cúpula hacia el lecho del Maan.

Evidentemente, lo que aquel curioso quería ver eran las dos cavidades del Rjukanfos, la una á la izquierda, llena del hervidero de las aguas, la otra á la derecha, colmada de espesos vapores. Tal vez intentaba reconocer si existe una tercera cavidad inferior á la mitad de la altura de la caída.

Este hecho explicaría sin duda el por qué el Rjukanfos, después de haberse abismado, vuelve á saltar, arrojando á ciertos intervalos el exceso de sus aguas tumultuosas, que parecen ser lanzadas por la explosión de una mina, cubriendo con sus brumas los campos circunvecinos.

Entretanto, el turista seguía avanzando descuidado sobre aquella especie de lomo de asno, duro y resbaladizo, sin una raíz, sin una mata, sin una hierba, que lleva por nombre el Paso de María ó Maristien.

El imprudente debía ignorar la leyenda que ha hecho célebre aquel paso. Un día, Eystein quiso reunirse, por aquel peligroso camino, con la bella María de Vestfjordal. Al otro lado del paso, su amada le tendía los brazos. De repente falta su pie, cae, resbala, no puede retenerse sobre aquellas rocas unidas como el hielo, desaparece en el abismo, y las rápidas corrientes del Maan no devolvieron nunca su cadáver.

Lo que había sucedido al infortunado Eystein, ¿iba á sucederle acaso al temerario comprometido en las pendientes del Rjukanfos?

Era de temer. Y, en efecto, se apercibió del peligro, pero demasiado tarde. De pronto faltó á su pie el punto de apoyo; lanzó un grito; rodó unos

veinte pasos, y no tuvo tiempo más que para agarrarse al saliente de una roca, casi al borde del abismo.

Joël y Hulda no le habían aún apercibido; pero acababan de oírle.

—¿Qué es eso?—dijo Joël, levantándose.

—¡Un grito!—respondió Hulda.

—¡Sí!.... ¡Un grito de agonía!

—¿Hacia qué parte?....

—¡Escuchemos!

Ambos miraban con atención á derecha é izquierda de la cascada; no pudieron distinguir nada.

Sin embargo, habían oído distintamente estas palabras: «¡Á mí!...., á mí!....», lanzadas en medio de una de las calmas regulares que duran cerca de un minuto entre cada salto del Rjukan.

El grito de socorro se renovó.

—Joël (dijo Hulda): ¡indudablemente hay algún viajero en peligro, que pide socorro! Es preciso acudir á....

—Sí, hermana, y no puede estar muy lejos. ¿Pero hacia qué lado?.... ¿Dónde está?.... ¡No veo nada!

Hulda acababa de subir el talud por detrás de la roca sobre la que estaba sentada, agarrándose á las débiles matas que revisten la orilla izquierda del Maan.

—¡Joël!—gritó por fin.

—¿Ves algo?....

—¡Allí!.... ¡Allí!....

Y Hulda señalaba al imprudente, suspendido casi por encima del abismo. Si su pie, apuntalado contra la débil salida de la roca, le faltaba, si resbalaba un poco más, si se dejaba dominar por el vértigo, estaba perdido.

—¡Hay que salvarle!—dijo Hulda.

—¡Es preciso! (dijo Joël.) Con sangre fría llegaremos hasta él.

Joël lanzó entonces un agudo grito, que fué oído por el viajero, cuya cabeza se volvió hacia ellos.

Después, durante algunos instantes, se puso á pensar en el medio más pronto y más seguro que podría emplear para sacarle de aquel mal paso.

—Hulda (dijo por fin); ¿no tienes miedo?

—¡No, hermano mío!

—¿Conoces bien la Maristien?

—¡Ya la he pasado varias veces!

—Pues bien: ve por lo alto de la cresta, acercándote al viajero tanto como te sea posible. Después déjate deslizar suavemente hasta él, y cógele de la mano, de modo que le tengas bien sujeto. Pero que no intente levantarse todavía; le dominaría el vértigo, te arrastraría con él, y seriais perdidos.

—Y tú, Joël?

—Mientras tú vas por arriba, yo me arrastraré por abajo, á lo largo de la arista, del lado del Maan. Allí estaré indudablemente cuando tú llegues, y, si resbaláis, ¡tal vez pueda conteneros á los dos!

Después, con voz poderosa, aprovechando una nueva calma del Rjukanfos, Joël gritó:

—¡No os mováis, señor!.... ¡Aguardad!.... ¡Vamos á intentar llegar hasta vos!

Hulda habia ya desaparecido detrás de las altas matas del talud, á fin de volver á bajar lateralmente con menos dificultad sobre la otra cima de la Maristien.

Joël no tardó en ver á la intrépida joven, que aparecía dando vuelta á los últimos árboles con la mayor serenidad.

Por su parte, con peligro de su vida, comenzó á arrastrarse lentamente á lo largo de la porción inclinada de aquel lomo redondeado que termina la caja del Rjukanfos. ¡Qué sangre fría más sorprendente, qué seguridad de pies y manos era necesaria para costear aquel abismo, cuyas paredes se humedecían con las brumas de la catarata!

Paralelamente, pero separada de él unos cien pasos más arriba, Hulda avanzaba oblicuamente para ganar con mayor facilidad el sitio en que el viajero se mantenía inmóvil.

En la posición que éste ocupaba, no podía verse su semblante, que estaba vuelto hacia la cascada.

Joël llegó debajo de él, se detuvo, y después de haberse apuntalado sólidamente en la fisura de una roca, gritó:

—¡Eh, caballero!

El viajero volvió la cabeza.

—¡Eh, caballero! (repitió Joël): ¡no hagáis ni un movimiento, ni uno solo siquiera, y sujetaos bien!

—¡Estad tranquilo; estoy bien firme, amigo mío! (respondió el viajero, con un tono que tranquilizó á Joël.) Si no fuese así, hace ya un cuarto de hora, por lo menos, que estaria en el fondo del Rjukanfos.

—Mi hermana va á bajar hasta vos (añadió Joël), y os cogerá de la mano. Pero hasta que yo no esté allí, no intentéis levantaros.... ¡No os mováis!....

—¡Me mantendré como una roca!—replicó el viajero.

Hulda, por su parte, comenzaba ya á bajar, buscando los puntos menos resbaladizos de la cima, introduciendo su pie en las grietas en que encontraba un apoyo sólido, con la cabeza segura, como buena hija del Telemark acostumbrada á descen-

der por las laderas llenas de riscos de los platillos.

Y como Joël habia gritado antes, ella gritó también:

—¡Teneos firme, señor!

—Si. ¡Ya me tengo...., y me tendré, os lo aseguro, mientras me pueda tener!

Según se ve, no le faltaban las recomendaciones. Llegaban de arriba y de abajo.

—Sobre todo, ¡no tengáis miedo!—añadió Hulda.

—No le tengo.

—¡Os salvaremos!—gritó Joël.

—Cuento con ello, porque, ¡por San Olaf!, yo no podria salvarme solo.

Evidentemente, el viajero habia conservado su sangre fría.

Pero, sin duda, después de su caída, brazos y piernas le habian negado su servicio, y todo lo que ahora podia hacer era sujetarse con trabajo á la delgada salida de la roca que le separaba del abismo.

Hulda, entretanto, continuaba bajando. Algunos instantes después estuvo junto al viajero, y, apoyando sus pies contra una aspereza de la roca, le cogió la mano.

El viajero intentó enderezarse un poco.

—¡No os mováis, señor!.... ¡No os mováis!.... (dijo Hulda.) ¡Me arrastrarais con vos, y no tendria fuerza bastante para reteneros! ¡Hay que aguardar la llegada de mi hermano! Cuando esté colocado entre el Rjukanfos y nosotros, procuraréis levantaros, á fin de....

—¡Levantarme, mi valiente joven! Eso es más fácil decirlo que hacerlo; y mucho me temo que ha de costar gran trabajo.

—¿Estáis herido, señor?

—¡Hum! Espero no tener nada roto ni dislocado; pero si, por lo menos, una hermosa y soberbia desolladura en la pierna.

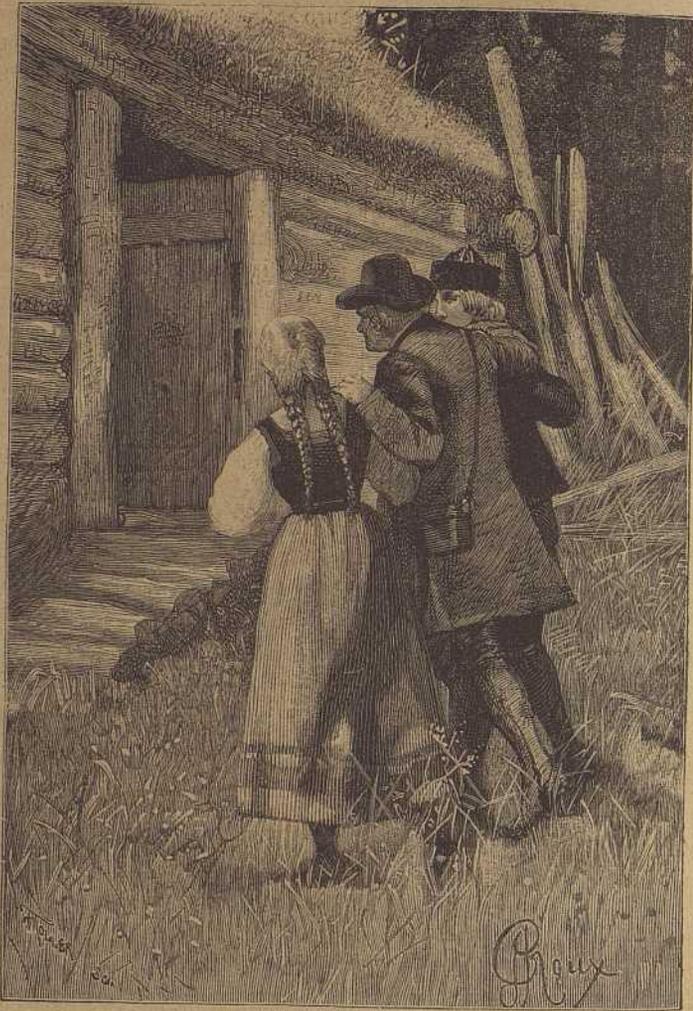
Joël se encontraba entonces á unos veinte pies más abajo del sitio ocupado por Hulda y el viajero.

La curvatura de la cresta le habia impedido reunirse á ellos directamente. Era entonces forzoso remontar la redondeada superficie. Era lo más difícil y también lo más peligroso. Iba en ello la vida.

—¡Ni un movimiento, Hulda! (gritó por última vez.) Si resbaláis los dos, como no estoy en buena posición, ¡somos perdidos!

—No temas, Joël (respondió Hulda). No pienses más que en tí, ¡y que Dios te ayude!

Joël empezó á izarse sobre el vientre, arrastrándose por un verdadero movimiento de reptación. Dos ó tres veces sintió que iba á faltarle todo punto de apoyo. Pero, por último, á fuerza de destre-



Sostenido por Ulda y Joël.

za y habilidad, consiguió subir hasta cerca del viajero.

Éste era un hombre ya de alguna edad ; pero de complexión vigorosa, con un hermoso rostro, amable y sonriente. Joël esperaba encontrar más bien allí algún joven audaz que hubiese intentado imprudentemente franquear la Maristien.

— ¡Habéis cometido una imprudencia, señor ! —dijo, recostándose un poco para tomar algún aliento.

— ¡Cómo una imprudencia! (replicó el viajero.) Decid más bien una temeridad, una cosa absurda.

— ¡Habéis arriesgado vuestra vida!....

—Y os he hecho arriesgar la vuestra.

— ¡Oh! ¡Yo!.... ¡Es mi oficio! — respondió Joël.

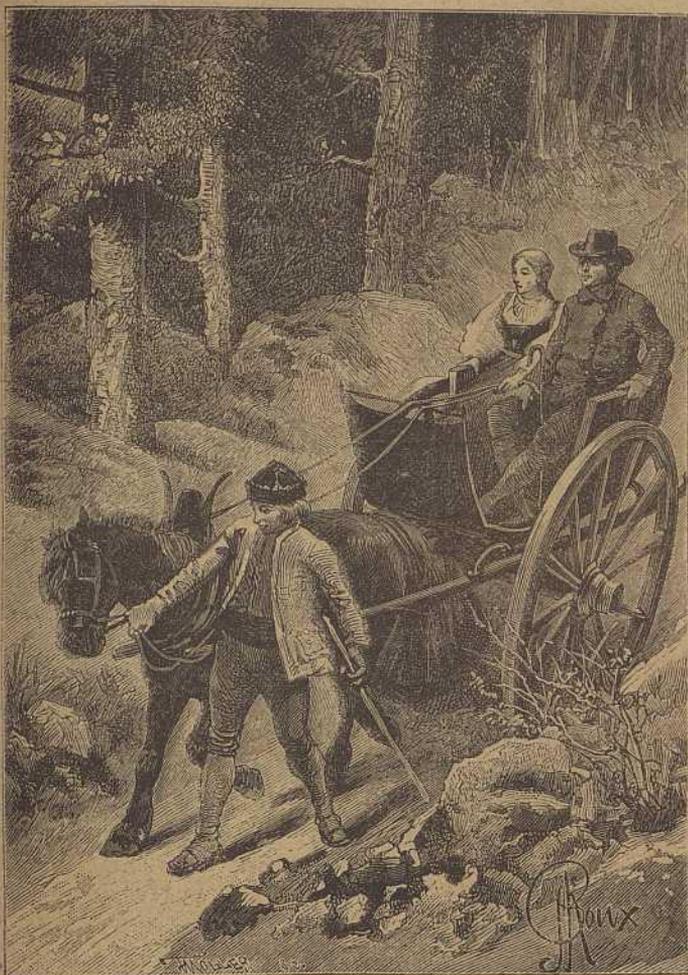
—Ahora (dijo, levantándose) se trata de ganar la cima ; pero lo más difícil está hecho.

— ¡Oh! ¡Lo más difícil!....

—Si, señor. Lo más peligroso era llegar hasta vos. Ahora sólo tenemos que subir una pendiente mucho menos fuerte.

— ¡Es que haréis muy bien en no contar demasiado conmigo! Tengo una pierna que no me servirá de mucho en este momento, y tal vez tampoco durante algunos días.

— ¡Procurad levantaros!



Joël se puso á la cabeza del caballo.

—Veamos si con vuestra ayuda....

—Tomad el brazo de mi hermana. Yo os sosten-
dré, y os empujaré por la espalda.

—¿Sólidamente?

—Sólidamente.

—Pues bien, amigos míos; á vosotros me entrego. Puesto que habéis tenido el buen pensamiento de sacarme de este mal paso, á vosotros toca conseguirlo.

Procedióse, según había dicho Joël, prudentemente.

Á pesar del peligro que existía en subir hasta la cresta, los tres salieron de él mejor y más pronto de lo que esperaban.

Por otra parte, el viajero no sufría de una dilatación de los músculos ó de los tendones, sino simplemente de una desolladura. Pudo, pues, hacer de sus piernas mejor uso que creía, aunque no sin dolor.

Diez minutos después se hallaba en seguridad al otro lado de la Maristien.

Allí hubiera podido reposarse bajo los primeros pinos que rodean la meseta superior del Rjukanfos; pero Joël le exigió un esfuerzo más. Se trataba de llegar á una cabaña, perdida bajo los árboles, un poco más atrás de la roca, sobre la cual su hermana y él se habían detenido al llegar á la cascada.

El viajero procuró hacer el esfuerzo pedido; y habiéndolo logrado, con el apoyo de Hulda por un lado y de Joël por otro, llegó sin gran molestia hasta la puerta de la cabaña.

—Entremos, señor (dijo la joven), y reposaréis un instante.

—¿No podrá ese instante durar un buen cuarto de hora?

—Sí, señor; y en seguida consentiréis en venir con nosotros á Dal.

—¿Á Dal?... Pues precisamente era á Dal adonde me dirigía....

—¿Seréis acaso el turista que viene del Norte (preguntó Joël), y de quien me han hablado en Hardanger?

—Precisamente.

—Á fe mía que no habíais tomado el mejor camino....

—Me lo sospecho.

—Y si hubiera podido prever lo que ha sucedido, hubiese ido á esperaros al otro lado del Rjukanfos.

—¡Hubiera sido una buena idea, mi valiente joven! Me hubieseis evitado una imprudencia imponderable á mi edad. ...

—¡Á cualquiera edad, señor!—respondió Hulda, sonriendo.

Los tres entraron entonces en la cabaña, habitada por una familia de campesinos, el padre y sus dos hijas, que se levantaron é hicieron una buena acogida á sus huéspedes.

Joël pudo entonces ver que el viajero no tenía más que una desolladura bastante grave un poco más abajo de la rodilla, que le obligaría á una larga semana de reposo; pero la pierna no estaba ni dislocada, ni rota, ni interesado el hueso, que era lo esencial.

Excelente leche, fresas en abundancia y un poco de pan moreno, fueron ofrecidos y aceptados con placer.

Joël no procuró ocultar un formidable apetito; y si bien Hulda comió apenas, el viajero no rehusó hacer frente á su hermano.

—Á decir verdad, este ejercicio me ha abierto el apetito (dijo); pero debo confesar de buena fe que, aventurarse por la Maristiën, era más que imprudente. ¡Querer representar el papel del infortunado Eystein, cuando podría ser su padre...., y aun su abuelo!

—¡Ah! ¿Conociais, por lo visto, la leyenda?—dijo Hulda.

—¡Si la conocía!.... ¡Mi nodriza me dormía contándomela en la dichosa edad en que yo tenía aún nodriza! Sí, la conozco, valerosa joven; y por lo mismo soy más culpable. ¡Ahora, amigos míos, Dal está un poco lejos para un inválido como yo,

que apenas puedo moverme! ¿Cómo váis á transportarme hasta allí?

—No os inquietéis por eso, señor (respondió Joël). Nuestra kariol nos espera abajo en el sendero: solamente hay que andar unos trescientos pasos.

—¡Hum!.... ¡Trescientos pasos!

—Bajando,—añadió la joven.

—¡Oh! Si es bajando, todo marchará bien, amigos míos, y un brazo me bastará....

—¿Y por qué no dos (respondió Joël), puesto que tenemos cuatro á vuestra disposición?

—¡Vaya por dos; vaya por cuatro! No me costará más caro, ¿no es verdad?

—Eso no cuesta nada.

—Sí, por lo menos unas gracias por cada brazo; y ahora me apercibo que aún no os las he dado como merecéis.

—¿Por qué, señor?—preguntó Joël.

—¡Pues sencillamente, porque me habéis salvado la vida á riesgo de la vuestra!....

—Cuando gustéis,—dijo Hulda, que se levantó para evitar los cumplimientos.

El viajero arregló el pequeño gasto con los campesinos de la cabaña, y sostenido después, un poco por Hulda y mucho por Joël, comenzó á bajar el sinuoso sendero que conduce hacia la orilla del Maan, hasta donde se reúne con el camino de Dal.

Esto no lo hizo sin lanzar algunos ¡ayes!, que se terminaban invariablemente por una franca carcajada.

Por fin se llegó á la serrería, y Joël se ocupó en enganchar la kariol.

Cinco minutos después, el viajero estaba instalado en la caja, teniendo á la joven sentada á su lado.

—¿Y vos? (preguntó á Joël.) Me parece que he ocupado vuestro sitio....

—Que os cedo de buena voluntad.

—Tal vez apretándose un poco....

—¡No!.... ¡no!.... Tengo mis piernas, señor (dijo Joël); piernas de guía, que bien valen las ruedas....

—Y famosas, hijo mio, famosas.

Emprendieron la marcha, siguiendo el camino que se va acercando poco á poco al Maan. Joël se puso á la cabeza del caballo, guiándole por la brida, procurando evitar las sacudidas demasiado fuertes de la kariol.

La vuelta se hizo alegremente, á lo menos por parte del viajero, que hablaba ya como un antiguo amigo de la familia Hansen. Antes de llegar, el hermano y la hermana le llamaban «Señor Sylvius», y el señor Sylvius les llamaba Hulda y Joël, como si se hubiesen conocido de muy larga fecha.

A cosa de las cuatro, el campanario de Dal descubrió su fina punta entre los árboles de la aldea. Un momento después el caballo se detenía delante de la posada. El viajero bajó de la kariol, no sin algún trabajo. La señora Hansen había venido á recibirle á la puerta, y aun cuando no pidió la mejor habitación de la casa, no dejaron de preparársela por eso.

IX.

Sylvius Hog, tal fué el nombre que aquella noche fué inscrito en el libro de viajeros, y precisamente á continuación del nombre de Sandgoist. Vivo contraste entre aquellos dos nombres y los dos hombres que los llevaban.

No existía entre ellos semejanza alguna, ni física, ni moral. Generosidad por una parte, avidez por la otra. El uno, era la bondad del corazón; el otro, la sequedad del alma.

Sylvius Hog tenía apenas sesenta años, pero no los representaba. Alto, derecho, bien formado, sano de espíritu y sano de cuerpo, agradaba desde el primer momento con su bello y amable rostro, su barba, bien recuadrado por sus cabellos grises y un poco largos, con sus ojos sonrientes como sus labios; su ancha frente, donde los más nobles pensamientos podían circular desahogadamente; su ancho pecho, en que su corazón podía latir con holgura.

Á todas estas ventajas, se unía un inagotable fondo de buen humor, una fisonomía fina y delicada, una naturaleza capaz de todas las generosidades, de todos los sacrificios.

Sylvius Hog, de Christiania: esto lo decía todo. Y no solamente era conocido, apreciado, amado, honrado en la capital, sino también en todo el país: el país noruego, por supuesto. En efecto: los sentimientos que le profesaban no eran los mismos en la otra mitad del reino escandinavo, es decir, en Suecia.

Esto merece explicarse.

Sylvius Hog era profesor de legislación en Christiania. En otros Estados, ser abogado, ingeniero, médico, negociante, es ocupar las primeras filas de la escala social.

En Noruega no sucede así: ser profesor es ocupar la cumbre.

Si; en Suecia hay cuatro clases: la nobleza, el clero, la burguesía, el campesino; en Noruega hay sólo tres: falta la nobleza. No se cuenta ningún representante de la aristocracia, ni aun la de los funcionarios.

En este privilegiado país, en que no existen

privilegios, los funcionarios son los más humildes servidores del público.

En resumen: igualdad perfecta; ninguna distinción política.

Siendo, pues, Sylvius Hog uno de los hombres más considerables de su país, no se extrañará que fuese miembro del Storting. Tanto por su valer como por la probidad de su vida pública y privada, ejercía en esta gran asamblea una influencia, que se extendía hasta los diputados campesinos, elegidos en gran número por los distritos rurales.

Desde la Constitución de 1814, ha podido decirse con razón: la Noruega es una república con el rey de Suecia por presidente.

No hay que decir que la Noruega, muy celosa de sus prerrogativas, ha sabido conservar su autonomía. El Storting no tiene nada común con el Parlamento sueco. Así se comprenderá que uno de sus representantes más influyentes y más patriotas no fuese muy bien mirado en el otro campo de la frontera ideal que separa la Suecia de la Noruega.

Esto sucedía á Sylvius Hog. Dotado de un carácter muy independiente, no quería ser nada, y más de una vez había rehusado entrar en el ministerio.

Defensor de todos los derechos de la Noruega, se había constante y firmemente opuesto á las usurpaciones de la Suecia.

Y es tal la separación moral y política de los dos países, que el rey de Suecia, entonces Oscar XV, después de haberse hecho coronar en Stockolmo, ha tenido que volverse á coronar en Drontheim, la antigua capital de la Noruega. Tal es también la reserva algo desconfiada de los noruegos en punto á negocios, que el Banco de Christiania no recibe de buena gana los billetes del Banco de Stockolmo.

Tal es, en fin, la demarcación entre los dos pueblos, que el pabellón sueco no flota ni sobre los edificios, ni sobre los buques de Noruega. Á la una, la estameña azul, atravesada por una cruz amarilla; á la otra, la cruz azul sobre el fondo de estameña roja.

Sylvius Hog pertenecía en cuerpo y alma á la Noruega.

Defendía en todas ocasiones sus intereses, y en 1854, cuando el Storting agitó la cuestión de no tener á la cabeza del país ni virrey, ni aun gobernador, fué uno de los que se entregaron más vivamente á la discusión é hicieron triunfar aquel principio.

Así se concibe que, si no muy querido en el Este del reino, fuese adorado en el Oeste, y hasta en el fondo de los gaards más lejanos del país. Su



Recibía los cuidados de Ulda y Joel

nombre corria por la montañosa Noruega, desde Christiansand hasta las últimas rocas del cabo Norte.

Digno de aquella popularidad de buena ley, ninguna calumnia habia podido alcanzar ni al diputado ni al profesor de Christiania. Era, por otra parte, un verdadero noruego; pero un noruego de sangre viva, sin la tradicional flemma de sus compatriotas; más resuelto en actos y pensamientos de lo que permite el temperamento escandinavo. Esto se veía en sus movimientos prontos, en el ardor de su palabra, en la vivacidad de sus gestos. Nacido en Francia, no se hubiera titubeado en creerle «un hombre del Mediodía», si se quiere

aceptar esta comparación, que podia aplicársele con alguna exactitud.

La fortuna de Sylvius Hog le colocaba en situación bastante desahogada, aunque no habia hecho negocio con los asuntos públicos. Alma desinteresada, no pensaba jamás en él, pero sí en los demás; así es que se cuidaba poco de las grandezas. Le bastaba con ser diputado; no queria ni deseaba nada más.

En aquel momento, Sylvius Hog se aprovechaba de una licencia de tres meses para reponerse de sus fatigas, después de un año laborioso de trabajos legislativos. Habia salido de Christiania hacia seis semanas, con la intención de recorrer toda la



Le esperaban junto á la cabaña del barquero.

comarca que se extiende hasta Drontheim, el Hardanger, el Telemark, los distritos de Konsberg y de Drammen. Quería visitar aquellas provincias que no conocía. Un viaje de estudio, y á la vez de recreo.

Sylvius Hog había atravesado ya una parte de aquella región; y, al volver de las bailías del Norte, había querido contemplar la célebre cascada, una de las maravillas del Telemark. Después de haber examinado sobre el terreno el proyecto, entonces en estudio, del ferrocarril de Drontheim á Christiania, había encargado un guía que le condujese á Dal, y contaba encontrarle en la orilla izquierda del Maan. Pero sin aguardarle, atraído

por las admirables vistas de la Maristien, se había aventurado en el peligroso paso. ¡Rara imprudencia, que había estado á punto de costarle la vida! Y, fuerza es decirlo, sin la intervención de Joël y Hulda, el viaje, con el viajero, hubiera concluido en los abismos del Rjukanfos.

X.

Los habitantes de la Escandinavia son muy instruidos, no sólo en las ciudades, sino también en plena campiña. Su instrucción va más allá de sa-

ber leer, escribir y contar. El campesino aprende con placer. Su inteligencia es clara; se interesa en los asuntos públicos; toma una gran parte en los negocios políticos y comunales.

En el Storthing están siempre en mayoría las gentes de aquella condición. Á veces toman asiento con los trajes de su provincia. Se les cita, con justicia, por su elevado raciocinio, su buen sentido práctico, su comprensión justa, aunque un poco lenta, y, sobre todo, por su incorruptibilidad.

No hay, pues, que admirarse de que el nombre de Sylvius Hog fuese conocido en toda la Noruega y pronunciado con respeto hasta en aquella porción algo salvaje del Telemark.

Así es que la señora Hansen, al recibir á un huésped tan universalmente estimado, creyó conveniente manifestarle cuán honrada se consideraba en albergarle algunos días bajo su techo.

—Yo no sé si esto os hará honor, señora Hansen (respondió Sylvius Hog); pero lo que si sé es que á mi me proporciona un verdadero placer. ¡Oh! ¡Hace ya mucho tiempo que he oído á mis discípulos hablar de la hospitalaria posada de Dal! Por eso contaba reposar en ella una semana. Pero ¡que San Olaf me abandone si hubiera creído nunca llegar sobre un solo pie!

Y el excelente hombre apretó cordialmente la mano de su huésped.

—Señor Sylvius (dijo Hulda); ¿queréis que mi hermano vaya á Bamble en busca de un médico?

—¡Un médico, mi pequeña Hulda! ¡Acaso queréis que pierda el uso de ambas piernas!

—¡Oh, señor Sylvius!

—¡Un médico! ¿Por qué no mi amigo el doctor Boek, de Christiania? ¡Y todo eso por una rozadura!....

—Pero una rozadura, si está mal cuidada, puede llegar á ser una cosa grave.

—¡Hola, Joël! ¿Me diréis por qué queréis que esto llegue á ser grave?

—¡Dios me libre de querer semejante cosa, señor Sylvius!

—Pues bien: Dios os libraré, y yo también, y toda la casa de la señora Hansen, si la linda Hulda consiente en prestarme sus cuidados....

—¡Seguramente, señor Sylvius!

—Muy bien, amigos míos. Dentro de tres ó cuatro días ya no quedará ni rastro. Por otra parte, ¿cómo no curarse en una habitación tan bonita? ¿Dónde podría uno estar mejor asistido que en la excelente posada de Dal? ¡Y ese cómodo lecho, con sus leyendas, que sustituyen con ventaja las horribles fórmulas de la facultad! ¡Y esta alegre ventana que se abre sobre el valle del Maan!

¡Y el murmullo de las aguas que se desliza hasta el fondo de mi alcoba! ¡Y el perfume de los viejos árboles que embalsama toda la casa! ¡Y el puro ambiente, el aire de la montaña! ¡Eh! ¿No veis en él el mejor de los médicos? Cuando se tiene necesidad de él, no hay más que abrir la ventana; llega, os rejuvenece, y no os pone nunca á dieta. Esto es indudable.

Sylvius Hog decía todas estas cosas tan alegremente, que parecía que con él se había introducido en la casa algo de felicidad. Á lo menos, esta fué la impresión del hermano y de la hermana, que se mantenían cogidos de la mano, escuchándole y abandonándose los dos á una misma emoción.

El profesor había sido conducido desde luego á la habitación de la planta baja.

Acostado á medias en un gran sillón, extendida la pierna sobre un escabel, recibía los cuidados de Hulda y de Joël. Una compresa de agua fría; no quiso otro remedio. Y, en realidad, ¿necesitaba otro cualquiera?

—¡Bien, amigos míos, bien! (decía.) ¡No hay que abusar de las drogas! ¡Y sabéis que sin vuestra intervención, hubiera visto desde demasiado cerca las maravillas del Rjukanfos! ¡Rodaba hacia el abismo como una simple roca! Añadía una nueva leyenda á la leyenda de la Maristien, y yo no tenía excusa. ¡Mi novia no me aguardaba á la otra orilla como al desgraciado Eystein!

—¡Y qué pesar para Mad. Hog! (dijo Hulda.) Jamás se hubiera consolado....

—¿Mad. Hog? (replicó el profesor.) ¡Mad. Hog no habría vertido una lágrima!

—¡Oh, señor Sylvius!....

—¡No; os lo digo, por la razón de que madama Hog no existe! Y ni aún puedo figurarme lo que hubiera sido una Mad. Hog, gorda ó delgada, pequeña ó grande....

—Hubiera sido amable, inteligente y buena, siendo vuestra esposa, —respondió cariñosamente Hulda.

—¿De veras, señorita? ¡Bueno, bueno; os creo!

—Pero al saber semejante desgracia, vuestros parientes, vuestros amigos.... —dijo Joël.

—Parientes, no tengo ninguno. Amigos, parece que tengo un cierto número, sin contar los que acabo de hacerme en casa de la señora Hansen, y vosotros les habéis evitado el trabajo de llorarme. Á propósito, hijos míos; decidme: ¿podréis guardarme aquí por algunos días?

—Tantos como queráis, señor Sylvius (respondió Hulda.) ¡Esta habitación os pertenece por completo!

—Ya tenía la intención de detenerme en Dal,

como hacen los turistas, para desde aquí dirigirme a diferentes puntos del Telemark.... Pero no me dirigiré á ninguno, ó lo haré más tarde. Ya veremos.

—Antes de concluir la semana, señor Sylvius (respondió Joël), espero que estaréis ya restablecido.

—Yo también lo espero.

—Y entonces (prosiguió diciendo Joël) me ofrezco á conducirlos á todas cuantas partes queráis ir en la bailía.

—Allá veremos, Joël. Volveremos á hablar de eso cuando no esté desollado. Tengo aún dos meses de licencia por delante; y aun cuando deba pasar uno entero en la posada de la señora Hansen, no seré digno de lástima. Además, tengo que visitar el valle del Vestfjorddal entre los dos lagos; hacer la ascensión del Gousta; volver al Rjukanfos, en el cual, si bien he estado á punto de darme un soberbio chapuzón, puede decirse que no me he fijado.... ¡y tengo empeño en verle con detenimiento!

—Volveréis, señor Sylvius; volveréis,—respondió Hulda.

—Y volveremos juntos, con la buena señora Hansen, si tiene gusto en acompañarnos. Y ahora que me acuerdo, amigos míos, será preciso que prevenida, por una esquelita, á Kate, mi antigua ama de llaves, y á Fink, mi viejo servidor de Christiania. Deben estar muy inquietos, y, si no les diese noticias mías, ¡capaces serían de regañármel.... Y ahora voy á haceros una confesión. Las fresas y la leche son cosas muy agradables, muy refrescantes; pero eso no basta, puesto que no quiero oír hablar de dieta.... ¿Tardará mucho la hora de vuestra comida?

—¡Oh! ¡Poco importa, señor Sylvius!....

—Al contrario, importa mucho. ¡Pues qué! ¿creéis que durante mi estancia en Dal voy á fastidiarme solo en mi mesa y en mi habitación? No; quiero comer con vosotros y con vuestra madre, si la señora Hansen no encuentra ningún inconveniente.

Naturalmente, la señora Hansen no tuvo más remedio que conformarse cuando la hicieron conocer el deseo del profesor, por más que hubiera preferido, según su costumbre, mantenerse retirada. Además, tanto para ella como para los suyos, era un honor tener á su mesa á un diputado del Storting.

—¿Conque es cosa convenida? (repitió Sylvius Hog). Comeremos juntos en el salón.... No hay más que hablar.

—Sí, señor Sylvius (respondió Joël). No tendré más que empujar vuestro sillón, cuando la comida esté dispuesta....

—¡Bueno, bueno, señor Joël! ¿Por qué no llevarme en kariol? No; con la ayuda de un brazo llegaré.

—Como gustéis, señor Sylvius (respondió Hulda); pero no cometáis inútilmente una imprudencia, os lo ruego...., ó Joël irá inmediatamente á buscar al médico.

—¡Amenazas! Pues bien: sí, seré prudente y dócil; y desde el momento en que no se me pone á dieta, voy á ser el más obediente de los enfermos. ¿Pero es que vosotros no tenéis hambre, amigos míos?

—No pedimos más que un cuarto de hora (respondió Hulda) para servirlos una sopa de gresellas, una trucha del Maan, una liebre que Joël ha traído ayer del Hardanger y una botella de buen vino de Francia.

—¡Gracias, mi valiente joven, gracias!

Hulda salió con objeto de vigilar la comida y preparar la mesa en el salón, mientras Joël iba á conducir la kariol á casa del contraamaestre Lengling.

Sylvius Hog se quedó solo. ¿En qué hubiera podido pensar, á no ser en aquella honrada familia, de la que, á la vez, era huésped y obligado? ¿Qué podría hacer para reconocer, primero los servicios, después los cuidados de Hulda y de Joël?

Pero no tuvo tiempo de abandonarse á largas reflexiones, porque diez minutos después estaba sentado en el sitio de honor de la mesa grande. La comida era excelente. Justificaba el renombre de la posada, y el profesor comió con gran apetito.

La velada se pasó en conversaciones, en las cuales Sylvius Hog tomó la mayor parte. En defecto de la señora Hansen, que no se mezcló gran cosa, hizo hablar á los dos hermanos. La viva simpatía que experimentaba por ellos se aumentó todavía. La profunda amistad que unía al uno con el otro, no pudo menos de conmoverle algunas veces.

Llegada la noche, volvió á su habitación, con la ayuda de Joël y de Hulda; recibió y dió las «buenas noches» á sus amigos, y, apenas acostado en su gran lecho, se quedó profundamente dormido.

Á la mañana siguiente, Sylvius Hog, despierto desde el alba, se puso á reflexionar antes de que llamasen á su puerta.

—No (se decía); verdaderamente, no sé cómo salir de este atolladero. No puede uno dejarse salvar, cuidar, curar y quedar en paz con un simple «gracias». Soy el obligado de Hulda y de Joël: esto es incontestable. Pero, ¿y qué? ¿Son acaso estos servicios de los que pueden pagarse con di-

nero? ¡Quita allá!.... Por otra parte, esta honrada familia me parece dichosa, y nada podría yo hacer que aumentase su felicidad. En fin, hablaremos, y tal vez hablando....

Durante los tres ó cuatro días que el profesor tuvo aún que sostener su pierna tendida sobre el escabel, habló varias veces con sus nuevos amigos.

Desgraciadamente, esto se hizo con cierta reserva por parte de los dos hermanos. Ni el uno ni el otro quisieron decir nada de su madre, cuya actitud fría y preocupada había ya observado Sylvius Hog.

Además, por un sentimiento de discreción, vacilaban en dejarle conocer las inquietudes que les causaba el retraso de Ole Kamp. ¿No arriesgaban alterar el buen humor de su huésped manifestándole sus penas?

—Sin embargo (decía Joël á su hermana); tal vez no obremos cuerdamente al no confiarnos al señor Sylvius. Es un hombre de buen consejo, y, por sus muchas relaciones, podría tal vez saber pronto si en la marina se preocupan por la suerte del *Viken*.

—Tienes razón, Joël (respondía Hulda). Creo que haremos muy bien en decirselo todo. Pero aguardemos, hermano mio, á que esté completamente curado.

—Sí; eso no puede tardar.

Al fin de la semana, Sylvius Hog no tenía ya necesidad de ayuda para salir de su habitación, si bien cojeaba algo todavía. Venía á sentarse en uno de los bancos delante de la casa, á la sombra de los árboles. Desde allí podía percibir la cima del Gousta, que resplandecía bajo los rayos del sol, mientras que el Maan, acarreado troncos derribados, mugía á sus pies.

Veíase pasar la gente por el camino de Dal al Rjukanfos. Lo más á menudo eran turistas, de los que algunos se detenían una ó dos horas en la posada de la señora Hansen para desayunarse ó comer.

Había también estudiantes de Christiania, con el saco á la espalda y la pequeña cucarda noruega en la gorra. Éstos conocían al profesor. De aquí interminables «buenos días», cordiales saludos, que probaban cuán amado era Sylvius Hog de toda aquella juventud.

—¿Vos aquí, señor Sylvius?

—¡Sí, amigos míos!

—¡Vos, á quien se creía en el fondo del Hardanger!

—¡Se equivocaban! En donde debía estar era en el fondo del Rjukanfos.

—Nosotros, señor Sylvius, diremos que os encontráis en Dal.

—¡Sí, en Dal, excelentes amigos, con una pierna en cabestrillo!

—¡Felizmente habéis encontrado buen lecho y asiduos cuidados en la posada de la señora Hansen!

—¡Imaginaos una mejor!

—¡No es posible!

—¡Y unas gentes más honradas!

—¡No las hay!—repetían alegremente los turistas.

Y todos bebían á la salud de Hulda y de Joël, tan conocidos en todo el Telemark.

El profesor narraba su aventura, confesaba su imprudencia, contaba cómo había sido salvado, y manifestaba el reconocimiento que debía á sus salvadores.

—Y si me quedo aquí (añadía) hasta haber pagado mi deuda, mi curso de legislación está cerrado por largo tiempo, amigos míos, y podéis tomaros unas vacaciones ilimitadas.

—¡Bien, M. Sylvius! (añadía la alegre banda.) ¿Lo que os detiene en Dal es la linda Hulda, no es cierto?

—¡Una joven amable y encantadora, amigos míos, y yo no tengo más que sesenta años! ¡Por San Olaf!

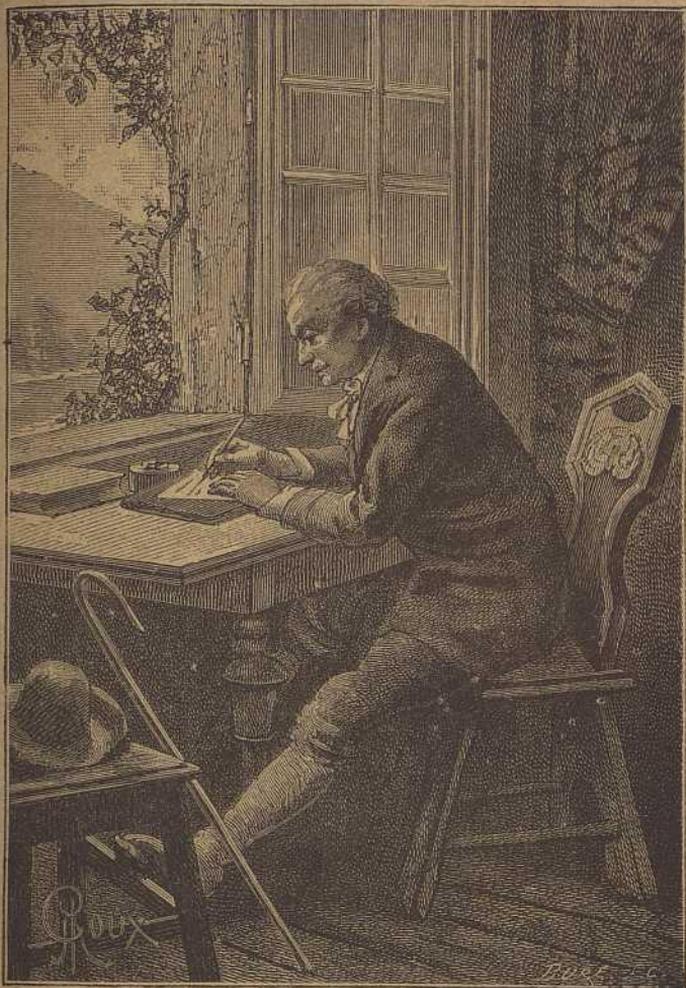
—¡Á la salud del señor Sylvius!

—¡Y á la vuestra, muchachos! ¡Recorred el país, instruíos, divertíos! Á vuestra edad todo es bello. Pero desconfiad, amigos míos, de los pasos de la Maristien; Joël y Hulda tal vez no estarían allí para salvar á los imprudentes que se aventurasen.

Después todos partían, haciendo resonar el valle con sus alegres *God aften*.

Joël tuvo que ausentarse una ó dos veces para servir de guía á unos turistas que querían hacer la ascensión del Gousta. Sylvius Hog hubiera querido acompañarlos. Pretendía estar curado. En efecto: la rozadura de su pierna empezaba á cicatrizar. Pero Hulda le prohibió terminantemente exponerse á una fatiga demasiado fuerte para él, y cuando Hulda ordenaba una cosa, era preciso obedecer.

El Gousta es una curiosa montaña, cuyo cono central, surcado por barrancos llenos de nieve, sobresale de un bosque de pinos, como de un cuello de verdura que se ensancha en su base. ¡Y qué radio de visión desde su cima! Al Este la bailía de Numedal; al Oeste todo el Hardanger y sus grandiosos ventisqueros; después, al pie de la montaña, el sinuoso valle del Vestfjorddal entre los lagos Mjös y Tim, Dal y sus casas en miniatura, verdadera caja de juguetes, y la corriente del Maan, lazo luminoso que brilla á través del verdor de las praderas.



El Profesor escribía ...

Para hacer esta ascensión, Joël partía á las cinco de la mañana, y no volvía hasta las seis de la tarde.

Sylvius Hog y Hulda salían á buscarle. Le esperaban junto á la cabaña del barquero. Después que habían desembarcado los turistas y su guía, se cambiaban cordiales apretones de manos, y era una buena noche más que los tres pasaban juntos.

El profesor arrastraba todavía algo la pierna; pero no se quejaba. Habíase dicho que no tenía prisa por curarse, lo que equivale á decir que no tenía ganas de abandonar la hospitalaria casa de la señora Hansen.

Sin embargo, el tiempo transcurría bastante aprisa.

Sylvius Hog había escrito á Christiania que se quedaría algún tiempo en Dal. El ruido de su aventura en el Rjukanfos se había extendido por todo el país. Los periódicos la habían publicado, algunos dramatizándola á su manera. De aquí multitud de cartas que llegaban á la posada, sin contar los folletos y los diarios. Había que leer todo aquello. Había que contestar. Sylvius Hog leía y contestaba, y los nombres de Joël y Hulda, mezclados en aquella correspondencia, corrían ya á través de la Noruega.

. Sin embargo, la estancia en casa de la señora

Hansen no podía prolongarse indefinidamente, y Sylvius Hog no estaba más adelantado que á su llegada respecto al medio que escogería para pagar su deuda. Por otra parte, comenzaba á presentir que aquella familia no era tan dichosa como se había figurado. La impaciencia con que los dos hermanos aguardaban todos los días la llegada del correo de Christiania ó de Bergen, su desencanto y cada vez más profunda tristeza al ver que no llegaban cartas para ellos, todo esto no dejaba de ser significativo.

¡Estaban ya á 9 de Junio, y no había noticia alguna del *Viken*! ¡Un retraso de más de dos semanas sobre la fecha fijada para su vuelta! ¡Ni una sola carta de Ole! ¡Nada que pudiese dulcificar los tormentos de Hulda! La pobre joven se desesperaba, y Sylvius Hog la encontraba con los ojos bien rojos cuando la veía por la mañana.

—¿Qué hay aquí? (se preguntaba.) ¡Una desgracia que se teme y se me oculta! ¿Es acaso un secreto de familia, en el que un extraño no puede intervenir? ¿Pero soy yo un extraño para ellos? ¡No! ¡Ya debían pensarlo! En fin, cuando anuncie mi partida, tal vez comprendan que es un buen amigo el que va á partir.

El día llegó.

—¡Amigos míos (dijo); se acerca el momento en que, con gran pesar mío, voy á verme obligado á abandonaros!

—¡Ya, señor Sylvius, ya!—exclamó Joël, con una vivacidad que no pudo dominar.

—¡Ah! ¡El tiempo pasa de prisa cerca de vosotros, hijos míos! ¡Hace hoy diez y siete días que estoy en Dal!

—¡Diez y siete días ya!....—dijo Hulda.

—¡Si, querida niña, y el fin de mi licencia se acerca! ¡No tengo una semana que perder, si quiero conducir mi viaje por Drammen y Konsberg! Y, sin embargo, si bien á vosotros es á quienes el Storthing debe el no tener que reemplazarme en mi asiento de diputado, el Storthing, lo mismo que yo, no sabría cómo reconocer....

—¡Oh, señor Sylvius!....—interrumpió Hulda, que con su pequeña mano parecía querer cerrarle la boca.

—¡Convenido, Hulda! Me está prohibido hablar de esto, aquí por lo menos....

—¡Ni aquí, ni en ninguna otra parte!—dijo la joven.

—¡Sea! ¡No soy dueño de mí mismo, y debo obedecer! Pero, ¿no vendréis á verme á Christiania?

—¿Á veros, señor Sylvius?....

—¡Si! Á verme.... (contestó el profesor); á pasar algunos días en mi casa.... ¡Con la señora Hansen, se entiende!

—Y si abandonamos la posada, ¿quién cuidará de ella durante nuestra ausencia?—preguntó Joël.

—Pienso que la posada no tiene necesidad de vosotros, cuando ha terminado la época de las excursiones. Conque, ¿cuento venir á buscaros al final del otoño?....

—Señor Sylvius (dijo Hulda), será muy difícil....

—Por el contrario, amigos míos; será muy fácil. No me respondáis que no. No admito eso respuesta. Y cuando os tenga allí, en la habitación más hermosa de mi casa, entre mi vieja Kate y mi viejo Fink, seréis como mis hijos, y entonces será preciso que me digáis lo que puedo hacer por vosotros.

—¡Lo que podéis hacer, señor Sylvius!—respondió Joël mirando á su hermana.

—¡Hermano!....—dijo Hulda, que había comprendido el pensamiento de Joël.

—¡Hablad, hijo mío; hablad!

—Pues bien, señor Sylvius; podríais hacernos un gran honor.

—¿Cuál?

—Asistir al casamiento de Hulda, si no os sirviese de gran molestia....

—¡Su casamiento! (exclamó Sylvius Hog.) ¡Cómo! ¿Mi pequeña Hulda se casa?.... ¡Y nada se me había dicho!....

—¡Oh, señor Sylvius!—respondió la joven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y cuándo se ha acordado celebrar ese matrimonio?

—¡Cuando Dios quiera devolvernos á Ole, su prometido!—respondió Joël.

XI.

Entonces Joël contó toda la historia de Ole Camp. Sylvius Hog, muy conmovido por aquel relato, le escuchaba con profunda atención. Ahora lo sabía todo. Acababa de leer la última carta que anunciaba la vuelta de Ole, y Ole no volvía. ¡Qué inquietudes, qué angustias para toda la familia Hansen!

—¡Y yo que me creía entre gentes dichosas!—pensaba.

Sin embargo, reflexionándolo bien, le parecía que el hermano y la hermana se desesperaban cuando aún podían conservar alguna esperanza. Á fuerza de contar aquellos días de Mayo y Junio, su imaginación exageraba la cifra, como si los hubieran contado dos veces.

El profesor quiso darles sus razones, no razones hechas de encargo, sino muy serias, muy plausi-

bles, y discutir el valor é importancia de aquel retraso del *Viken*. No obstante, su fisonomía se había vuelto grave. La pena de Joël y de Hulda le había impresionado profundamente

—Escuchadme, hijos míos (les dijo): sentaos á mi lado, y hablemos.

—¿Y qué podréis decirnos, señor Sylvius?— respondió tristemente Hulda, cuyo dolor desbordaba.

—Os diré lo que me parece justo (replicó el profesor), y helo aquí: Acabo de reflexionar en todo lo que me ha contado Joël. Pues bien: me parece que vuestra inquietud va demasiado lejos. No quisiera daros seguridades ilusorias; pero importa que las cosas se miren bajo su verdadero punto de vista.

—¡Ah, señor Sylvius! (respondió Hulda.) ¡Mi pobre Ole se ha perdido con el *Viken*!.... ¡Ya no le volveré á ver!

—¡Hermana mía!.... ¡Hermana mía! (exclamó Joël.) Cálmate, yo te lo ruego; deja hablar al señor Sylvius...

—Y conservemos nuestra sangre fría, hijos míos. Veamos: ¿del 15 al 20 de Mayo era cuando Ole debía volver á Bergen?

—Si (dijo Joël); del 15 al 20 de Mayo, según nos manifestaba en su última carta, y estamos ya á 9 de Junio.

—Lo cual hace un retraso de veinte días sobre la fecha límite indicada para la vuelta del *Viken*. ¡Es algo, convengo en ello! Sin embargo, no se puede pedir á un buque de vela lo que podría esperarse de un barco de vapor.

—Eso es lo que siempre he repetido á Hulda, y lo que la repito aún,—dijo Joël.

—Y hacéis muy bien (añadió Sylvius Hog). Además, es posible que el *Viken* sea un barco viejo, mal andador, como la mayor parte de los buques de Terranova, sobre todo cuando están muy cargados. Por otra parte, reina un tiempo detestable desde hace algunas semanas. ¡Tal vez Ole no ha podido tomar la mar en la fecha indicada en su carta! En ese caso, basta que se haya retrasado ocho días, para que el *Viken* no esté de vuelta todavía, y no hayáis podido recibir una nueva carta. Todo cuanto os digo, creedlo, es el resultado de serias reflexiones. Además, ¿sabemos si las instrucciones dadas al *Viken* no le dejan cierta latitud para llevar su cargamento á algún otro puerto, según las demandas del mercado?

—¡Lo hubiera escrito!—respondió Hulda, que ni aun podía entregarse á esta esperanza.

—¿Qué prueba que no haya escrito? (replicó el profesor.) Y si lo ha hecho, no sería el *Viken* quien tendría el retraso, sino el correo de América. Suponed que el buque de Ole haya tenido que ir á

algún puerto de los Estados Unidos: esto explicaría cómo no ha llegado á Europa ninguna de sus cartas.

—¿Á los Estados Unidos, señor Sylvius?

—Eso se ve muchas veces, y basta perder un correo para dejar á los amigos largo tiempo sin noticias.... En todo caso, hay una cosa muy sencilla que hacer: pedir noticias á los armadores de Bergen. ¿Los conocéis?

—Sí (respondió Joël); los señores Help hermanos.

—¿Help hermanos, hijos del mayor?—exclamó Sylvius Hog.

—¡Sí!

—¡Yo también los conozco! El más joven, Help Junior, como le llaman, por más que tenga mi edad, es uno de mis mejores amigos. ¡Hemos comido muchas veces juntos en Christiania! ¡Help hermanos! ¡Hijos míos! ¡Ah! Yo sabré por ellos todo cuanto concierne al *Viken*. Voy á escribirles hoy mismo, y, si es preciso, hasta iré á verlos á Bergen.

—¡Qué bueno sois, señor Sylvius!—dijeron á la vez Hulda y Joël.

—¡Ah! ¡Nada de gracias, os lo prohibo! ¿Acaso os las he dado yo por lo que habéis hecho allá?... ¡Cómo! ¡Encuentro la ocasión de prestaros un insignificante servicio, y en seguida os alborotáis!

—¡Pero hablabais de volver á Christiania!—hizo observar Joël.

—¡Pues bien; partiré para Bergen, si es indispensable que vaya á Bergen!

—Pero vais á abandonarnos, señor Sylvius,—dijo Hulda.

—¡Pues bien; no os abandonaré, mi querida niña! Supongo que soy libre en mis acciones, y, mientras no haya puesto en claro esta situación, á menos que me pongan á la puerta....

—¿Qué estáis diciendo?

—Y, mirad; tengo muchísimas ganas de quedarme en Dal hasta la vuelta de Ole. Quisiera conocerle: debe ser un bravo mozo, por el estilo de Joël.

—¡Si! ¡Como él en todo!....—respondió Hulda.

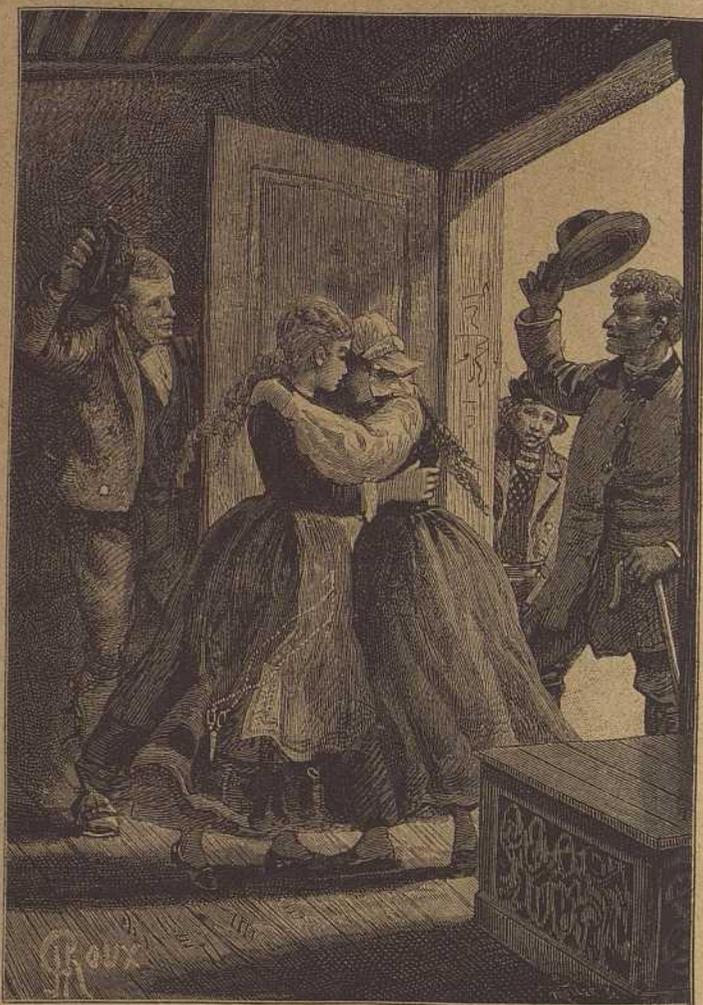
—Estaba seguro,—añadió el profesor, cuyo buen humor había vuelto á manifestarse.

—Ole se parece á Ole, señor Sylvius (replicó Joël); y eso basta para que sea un excelente razon.

—Es posible, mi bravo Joël, y eso aumenta mi deseo de conocerle. ¡Oh! Eso no tardará en suceder. ¡Algo me dice que el *Viken* va á llegar pronto!

—¡Dios os oiga!

—¿Y por qué no había de oirme? ¡Tiene el oído fino! ¡Si! Quiero asistir á la boda de Hulda, puesto



¡Qué accgida!

que estoy invitado. El Storthing tendrá que prorrogar mi licencia por algunas semanas. Algo más la hubiera prorrogado si me hubieseis dejado caer en el fondo del Rjukantof, como merecía por mi descuido.

— ¡Cuán bueno es oiros hablar así, señor Sylvius, y cuánto bien nos hacéis!

— No tanto como quisiera, amigos míos, puesto que os lo debo todo, y que no sé...

— ¡No!... No insistáis más sobre aquella aventura

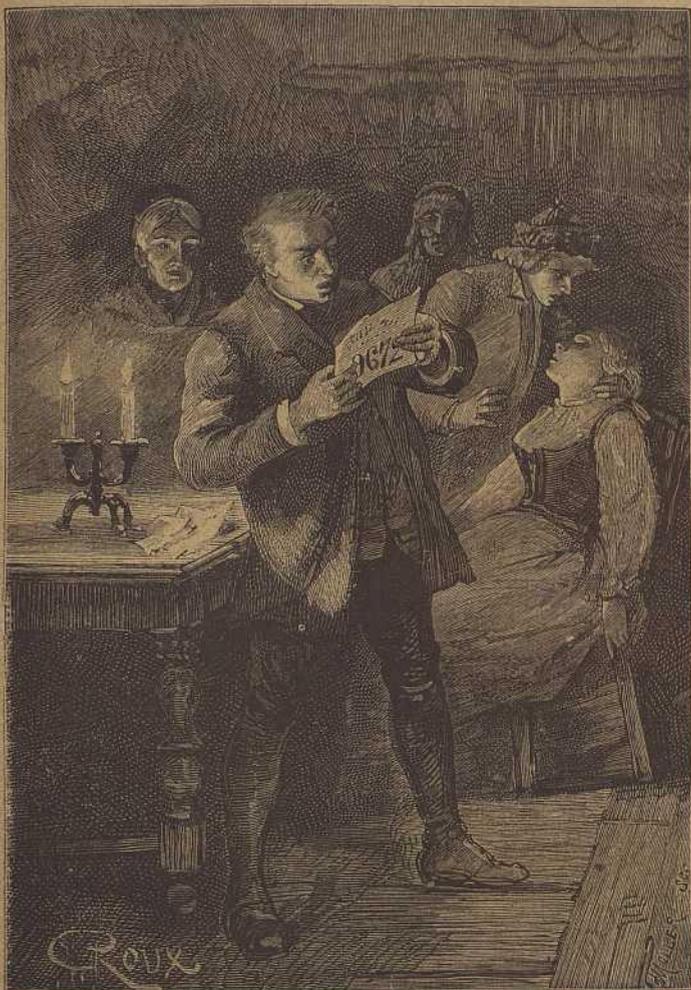
— ¡Al contrario, insistiré! ¡Pues qué! ¿soy yo quien me he arrancado de las garras de la Maristien? ¿Soy yo quien he arriesgado mi vida por sal-

varme? ¿Soy yo quien me he transportado á Dal? ¿Soy yo quien me he cuidado y curado sin el auxilio de la facultad? ¡Ah! Os prevengo que soy terco como caballo de kariol. Ahora bien: se me ha metido en la cabeza asistir á la boda de Hulda y de Ole Kamp, y, por San Olaf, asistiré!

La confianza es comunicativa. ¿Cómo resistir á la que manifestaba Sylvius Hog? Bien lo vió, cuando una semisonrisa iluminó el rostro de la pobre Hulda, que no deseaba más que creerle, ni pedía otra cosa que poder esperar.

Sylvius Hog continuó hablando, cada vez más animado:

—Es preciso no olvidar que el tiempo va de prisa.



«Recibe con él mi último pensamiento.»

¡Vamos, comencemos los preparativos de la boda!

—Hace ya tres semanas que se han comenzado, señor Sylvius, — contestó Hulda.

—Perfectamente. ¡Guardémonos bien de interrumpirlos!

—¡Interrumpirlos! (respondió Joël). ¡Si ya está todo dispuesto!

—¿Todo? ¿La falda, el corpiño con broches de filigrana, el cinturón y sus colgantes?

—¡Hasta los colgantes!

—¿Y hasta la radiante corona que os ha de adornar como á una santa, mi querida Hulda?

—¡Sí, señor Sylvius!

—¿Y las invitaciones están hechas?

—Todas (respondió Joël); ¡hasta la que apreciamos más; la vuestra!

—¿Y se ha escogido la doncella de honor entre las más honradas jóvenes del Telemark?

—Y entre las más hermosas, señor Sylvius (respondió Joël); pues lo es la señorita Siegrífrid Helmboë, de Bamble.

—¡Con qué tono dice eso el bravo mozo (hizo observar el profesor), y cómo se sonroja al decirlo! ¡Eh, eh! ¿Acaso la señorita Siegrífrid Helmboë, de Bamble, estará destinada á convertirse en la señora Joël Hansen, de Dal?

—¡Sí, señor Sylvius (respondió Hulda); Siegrífrid, que es mi mejor amiga.

—¡Bueno! ¡Una boda más! (exclamó Sylvius Hog.) Seguro estoy que han de invitarme, y no podré menos de asistir. Decididamente, será preciso que presente al Storthing mi dimisión de diputado por falta de tiempo para asistir. Vamos, Joël; seré vuestro testigo, después de haberlo sido de vuestra hermana, si lo permitis. Esta visto que hacéis de mi cuanto queréis, ó, más bien, todo lo que yo quiero. ¡Abrazadme, Hulda! ¡Un apretón de manos, hijo mío! Y ahora, vamos á escribir á mi amigo Help Junior, de Bergen.

El hermano y la hermana abandonaron la habitación de la planta baja, que el profesor hablaba de tomar en arrendamiento, y volvieron á sus ocupaciones con algo más de esperanza.

Sylvius Hog había quedado solo.

—¡Pobre joven, pobre joven! (murmuró.) ¡Por un instante he podido engañar su dolor!.... La he devuelto alguna calma.... Pero es un retraso bien largo, y en aquellos mares tan malos, en esta época.... ¡Si el *Viken* hubiese parecido!.... ¡Si Ole no debiese volver!....

Un momento después el profesor escribía á los armadores de Bergen. En su carta pedía los detalles más precisos sobre todo lo que concernía al *Viken* y á su campaña de pesca. Quería saber si alguna circunstancia, prevista ó no, había podido obligarle á cambiar su puerto de destino. Le importaba conocer lo antes posible cómo explicaban aquel retraso los negociantes y marinos de Bergen. En fin, rogaba á su amigo Help Junior que tomase los informes más precisos, y le avisase á vuelta de correo.

Aquella carta tan apremiante decía también el por qué Sylvius Hog se interesaba por el joven maestro del *Viken*, de qué servicio era deudor á su prometida, y qué alegría sería para él poder dar alguna esperanza á los excelentes hijos de la señora Hansen.

En cuanto aquella carta estuvo escrita, Joël la llevó al correo de Møel. Debía partir al día siguiente. El 11 de Junio estaría en Bergen. Luego, el 12 por la noche, ó el 13 por la mañana á más tardar, el señor Help Junior podía haber contestado. Esto es indudable.

¡Casi tres días para recibir la respuesta! ¡Cuan largos parecieron! Sin embargo, á fuerza de palabras tranquilizadoras, el profesor consiguió hacerlos menos penosos. Ahora que conocía el secreto de Hulda, ¿no tenía un motivo de conversación indicado, cual era hablar constantemente con Joël y Hulda del ausente?

—¿No soy ya de la familia? (repetía Sylvius Hog.) ¡Sí!.... Algo así como un tío que os hubiese llegado de América ó de cualquiera otra parte del mundo.

Y puesto que era de la familia, no se debían tener secretos para él.

Tampoco había dejado de observar la actitud de los dos jóvenes para con su madre. La reserva en que se colocaba la señora Hansen debía tener, en su concepto, otra causa que la inquietud en que estaban con respecto á Ole Kamp. Creyó, pues, poder hablar de ello con Joël. Éste no supo qué contestarle.

Quiso entonces explorar á la señora Hansen; pero ésta se mostró tan firme, que tuvo que renunciar á conocer sus secretos. El porvenir se los revelaría sin duda.

Según había previsto Sylvius Hog, la respuesta de Help Junior llegó á Dal en la misma mañana del 13.

Joël había salido al amanecer al encuentro del correo. Él fué quien llevó la carta al salón, en el que el profesor se encontraba con la señora Hansen y su hija.

Hubo desde luego un momento de silencio. Hulda, muy palida, no hubiera podido hablar: tan grande era su emoción. Había tomado la mano de su hermano, que estaba tan conmovido como ella.

Sylvius Holg abrió la carta, y la leyó en voz alta.

Con gran pesar suyo, la respuesta de Help Junior no contenía más que vagas indicaciones, y el profesor no pudo ocultar su desaliento á los jóvenes, que le escuchaban con las lágrimas en los ojos.

El *Viken* había efectivamente abandonado á San Pedro Miquelón en la fecha indicada en la última carta de Ole Kamp. Se había sabido de la manera más formal por otros buques que habían llegado á Bergen después de su salida de Terranova. Aquellos buques no le habían encontrado en su camino.

Pero también habían aguantado el mal tiempo en las aguas de Islandia, saliendo, sin embargo, sin grandes averías. ¿Por qué no había de haber sucedido lo mismo al *Viken*? ¿Por qué no había de hallarse de arribada en algún puerto? Además, era un excelente barco, muy sólido, bien mandado por el capitán Frikel, de Hammersfest, y montado por una vigorosa tripulación ya experimentada. Á pesar de esto, aquel retraso no dejaba de ser inquietante, y, si se prolongaba, sería de temer que el *Viken* se hubiese perdido con tripulación y cargamento.

Help Junior sentía no tener mejores noticias que dar del joven pariente de los Hansen. En lo que concernía á Ole Kamp, hablaba como de un excelente sujeto, digno de todas las simpatías que inspiraba á su amigo Sylvius.

Help Junior concluía prometiendo hacer llegar á noticia del profesor, sin dilación alguna, toda nueva que llegase del *Viken*, en cualquier puerto que fuese de la Noruega, ofreciéndose suyo afectísimo, Help hermanos.

La pobre Hulda, desfallecida, habia caído sobre una silla, mientras que Sylvius Hog leía aquella carta, empezando á sollozar cuando hubo acabado su lectura.

Joel, con los brazos cruzados, habia escuchado sin decir una palabra ni atreverse á mirar á su hermana.

La señora Hansen, después que Sylvius Hog concluyó de leer, se habia retirado á su habitación. ¡Parecía que esperaba aquella desgracia, como también otras muchas!

El profesor hizo entonces señal á Hulda y á su hermano para que se acercasen á él. Quería seguirles hablando de Ole Kamp, decirles cuanto su imaginación le sugeria de más ó menos plausible, y se expresó con una seguridad, por lo menos chocante, después de la carta de Help Junior. ¡No! Él tenia el presentimiento de que no habia que desesperar. ¿No habia multitud de ejemplos de retrasos mucho más largos, experimentados en una navegación por los mares que se extienden entre la Noruega y Terranova? ¡Sí! Sin duda alguna. ¿No era el *Viken* un sólido barco, bien mandado, con una buena tripulación, y, por consiguiente, con mejores condiciones que los otros buques que habian vuelto al puerto? Incontestablemente.

—Esperemos, pues, mis queridos hijos (añadió), y aguardemos. Si el *Viken* hubiera naufragado entre Islandia y Terranova, los numerosos buques que siguen constantemente aquel camino para volver á Europa, ¿no hubieran hallado algún resto? Pues bien, no; ni un solo trozo se ha encontrado en aquellas aguas, tan frecuentadas á la vuelta de la gran pesca. No obstante, es preciso obrar, es indispensable obtener datos más seguros. Si durante esta semana no tenemos noticias del *Viken*, ó no recibimos carta de Ole, volveré á Christiania, me dirigiré á la marina, que hará sus indagaciones, y tengo la profunda convicción de que han de dar un resultado satisfactorio para todos.

Por mucha confianza que demostrase el profesor, Joel y Hulda conocían que no hablaba ahora como lo habia hecho antes de haber recibido la carta de Bergen; carta cuyo contenido no debía darle sino muy poca esperanza. Sylvius Hog no se atreva al presente á hacer alusión al próximo casamiento de Hulda y de Ole Kamp. Y, sin embargo, repetía con un ardor que se imponía:

—¡No, no es posible! ¿No reaparecer Ole en la

casa de la señora Hansen? ¿Ole no casarse con Hulda? ¡Jamás creeré posible semejante desgracia!

Esta convicción le era personal, la encontraba en la energia de su carácter, en su naturaleza, que nada podía abatir. Pero, ¿cómo hacer participar de ella á los demás? ¡Y, sobre todo, á aquellos á quienes la suerte del *Viken* afectaba tan directamente!

Transcurrieron algunos días más. Sylvius Hog, completamente curado, daba grandes paseos por los alrededores. Obligaba á Hulda y á su hermano á acompañarle, á fin de no dejarles entregados á si mismos.

Un día, subian los tres el valle de Vestfjorddal hasta la mitad del camino de las cascadas del Rjukan.

Al siguiente le bajaban, dirigiéndose hacia el Møel y el lago Tinn. Una vez estuvieron ausentes veinticuatro horas, por haber prolongado su excursión hasta Bamble, donde el profesor hizo el conocimiento del granjero Helmboë y de su hija Siegfried. ¡Qué acogida hizo ésta á su pobre Hulda, y qué tiernos y conmovedores acentos encontró para consolarla!

Sylvius Hog consiguió aún devolver á aquellas honradas gentes un poco de esperanza. Habia escrito á la marina de Christiania. El gobierno se ocupaba del *Viken*. Se daría con él, y Ole volvería de un día á otro. El casamiento no sufriria ni aun seis semanas de retraso. El excelente hombre parecia tan convencido, que todos se rendian más á su convicción que á sus argumentos.

La visita á la familia Helmboë hizo mucho bien á los hijos de la señora Hansen. Cuando volvieron á su casa, estaban más tranquilos que cuando habian salido de ella.

Era el 15 de Junio. El retraso del *Viken* era ya de un mes. Y como se trataba de la travesía, relativamente corta, de Terranova á la costa de Noruega, aquella tardanza era verdaderamente extraordinaria, hasta para un buque de vela.

Hulda no vivía; su hermano no lograba encontrar una palabra que pudiese consolarla. Ante aquellos pobres seres, el profesor sucumbia á la tarea que se habia impuesto de conservarles un poco de esperanza.

Hulda y Joel no salían del umbral de la puerta, sino para ir á mirar hacia el camino de Møel, ó para adelantarse por el camino del Rjukanfos. Ole Kamp debia venir por Bergen, pero podia suceder también que llegase por el de Christiania, si el destino del *Viken* habia sido modificado. El ruido de una kariol, que se dejaba oír bajo los árboles, un grito lanzado al espacio, la sombra de un hombre dibujándose en el recodo del camino,

cualquier otro incidente, hacia latir su corazón, pero inútilmente. Los vecinos de Dal velaban por su parte.

Salían al encuentro del correo hacia arriba y hacia abajo del Maan. Todos se interesaban por aquella familia tan amada en el país, por aquel pobre Ole, que era casi un hijo del Telemark. ¡Y ninguna carta venía de Bergen ó de Christiania á traer noticias del ausente!

El 16, nada todavía. Sylvius Hog no podía contenerse. Comprendió que era preciso obrar personalmente. Así es que anunció que si al siguiente día no se había recibido nada, partiría para Christiania, con objeto de asegurarse por sí mismo de que las investigaciones se hacían activamente. Cierto es que habría de costarle mucho, muchísimo, separarse de Joël y de Hulda; pero no había otro remedio; además, que volvería en cuanto estuviesen concluidas las diligencias necesarias.

Transcurrió una gran parte del día 17, tal vez el más triste de todos. La lluvia no había cesado de caer desde el alba. El viento se desencadenaba á través de los árboles; grandes ráfagas hacían estremecer los cristales de las ventanas por la parte del Maan.

Eran las siete. Acababan de comer en silencio, como en una casa en duelo. Sylvius Hog no había podido ni aun sostener la conversación. Las palabras le faltaban con las ideas. ¿Qué hubiera podido decir, que no lo hubiese repetido ya cien veces? ¿No conocía ya que aquella prolongada ausencia de Ole hacia inaceptables sus anteriores argumentos?

—Partiré mañana para Christiania (dijo). Joël, ocupaos en proporcionarme una kariol. Me conduciréis á Mael, y os volveréis inmediatamente á Dal!

—Sí, señor Sylvius (respondió Joël). ¿No queréis que os acompañe más lejos?

El profesor hizo un signo negativo, señalando á Hulda, á quien no quería privar de su hermano.

En aquel momento, un ruido, poco sensible todavía, se dejó oír en el camino hacia el lado de Mael. Todos escucharon. Pronto no hubo duda: era el ruido de una kariol que se dirigía rápidamente hacia Dal. ¿Sería algún viajero que venía á pasar la noche en la posada? Era poco probable, pues rara vez los turistas llegaban á una hora tan avanzada.

Hulda acababa de levantarse toda temblorosa. Joël se dirigió hacia la puerta, la abrió, y se puso á mirar hacia el camino.

El ruido se acentuaba. Era seguramente el paso de un caballo y el rechinamiento de las ruedas de

una kariol. Pero era tal entonces la violencia de la borrasca, que fué preciso volver á cerrar la puerta.

Sylvius Hog iba y venía en la sala. Joël y su hermana se mantenían inmóviles y silenciosos uno junto á otro.

La kariol solo debía estar á unos veinte pasos de la casa. ¿Iba á detenerse, ó á pasar adelante?

El corazón de todos latía horriblemente.

La kariol se detuvo. Oyóse una voz que llamaba....

¡No era la voz de Ole Kamp!

Casi al mismo tiempo llamaron á la puerta.

Joël abrió.

Un hombre estaba sobre el umbral.

—¿El señor Sylvius Hog?—preguntó.

—Yo soy (respondió el profesor). ¿Y vos, quién sois, amigo mío?

—Un propio que os envía desde Christiania el director de la Marina.

—¿Tenéis alguna carta para mí?

—¡Hela aquí!

Y el propio tendió un gran sobre, que estaba sellado con el timbre oficial.

Hulda no tenía fuerza para tenerse en pie. Su hermano la hizo sentar sobre un escabel. Ni el uno ni el otro se atrevían á dar prisa á Sylvius Hog para que abriese la carta.

Por fin leyó lo que sigue:

« Señor Profesor.

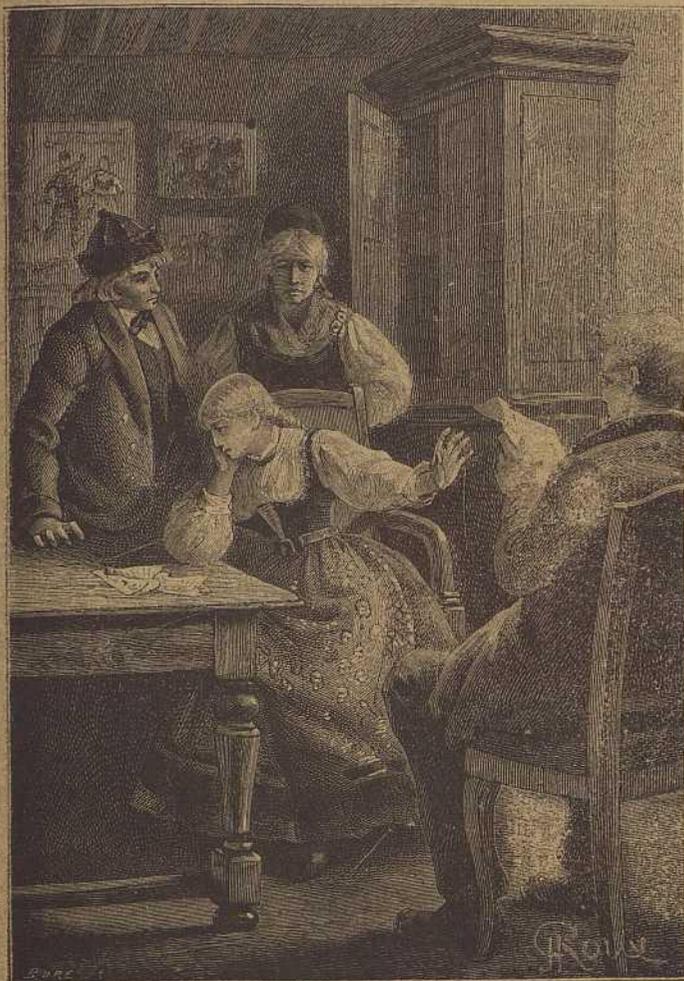
«En contestación á vuestra última carta, os dirijo bajo este pliego un documento que ha sido recogido en el mar, por un buque danés, el 3 de Junio último. Desgraciadamente, ese documento no deja ya ninguna duda sobre la suerte del *Viken*....»

Sylvius Hog, sin perder el tiempo en concluir la carta, había sacado el documento del sobre...., le miraba...., le daba mil vueltas....

Era un billete de lotería que llevaba el número 9672.

En el reverso del billete, se leían las siguientes líneas:

3 de Mayo.—Querida Hulda: el *Viken* se va á pique.... ¡Por toda fortuna, sólo poseo este billete! ¡Á Dios le confío para que le haga llegar á tus manos, y, puesto que yo no estaré presente, te ruego lo estés tú al sorteo!.... Recíbele en unión de mi último pensamiento.... ¡Hulda, no me olvides en tus oraciones!.... ¡Adiós, mi querida posada; adiós!....



Hulda rehusó estos ofrecimientos.

XII.

¡Este era el secreto del joven marino! ¡Esta era la suerte con que contaba para aportar á su prometida una fortuna! ¡Un billete de lotería, comprado antes de su partida!... Y, en el momento en que el *Viken* iba á sumergirse, le había encerrado en una botella y arrojado al mar con su último adiós para Hulda.

Esta vez, Sylvius Hog se quedó anonadado. Miraba la carta, después el documento.... Ya no hablaba. ¿Qué hubiera podido decir? ¿Qué duda podía existir todavía sobre la catástrofe del *Viken*, sobre

la pérdida de todos los que en él volvían á Noruega?

Hulda, mientras que Sylvius Hog leía aquella carta, había podido resistir y dominar su angustia; pero, después de las últimas palabras del billete de Ole, cayó en los brazos de Joël. Fué necesario transportarla á su habitación, donde su madre la prestó los primeros cuidados. Quiso quedarse sola, y arrodillada entonces cerca de su lecho, rogó fervientemente y derramando lágrimas por el alma de Ole Kamp.

La señora Hansen volvió á entrar en la sala. Al pronto dió unos pasos hacia el profesor, como si hubiese querido hablarle. Después, dirigiéndose hacia la escalera, desapareció.

Joël también salió en seguida, después de haber reconducido a su hermana. Se ahogaba en aquella casa abierta á todos los vientos de la desgracia. Le hacia falta aire, el aire exterior, el aire de la borrarca, y durante una gran parte de la noche estuvo errando por las márgenes del Maan.

Sylvius Hog se había quedado solo. Abatido en el primer momento por aquel golpe, no tardó en recobrar su energía habitual. Después de haber dado dos ó tres vueltas por la sala, escuchó atentamente por si la joven llamaba. Por fin se sentó cerca de la mesa, entregándose de nuevo á sus reflexiones.

—Hulda (se decía), ¿no volver á ver Hulda á su prometido! ¿Será posible tal desgracia?... ¡No!... ¡Á semejante idea se rebela todo mi ser! ¡El *Viken* ha zozobrado, sea! Pero ¿hay una certidumbre absoluta de la muerte de Ole? ¡No puedo creerlo! ¿Acaso, en todos los naufragios, no es el tiempo únicamente el que puede afirmar que nadie ha podido sobrevivir á la catástrofe? ¡Si; yo dudo; quiero dudar todavía, por más que ni Hulda, ni Joël, ni nadie quieran compartir esta duda conmigo! Puesto que el *Viken* se ha sumergido, esto explica el que no haya quedado ningún resto sobre el mar.... ¡No!... ¡Nada, si no es la botella en que Ole ha encerrado su último pensamiento, y con él todo lo que le quedaba en el mundo!

Sylvius Hog tenía en la mano el documento: le miraba, le palpaba, y daba vueltas á aquel pedazo de papel, sobre el cual el pobre mozo había edificado toda una esperanza de fortuna.

Sin embargo, el profesor, queriendo examinarle con más cuidado, se levantó, escuchó si la pobre joven no llamaba á su madre ó á su hermano, y entró en su habitación.

Era un billete de lotería de las escuelas de Christiania, lotería muy popular entonces en Noruega. Premio grande: cien mil marcos (1). Valor totalizado de los otros lotes: noventa mil marcos. Número de billetes emitidos: un millón, todos colocados actualmente.

El billete de Ole Kamp llevaba el número 9372. Pero ahora, que el número fuese bueno ó malo, que el joven marinó tuviese ó no alguna secreta razón para tener confianza, lo cierto era que no estaría presente al sorteo de aquella lotería, que debía efectuarse el 15 de Julio próximo, es decir, dentro de veintiocho días.

Hulda, siguiendo su última recomendación, debería presentarse en su lugar y responder por él. Sylvius Hog, á la luz de su candelero de barro, releía atentamente las líneas escritas al dorso del billete, como si hubiese querido descubrir algún sentido oculto.

(1) Cien mil pesetas próximamente.

Aquellas líneas habían sido trazadas con tinta, y era manifiesto que la mano de Ole no había temblado mientras las escribía. Esto probaba que el maestro del *Viken* conservaba toda su sangre fría en el momento del naufragio.

Se encontraba, pues, en condiciones de poder aprovechar un medio de salvación cualquiera, un madero flotante, una tabla, si es que todo no había sido tragado por el abismo en que se sumergió el buque.

Generalmente, estos documentos recogidos en el mar dan á conocer aproximadamente el lugar en que ha ocurrido la catástrofe. En éste no se indicaba la latitud ni la longitud: nada que determinase cuáles eran las tierras más cercanas, continentes ó islas. Era preciso creer que ni el capitán ni nadie de la tripulación sabía en dónde se encontraba entonces el buque.

Arrastrado, sin duda, por una de estas tempestades á las cuales no se puede resistir, había sido separado de su ruta; y no permitiendo el estado de la atmósfera obtener una observación solar, no había podido determinarse su posición durante algunos días. Era probable que nunca se supiese en qué sitio del Norte del Atlántico, al largo de Terranova ó de Islandia, se había cerrado el abismo sobre los náufragos.

Esta era una circunstancia que debía arrebatar toda esperanza, aun á los mismos que no querían desesperar.

En efecto: con una indicación, por vaga que fuese, hubiéranse podido emprender las indagaciones, enviar un buque al lugar de la catástrofe, y tal vez encontrar algunos restos del naufragio. ¿Quién sabe si uno ó muchos sobrevivientes de la tripulación habían alcanzado un punto cualquiera de aquellas playas del continente ártico, donde se hallaban ahora sin socorros y en la imposibilidad de repatriarse?

Tal era la duda que, poco á poco, iba tomando cuerpo en el espíritu de Sylvius Hog; duda inaceptable para Hulda y Joël; duda que el profesor hubiera vacilado en hacer nacer en ellos al presente, tan probable y dolorosa hubiera sido la desilusión.

—Y, sin embargo (se decía); si el documento no da ninguna indicación que se pueda utilizar, se sabe por lo menos el lugar en que se ha recogido la botella. Esta carta no lo dice; pero la marina de Christiania no puede ignorarlo. ¿No es éste, por ventura, un indicio que se puede aprovechar? Estudiando la dirección de las corrientes, los vientos generales, refiriéndose á la fecha probable del naufragio, ¿no sería posible?... En fin, voy á escribir de nuevo. Es preciso apresurar las pesquisas, por pocas probabilidades que haya de conse-

que algo. ¡No! ¡Jamás abandonaré á la pobre Hulda! ¡Jamás! Mientras no tenga una prueba absoluta, no creeré en la muerte de su prometido.

Así razonaba Sylvius Hog. Pero al mismo tiempo tomaba el partido de no volver á hablar de las diligencias que iba á emprender, de los esfuerzos que iba á provocar con toda su influencia. Ni Hulda ni su hermano supieron, pues, nada de lo que escribió á Christiania. Además, resolvió prorrogar indefinidamente la partida que debía efectuar al día siguiente, ó, más bien, partiría dentro de algunos días, pero sería para dirigirse á Bergen. Allí sabría por los señores Help todo lo que concernía al *Viken*. Tomaría por sí mismo la opinión de los marinos más competentes, y determinaría la manera mejor de hacer las primeras investigaciones.

Entretanto, sobre los datos proporcionados por la marina, los periódicos de Christiania, luego los de Noruega y Suecia, y después los de Europa, se habían poco á poco apoderado de aquel hecho de un billete de lotería transformado en documento. Había algo de conmovedor en aquel envío de un amante á su prometida, y la opinión pública se enterneció, no sin razón.

El decano de los diarios de Noruega, el *Morgenblad*, fué el primero en publicar la historia del *Viken* y de Ole Kamp. De los treinta y siete periódicos que en aquella época se publicaban en el país, ni uno omitió contarla en términos conmovedores.

La *Illustreret Nyhedsblad* publicó un dibujo ideal de la escena del naufragio. Se veía al *Viken* desamparado, sus velas hechas girones, sus mástiles destruidos en parte, pronto á desaparecer bajo las olas. Ole, de pie en la proa, lanzaba la botella al mar en el momento en que, dedicando á Hulda su último recuerdo, encomendaba su alma á Dios. En un lejos alegórico, en medio de un tenue vapor, una ola llevaba la botella á los pies de la joven desposada. El todo estaba contenido en el cuadro del billete, cuyo número se destacaba como divisa. Imagen sencilla, sin duda, pero que deba tener un gran éxito en aquellos países, aún afectos á las leyendas de las Ondinas y de las Valkyries.

Después el hecho fué reproducido en Francia, en Inglaterra, hasta en los Estados Unidos de América.

Con los nombres de Hulda y de Ole, su historia se popularizó por el lápiz y por la pluma. La joven noruega de Dal tuvo, sin saberlo, el privilegio de apasionar la opinión pública. La joven no podía tener la menor idea del ruido que se hacía á su alrededor. Por otra parte, nada hubiera po-

dro distraerla del dolor en que se hallaba sumida por completo.

Nadie se admirara del efecto que se produjo en ambos continentes, efecto muy explicable, teniendo en cuenta que la naturaleza humana resbala gustosa por la pendiente de las cosas supersticiosas. Un billete de lotería recogido en aquellas circunstancias, con el número 9672, tan providencialmente arrancado á las olas, no podía menos de ser un billete predestinado. ¿No era el milagrosamente indicado entre todos para ganar el premio grande de cien mil marcos?

¿No valía una fortuna, la misma con que contaba Ole Kamp? No es, pues, de extrañar que llegasen á Dal proposiciones muy serias para comprar aquel billete, si Hulda Hansen consentía en venderle.

Al principio, los precios ofrecidos eran no más que regulares; pero fueron elevándose de día en día. Podíase, pues, prever que, con el tiempo, y á medida que se acercase el día del sorteo, se presentarían pujas cada vez más importantes.

Estas ofertas se manifestaron, no solamente en los países escandinavos, tan propicios á reconocer la intervención de las potencias sobrenaturales en las cosas de este mundo, sino también en el extranjero, y aun en Francia. Los ingleses tomaron parte muy flemáticamente, y después de ellos los americanos, cuyos dollars no se gastan generalmente en caprichos tan poco prácticos.

Se dirigieron á Dal multitud de cartas. Los periódicos no se descuidaron en dar á conocer la importancia de las proposiciones hechas á la familia Hansen. Puede decirse que se estableció una especie de Bolsin, cuya cotización variaba, pero siempre en alza.

Y, en efecto, llegaron á ofrecer varios cientos de marcos por aquel billete, que, en resumen, no tenía más que una millonésima parte de probabilidad para ganar el premio mayor. Esto era absurdo, sin duda; pero con las ideas supersticiosas no se razona; así es que las imaginaciones se fueron caldeando, y, con la fuerza adquirida, debían irse elevando cada vez más.

Esto fué lo que se produjo. Ocho días después de aquel acontecimiento, los periódicos anunciaban que el precio del billete pasaba de mil, mil quinientos y aun dos mil marcos. Un inglés, de Manchester, había llegado hasta quinientas libras esterlinas, ó sean dos mil quinientos marcos. Un americano, de Boston, pujó aún más, y propuso adquirir el número 9672 de la lotería de las Escuelas de Christiania por la suma de mil dollars, cerca de cinco mil francos.

Hulda no se preocupaba en manera alguna de lo

que tanto apasionaba á cierto público. De las cartas llegadas á Dal á propósito del billete, no había querido ni aun enterarse. Sin embargo, el profesor fué de opinión de que no se debía dejarla ignorar las proposiciones que la hacían, puesto que Ole Kamp la había legado la propiedad del número 9672.

Hulda rechazó todos los ofrecimientos. Aquel billete era la última carta de su prometido.

¡Y no se crea que la pobre joven se negase, con el pensamiento oculto de que podría valerla uno de los premios de la lotería! ¡No! Ella no veía en él mas que el supremo «adiós» del naufrago, una última reliquia que quería conservar religiosamente.

No pensaba apenas en las probabilidades de una fortuna que Ole no podría compartir con ella. Nada más conmovedor, más delicado, que aquel culto por un recuerdo. Al hacerla conocer las diversas proposiciones que la dirigían, ni Sylvius Hog, ni Joël, pretendían influir sobre Hulda. Ésta no debía seguir sino los impulsos de su corazón. Ya sabemos ahora lo que su corazón la había respondido.

Joël aprobó absolutamente la conducta de su hermana. El billete de Ole no debía ser cedido á nadie á ningún precio.

Sylvius Hog hizo más que aprobar á Hulda: la felicitó por no dar oídos á todo aquel comercio de un billete vendido al uno, revendido al otro, pasando de mano en mano, transformado en una especie de papel moneda, hasta el momento en que el sorteo de la lotería hubiese hecho de él, probablemente, un papelucho sin valor.

Y Sylvius Hog iba aún más allá. ¿Acaso era supersticioso? Seguramente que no. Pero si Ole Kamp hubiese estado presente, probablemente le hubiera dicho:

—¡Guardad vuestro billete, hijo mio! ¡Guardadle! ¡Quién sabe!.... ¡Quién sabe!....

Y cuando Sylvius Hog, profesor de legislación, diputado del Storting, pensaba así, ¿podía nadie admirarse de la preocupación del público? No, y, por tanto, nada más natural que el 9672 tuviese prima.

En casa de la señora Hansen no hubo, pues, nadie que protestase del sentimiento tan respetable que hacía obrar á la joven, nadie más que su madre.

En efecto: oíase á menudo recriminar á Hulda, sobre todo en su ausencia. Esto no dejaba de causar á Joël un profundo pesar. Pensaba que tal vez su madre no se limitaría siempre á recriminaciones. Querría coger por su cuenta á Hulda, con respecto á los ofrecimientos que se la hacían.

—¡Cinco mil marcos ese billete! (repetía.)
¡Ofrecen cinco mil marcos!

Evidentemente, la señora Hansen no quería comprender cuánta ternura se encerraba en la negativa de su hija. No pensaba más que en la importante suma de cinco mil marcos. Una sola palabra de Hulda le hubiera hecho entrar en la casa. Por otra parte, no creía en el valor sobrenatural del billete, por más noruega que fuese. Y sacrificar cinco mil marcos por aquella millonésima de probabilidad de ganar cien mil, no podía entrar en su espíritu frío y positivista.

Aparte de toda superstición, es evidente que despreciar lo cierto por lo dudoso, en condiciones tan aleatorias, no hubiera sido un acto de sabiduría.

Pero, lo repetimos, aquel billete no era un billete de lotería para Hulda: era la última carta de Ole Kamp, y su corazón se habría destrozado al pensamiento de desprenderse de él.

Sin embargo, la señora Hansen desaprobaba manifiestamente la conducta de su hija. Sentía que en su interior hervía una sorda irritación. Era de temer que un día ú otro intentase hacer desistir á Hulda de su resolución. Ya había hablado á Joël en este sentido, y éste no había vacilado en tomar el partido de su hermana.

Naturalmente, Sylvius Hog había sido informado de lo que pasaba. Era un pesar más que había que añadir á los que ya sufría Hulda, y esto le apesadumbraba.

Joël le hablaba algunas veces.

—¿Acaso no tiene razón mi hermana en rehusar? (decía.) ¿Por ventura he obrado mal en aprobar su negativa?

—¡Sin duda! (le respondía Sylvius Hog.) Y, no obstante, bajo el punto de vista matemático, vuestra madre tiene un millón de veces razón. ¡Pero no todo son matemáticas en este mundo! ¡El cálculo no tiene nada que ver con las cosas del corazón!

Durante aquellas dos semanas hubo que velar por Hulda. Agobiada por tantos dolores, dió serios temores por su salud. Felizmente no la faltaron los cuidados. Á petición de Sylvius Hog, el célebre doctor Boek, su amigo, vino á Dal á ver la joven enferma. Sólo la prescribió el reposo del cuerpo y la tranquilidad del alma, si es que era posible. Pero el verdadero medio de curarla era la vuelta de Ole, y de este medio sólo Dios podía disponer.

En todo caso, Sylvius Hog no escaseó sus consuelos á la joven, ni cesó de hacerla oír palabras de esperanza. ¡Y aunque pudiera parecer inverosímil, Sylvius Hog no desesperaba!

Habían transcurrido trece días desde la llegada

de la carta enviada por la marina de Dal. Era el 30 de Junio. Quince más, y el sorteo de la lotería de las Escuelas iba á efectuarse con gran pompa en uno de los vastos edificios de Christiania.

Precisamente aquel mismo día por la mañana Sylvius Hog recibió una nueva carta de la marina, en contestación á sus reiteradas instancias. Aquella carta le invitaba á entenderse con las autoridades marítimas de Bergen. Además, le autorizaba á organizar inmediatamente las investigaciones necesarias relativas al encuentro del *Viken*, con el concurso del Estado.

El profesor no quiso decir á Joël ni á Hulda nada de la tarea que iba á emprender. Se contentó con anunciarles su partida, pretextando un viaje de negocios, que no le retendría sino algunos días.

—¡Señor Sylvius, os suplico no nos abandonéis! —le dijo el pobre joven.

—¡Abandonaros... a vosotros, á quienes considero como á hijos míos!—respondió Sylvius Hog.

Joël se ofreció á acompañarle. Pero no queriendo dejar sospechar que iba á Bergen, no le permitió pasar de Møl. Además, era preciso que Hulda no se quedase sola con su madre. Después de haber guardado cama algunos días, comenzaba entonces á levantarse; pero se encontraba muy débil todavía, no salía de su habitación, y Joël comprendía que no podía abandonarla.

Á las once, la kariol estaba á la puerta de la posada. El profesor se colocó con Joël, después de haber dirigido á Hulda un último adiós, y ambos desaparecieron en el recodo del camino, bajo los grandes álamos de la orilla.

Aquella misma noche Joël estaba de vuelta en Dal.

ÍNDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
Capitulo I.....	5
II.....	40
III.....	13
IV.....	45
V.....	20
VI.....	27
VII.....	31
VIII.....	35
IX.....	43
X.....	45
XI.....	50
XII.....	57
